LÁZÁR

NELIO BIEDERMANN



salamandra
NARRATIVA

LÁZÁR

NELIO BIEDERMANN

Traducción del alemán de
Alberto Gordo

salamandra
NARRATIVA

Para mi familia

Un poeta rubio quizá se vuelva loco.

ALFRED LICHTENSTEIN

EL NIÑO DE CRISTAL

1

La nieve del siglo pasado aún cubría el borde del oscuro bosque cuando Lajos von Lázár, el niño transparente de ojos azul aguamarina, vio por primera vez al hombre al que consideraría su padre incluso más allá de su muerte.

Era el día de Reyes; el bosque engullía la última luz turbia y azul. La habitación en la que había nacido el niño estaba en el ala oeste del castillo del bosque, justo al lado de la habitación pintada de azul en la que nunca entraba nadie.

Mientras la partera lavaba la espalda al niño, Sándor von Lázár estaba de pie junto a la ventana, escudriñando el sotobosque. Le parecía haber visto algo desaparecer entre la maleza.

Estaba allí de pie, sintiendo el frío del cristal y tanteando el borde del bosque con la mirada, dejando que vagara por la corteza de los troncos y saltara de un árbol a otro, cuando de pronto se abrió una grieta en su interior. De inmediato sintió el miedo conocido, ese pánico familiar recorriéndole el cuerpo e inundándolo todo; entonces pestañeó y la grieta se cerró. Respiró aliviado. Él no era como su hermano, ni como su madre, sólo estaba un poco nervioso, cosa que no debía extrañar a nadie; al fin y al cabo, su mujer acababa de dar a luz a un niño bajo cuya piel transparente se veían sus pequeños órganos.

El barón solía cenar únicamente en compañía de su hija de seis años, que no se alegraba en absoluto por el nacimiento de su hermano. Cuando Ida, la niñera alemana, había llevado a Ilona a la habitación, ésta había mirado muy seria a aquella criatura hinchada, amoratada y arrugada como un higo y, entrecerrando los ojos castaños, había dicho secamente:

—Es muy feo.

Después había corrido con su padre, que no había sabido interpretar su cara pálida y había cerrado la ventana, de modo que ella le había vomitado en sus brillantes zapatos de charol y en el pantalón de cuadros marrones.

Ahora —el barón se había cambiado de ropa— estaban los dos sentados a la mesa del comedor, que era lo bastante larga como para servir a veinte invitados un cochinillo, un ganso, un faisán y tres liebres. Guardaban silencio, pues estaban acostumbrados a que llevase la conversación Mária, que ahora yacía entre blandas almohadas en el ala oeste y, con el bebé apretado contra el pecho, escuchaba su respiración suave, la tos pertinaz de Imre en la habitación de al lado y los ruidos del castillo, sintiendo que se hundía en las almohadas, que los bolsillos de su chaqueta de punto azul oscuro estaban llenos de piedras pesadas que la arrastraban hacia abajo, cada vez más al fondo, haciéndola desaparecer entre las mantas, el colchón y las plumas de ganso. No era una sensación desagradable, no era una caída vertiginosa ni un ahogo estremecedor, como le ocurría en sueños: era una simple inmersión, una forma tranquila de desaparecer del mundo; era todo lo que quería.

Su padre seguía enfadado con ella, Ilona lo notaba en los enérgicos movimientos con que cortaba la carne roja. Sabía que él se daba cuenta de que ella lo estaba mirando —él percibía cualquier mirada de inmediato—, pero no podía apartar los ojos de aquel bigote espeso y frondoso que, al masticar, bailaba arriba y abajo por encima de la boca.

Cuando su padre levantaba la vista, ella miraba rápidamente a su enorme plato. No entendía cómo podía ponerse un trozo de carne tan basto en un plato tan maravilloso de porcelana Herend, decorado con ramas de avellano, mariposas, libélulas y pájaros de filigrana. Por suerte, la araña del techo no estaba encendida, con las lámparas de gas de las paredes tapizadas ya se veía más que suficiente. El truco estaba en fijar los ojos en la parte superior del borde dorado del plato, de modo que pareciese que mirabas la comida cuando, en realidad, sólo con la parte inferior del ojo podías distinguir lo que cortabas en ese momento.

Ella oía a su padre masticar y sabía, sin levantar la vista, que mientras tanto él dejaba deambular sus ojos de un lado a otro del salón. Estaba increíblemente orgulloso de todas esas posesiones, aunque incluso la pequeña Ilona comprendía que él no había tenido nada que ver con ellas y que debían su riqueza solamente a las personas que los miraban desde todos aquellos cuadros y que, pese a todas las bromas que les hacía, nunca les dedicaban ni un asomo de sonrisa.

Después de la cena, Sándor se dirigió a la sala de fumadores contigua, encendió un puro y estuvo un rato paseando en silencio de

un lado a otro. Hasta entonces había reprimido cualquier pensamiento sobre el recién nacido, pero ahora, al quedarse solo, ya no pudo resistirse. Fumaba, arrugaba la frente en surcos profundos y reflexionaba, pero no hubiera sabido decir sobre qué.

El señor Török, el médico rural, no se había mostrado menos perplejo al ver al niño.

—Debo decir, ilustrísimo barón, que no he visto nada igual en todos los años que llevo de médico. Pero el niño parece sano, los órganos funcionan y, aunque la piel es extraordinariamente fina, aguanta. Sólo la luz del sol podría ser peligrosa para él.

Así que el niño estaba sano, pero eso no facilitaba las cosas. Habría sido mejor que naciese muerto.

Al pensar en los siguientes años de su vida, que estarían determinados por un hijo transparente, Sándor consideró, durante un brevísimo instante, la posibilidad de apartar al niño del pecho de su esposa dormida, taparle la nariz y la boca con la mano en el cuarto de baño y después volver a recostarlo junto a su madre. De esa forma él podría seguir con esa vida que, tanto en lo grande como en lo pequeño, en el pausado transcurso de los años como en el trajín urgente del día a día, había concebido para conservar viejas tradiciones y crear otras nuevas. Ya de niño esperaba con impaciencia el momento de entregarse a los asuntos cotidianos con la misma solemnidad que su padre: presionar el anillo de sello verde oscuro en el lacre rojo, firmar contratos, recibir a sus socios, sacar el reloj de bolsillo del chaleco, llevarse la copa de vino a los labios.

De acuerdo con ese modelo, la vida del barón se ceñía a una rutina estricta. Se levantaba al amanecer, descorría las cortinas verde pino para despertar también a su mujer (pues no soportaba a

los dormilones), entraba en el baño para afeitarse las mejillas, la barbilla y el cuello, se untaba el bigote con aceite de oliva y más tarde se vestía ante los ojos hinchados de Mária, mostrándole así lo diligente, pulcro y superior que era. Acto seguido se dirigía al comedor a leer el periódico.

Mária no salía de la cama hasta que no se extinguían los pasos de su marido en el pasillo. En el baño, también ella cogía la navaja de afeitar, cuya empuñadura seguía tibia, y con los movimientos precisos que le procuraban años de práctica se hacía finos cortes en la parte interna de los brazos, blanda y de una blancura porcelánica, unos cortes tan delgados que apenas sangraban y las heridas se cerraban en un solo día. Lo que quedaba era un dibujo casi invisible de cicatrices finísimas y rosadas en las que nadie, salvo Pál, había reparado nunca.

El joven criado se había dado cuenta una tarde inusualmente cálida de primavera, cuando ayudó a la baronesa a montar en su imponente caballo blanco y le alcanzó las riendas. En ese momento se le deslizó hacia arriba la manga de la blusa dejando al descubierto el antebrazo. En los ojos azul aguamarina de Pál notó enseguida que él había visto las cicatrices; por un momento, él incluso estuvo a punto de tocarle el antebrazo con su mano áspera, aunque al final sólo preguntó:

—¿Por qué hace usted eso, señora baronesa?

Mária lo miró con compasión, como si fuera él quien tenía los brazos cubiertos de cicatrices, y después respondió:

—Para saber que sigo viva.

Al atardecer, cuando ayudó a la baronesa a bajar de la silla, Pál estaba igual de triste que tres horas antes. Para Mária fue como si por primera vez lo viese de verdad. Le dedicó una sonrisa dulce, y él se puso rojo y llevó corriendo la silla al establo. Pero Mária lo siguió, admirando su ancha espalda, y cuando se encontraba sólo unos pasos detrás de él carraspeó débilmente.

Nueve meses después nació Lajos.

2

Pasaron dos años y medio antes de que el barón mirara como es debido al niño y le hiciera a su mujer la pregunta que ella había temido tanto. Al contrario de lo que ella había esperado, según pasaban las semanas, los meses y los años desde el nacimiento, el miedo, lejos de disminuir, había aumentado, pues la pregunta iba a llegar, eso seguro, y con cada minuto transcurrido la mentira crecía, hundía sus raíces más profundamente en la tierra y extendía su dosel arbóreo más y más lejos, amenazando con ensombrecer a su familia, el castillo del bosque y toda su vida.

Pero Mária no dejó que el miedo y la mentira creciente la doblegaran; al contrario, decidió plantarles cara, agudizar los sentidos para el día en que la pregunta que se cernía sobre ella amenazase con descubrir su falsedad.

Para ello Mária tuvo que aprender a mentir. Su madre era una cristiana muy piadosa que sólo vestía de gris y leía la Biblia tres horas al día: una antes del desayuno, otra antes del almuerzo y la última antes de la cena. Jamás había salido una mentira de sus labios finos y rosados, y con ese criterio había educado a sus seis hijos. Si alguno mentía y lo descubrían, debía escribir cien veces el padrenuestro, con la mano izquierda y la pluma más vieja, sin emborronar una sola letra.

Por eso es aún más sorprendente que Mária aprendiera a dominar ese arte con tanta rapidez, consistencia y refinamiento. El método con el que practicaba era tan simple como eficaz: mentía cada vez que tenía ocasión. A cada pregunta que le formulaban respondía con una falsedad, aunque fuera algo tan banal como qué quería para cenar: pollo a la paprika o venado. Y con cada mentira que salía de su boca se deshacía de un pedazo de su yo infantil, dejaba atrás una parte de la niña que copiaba el padrenuestro, y a cambio ganaba confianza, astucia y picardía, de modo que cuando Sándor, por fin, le hizo la pregunta que tanto había temido, ella fue consciente en ese instante de que su miedo había sido totalmente infundado, pues a esas alturas mentir ya le resultaba más fácil que decir la verdad.

La pregunta llegó así: la familia von Lázár estaba sentada a la mesa comiendo sopa de *gulasch*. En ese momento Mária estaba contando una historia inventada, como si fuese verdadera, y los demás la escuchaban en silencio y con la mente en otra parte. Sándor se preguntaba adónde iría a parar el amor cuando desaparece, cuando de pronto su hijo le lanzó un trozo de carne al pecho. El barón, atónito, levantó los ojos, vio a su hijo sentado en la trona y por un instante no supo quién era esa criatura.

Allí estaba, con la camisa blanca como la nieve salpicada de salsa rojiza, y aquel trozo de carne sobre el corazón, y no era capaz de decir quién era ese niño. El barón, es cierto, sabía que el pequeño era importante en su vida, pero no lograba recordar por qué. Así que ahora, libre de cualquier prejuicio, vio por primera vez a Lajos tal como era: rubio, de ojos azules, con piel de medusa.

Entonces lo recordó: se suponía que era su hijo. Y sin embargo no se parecía en nada a él.

—¿Estás segura de que ese niño es mío? —preguntó en tono de broma, pero consciente a la vez de que temía la respuesta.

Pero Mária, que había representado esa escena en su cabeza mil veces, dijo con naturalidad:

—Pues claro, querido. ¿Cómo si no iba a parecerse tanto a Hayo I?

La respuesta era arriesgada, pues no había ningún retrato ni descripción de aquel patriarca de la estirpe de los Lázár, aquel hombre que, con apenas catorce años, sin nada más que un cuervo negro azulado sobre el hombro y algo de pan duro en el zurrón, había llegado a Budapest siguiendo el curso del Danubio, se había formado como orfebre, había luchado en el sitio de Szigetvár, había sobrevivido a la batalla gracias a su extraordinaria cobardía y, finalmente, para mitigar su soledad congénita, había engendrado dieciséis hijos.

Pero daba igual, pues en cuanto Mária dijo eso, el barón se imaginó su propio retrato a imagen y semejanza de Lajos. Y su alegría porque su hijo se pareciese al célebre Hayo fue tan grande que se olvidó por completo de darle una bofetada al niño.

Al principio, a Mária le preocupaba que la pregunta volviera a surgir; pero no fue así. A veces Sándor tenía una sensación extraña, como si los ojos azul aguamarina o el pelo pajizo de Lajos le sonasen de algo, pero Pál había muerto a las pocas semanas de nacer el niño, después de que lo coceara un caballo, así que ya sólo era un recuerdo perdido que rondaba por la memoria del barón.

Tras la muerte de Pál, la baronesa había pasado seis días encerrada en el dormitorio. No había sido una decisión consciente, un velatorio o un momento de silencio prolongado, tampoco una gripe ni una migraña pertinaz, como pensaba Sándor, que no había tardado en trasladarse a una de las habitaciones de invitados. No, sencillamente no había podido levantarse. Se pasaba el día en la cama, mirando fijamente el techo. A veces lloraba y a veces, de puro agotamiento, se quedaba adormilada, soñando con aquellos ojos azul aguamarina en los que podía nadar, sintiéndose como si estuviera con Pál, cuando después de hacer el amor en el cubículo más apartado del establo y estando aún desnudos uno junto al otro sobre el heno, él pasaba los dedos ásperos por su estrecha columna vertebral y decía:

—Podría partirla tan fácilmente... Como una rama seca. Eso sería lo más sencillo, así podría quedarme con una mitad y tu marido con la otra.

Al séptimo día después de su muerte, se levantó y retomó su vida donde la había dejado. Y aun así parecía como si no hubiese vuelto del todo, pues la costumbre de hablar con Pál muerto y las ojeras que se le habían quedado después de seis días de insomnio no la abandonaron ya. No era de extrañar que Sándor pensara con pánico creciente en su hermano y en su madre.

Su madre, que tras la muerte del padre se adentraba corriendo una y otra vez en el bosque que rodeaba el castillo, murmurando palabras ininteligibles. Ese bosque que la atraía como la luna al mar. Ese bosque que era en sí mismo un mar. Ese bosque que había engullido al padre durante una cacería. Ese bosque que, en lugar de a su padre, había escupido un ciervo muerto. Ese bosque que había

colgado una guirnalda de hiedra en la cornamenta del ciervo y le había metido en la boca una amanita muscaria. Ese bosque que había hecho correr al ciervo hacia ellos hasta que se desplomó frente a la sala del piano con sus grandes ventanales. Ese bosque que había enviado señales a su madre. Ese bosque que la había llamado. Ese bosque que se la había arrancado.

Ese bosque que se había tragado a su padre, que había matado a su madre y había vuelto loco a su hermano.

Su hermano. Un hombre en la treintena, que de niño había sido inteligente y reservado, que coleccionaba mariposas y escarabajos muertos, observaba aves y dibujaba plantas. Un niño cuya fascinación por la naturaleza había encontrado un abrupto final con la desaparición del padre. De un día para otro, la inmensidad del bosque dejó de ser una promesa de libertad y se convirtió en una amenaza siniestra. De un día para otro, sentía miedo, miedo de las sombras que las ramas proyectaban en su cuarto, de los helechos que le rozaban los tobillos, de los pájaros que lo llamaban desde las profundidades del bosque.

Una noche, cuando Imre entró en su habitación después de la cena, un hombre estaba sentado en su cama. Iba vestido de cazador y estaba inmóvil en la penumbra. Sólo los ojos verdes, felinos, se movían a un lado y a otro en su rostro sombrío. Cuando Imre, al verlo, encendió la luz, el hombre había desaparecido; en la mesilla de noche había un libro titulado *Cuentos nocturnos*.

3

Imre devoró los *Cuentos nocturnos*.

Los leyó por primera vez esa noche, la noche de aquel día que más tarde iba a adquirir en su vida el peso y la importancia de un gran bloque errático cubierto de líquenes que desvía el curso del tiempo en una nueva dirección.

Intentó desterrar la imagen del cazador, corrió las cortinas y se tumbó en la cama sin desvestirse. Estaba tan oscuro que no veía su cuerpo; por un instante no estuvo seguro de si existía siquiera. A través del techo oía a su madre, la oía hablar y hablar, sobre sí misma y la cocinera, en la que no confiaba, a la que siempre acusaba de robar comida y dársela a los niños y a las viudas pobres del pueblo; sobre él y su hermano, que era sin duda el menos agraciado de los dos, pero también el más listo y voluntarioso, el que habría sido el mejor sucesor; sobre el collar de perlas que nunca se quitaba, pero que siempre andaba buscando; sobre la yegua que iba a parir, sobre su retrato y el pintor con el que engañó a su padre, algo que ahora lamentaba más que nada en el mundo. Todas esas palabras, aquel torrente de frases estancadas, se filtraban por el techo y llegaban a él, le cubrían y le empapaban la ropa, la piel y los huesos, hasta que parecía hecho sólo de esa desesperación licuada, de esas culpas diluidas, de esa locura. Y sin embargo la madre

hablaba con el padre, y todo eso, en el fondo, no tenía nada que ver con él. Pero ¿cómo separarlo? ¿Cómo ignorarlo si él estaba hecho de la misma sangre y la misma carne que ellos, el hombre desaparecido y la mujer afligida que se pasaba el día muda e inmóvil como una piedra junto a la ventana, mirando al bosque con ojos trastornados que resbalaban por la corteza de cada tronco, que no encontraban apoyo en ninguna hoja y saltaban como un animal de árbol en árbol? Era imposible.

El primer cuento nocturno era una historia titulada «El hombre de arena». Imre la leyó de un tirón a la luz de la lámpara de la mesilla que estaba junto a su cama. Al dejar el libro al lado de la lámpara, notó que le temblaba la mano, que también el brazo se le movía solo y, finalmente, que le temblaba todo el cuerpo. Con la mirada fija en la cubierta negra del libro, esperó a que se le pasara el ataque.

Después volvió a quedarse quieto. Su madre se había acostado. Él oía sus propios órganos —el corazón, el estómago, el intestino—, oía cómo trabajaban para mantenerlo con vida y se dio cuenta de que él dependía de que funcionasen. Y recordó.

Recordó los cuentos de los hermanos Grimm que Johanna, la niñera austríaca, solía contarle, y que a primera vista no eran muy distintos de la historia que acababa de leer. Por esa razón le había parecido que el relato era uno de aquellos cuentos con los que se dormía de niño y en los que no había pensado durante años.

Salvo que la historia de Hoffmann, aunque disfrazada de cuento sencillo, era en realidad profundamente psicológica y, sin saber muy bien por qué, le había proporcionado un consuelo inmenso. ¿Acaso se reconocía en Nathanael, aquel personaje sensible y de imaginación desbordante? Tal vez. Pero más bien le parecía que

aquel oscuro relato se le había agarrado a la boca del estómago, sacando a la luz algo cuya existencia siempre había presentido, pero ahora veía por primera vez.

Cuando la agitada respiración se le calmó, apagó la luz e intentó dormir.

En vano.

Volvió a encender la lámpara, se incorporó, se acomodó los almohadones en la espalda, abrió el libro y leyó la siguiente historia, y después la siguiente y la siguiente. Siguió hasta terminar la colección completa y, mientras el cansancio lo vencía, los relatos iban sucediéndose hasta formar una única y oscura corriente sin nada que los separase. Los personajes salían de su hábitat, se encontraban y se saludaban, el abogado Coppelius estrechaba la mano al consejero Reutlinger e Ignaz Denner acuchillaba en el pecho a Theodor, el narrador. Cuando a Imre, por fin, se le cerraron los ojos, era a él a quien acuchillaban y, para complicar aún más las cosas, también era él quien empuñaba el cuchillo.

Aunque al principio Imre escondía el libro y sólo lo leía por las noches, poco a poco fue colándose en su vida cotidiana. Por ejemplo, algunos días después de que lo encontrara en su cuarto, ya estaba a la vista de todos en la otomana del estudio, pese a que Imre estaba seguro de que él no lo había leído allí.

Aun así, pronto él mismo sacó a la luz los relatos, leyendo uno después del desayuno, otro después del almuerzo y otro después de la cena, una y otra vez. Ahora el libro no podía pasarle desapercibido a Sándor, cuyo instinto de protección hacia su débil y soñador

hermano se había transformado en desprecio desde la desaparición del padre. Porque ahora Imre era el señor de la casa, ahora él tenía que velar por el honor del apellido y ocuparse de los negocios. Pero en vez de eso se atiborraba de todos aquellos cuentos de terror y novelas baratas, de todas aquellas historias de demonios y apariciones fantasmales, y poco a poco iba perdiendo la razón.

Al principio, apenas se notaba. Imre hablaba sin cesar del libro, pero al menos ya no estaba tan ensimismado. ¿Y de verdad podía reprochársele que prefiriera leer a atender los negocios? Después de todo, era apenas un niño y, a diferencia de Sándor, nunca se había interesado por los viveros de peces, la ganadería, los trigales ni la explotación forestal de la familia. Ni siquiera el día que se presentó en el desayuno con los gemelos desparejados y el nudo de la corbata mal hecho se sorprendió nadie, pues ¿no era comprensible que le afectase la muerte de su padre, cuyo cadáver ni siquiera había aparecido aún? Hasta el día en que no se presentó a cenar, Sándor no comprendió que la cordura de su hermano se estaba desmoronando ante sus ojos.

Había empezado a tomar la sopa cuando Béla, el criado al que había enviado a buscar a Imre, se acercó a la mesa y le dijo que su hermano estaba conversando con alguien en el salón y que no había reaccionado a los golpes en la puerta. Sándor se quedó perplejo. ¿Con quién podía estar hablando? No tenían visitas, e Imre solía evitar a los criados, cuya actitud cortés, casi servil, le resultaba insoportable. Sándor dejó la cuchara junto al borde del plato, se levantó y dijo:

—Disculpe, madre, vuelvo enseguida.

Luego siguió a Béla hasta el salón.

En efecto, ya desde el pasillo pudo oír a Imre hablando con alguien. Se le oía alterado y ni siquiera se detuvo cuando Sándor golpeó la puerta con el puño. Pero ¿con quién hablaba? Sándor volvió a aporrear la puerta, después entró. Imre estaba de espaldas y al parecer no los había oído. No llevaba zapatos ni calcetines y andaba de un lado a otro, gesticulando con vehemencia, frente a las escenas de caza inglesas y los retratos de familia. No había nadie más que él en la habitación.

Poco después, Sándor se hizo cargo de los negocios. A su hermano lo mandaron a recuperarse a un sanatorio en los Alpes suizos. Estuvo allí medio año, volvió con una enfermedad venérea y los ojos amarillos, se instaló en una habitación espartana del ala oeste que habían pintado de azul para calmar sus nervios, y todos los días pasaba muchas horas mirando el bosque. Allí, entre la espesura de los árboles, veía a los personajes de Hoffmann. A veces veía también a su madre, que cada día se adentraba en el bosque en busca del pabellón de caza del padre, que no existía ni había existido nunca. Hasta que un día ya no volvió.

4

No había retratos ni fotografías de Imre. En ningún archivo, en ningún álbum de fotos, en ninguna mesilla de noche, en ninguna cómoda.

Cuando venía el fotógrafo de Pécs a retratar a los padres con los niños engalanados, a Mária en su caballo blanco, a Sándor y a sus amigos después de una cacería, con los rifles al hombro y el ciervo tendido en la hierba delante de ellos, o bien el castillo del bosque y su jardín diseñado al estilo inglés, a Imre lo encerraban en la habitación azul para que no apareciera ni siquiera por accidente en el fondo de la imagen. Y sin embargo habría sido un buen modelo, con su cara alargada, la nariz recta y los ojos ambarinos, probablemente mejor que Sándor, en quien lo aristocrático se manifestaba en el modo de hablar, de comer y de vestir, cosas que había tenido que aprender y que a veces, en momentos en que estaba distraído o en tensión, olvidaba, con lo cual todo su atractivo se venía abajo. Imre, en cambio, cuya nobleza irradiaban desde los rasgos de la cara hasta las manos, podía deambular descalzo por el jardín y aun así seguir pareciendo un aristócrata.

A veces Mária soñaba que su marido la llevaba desnuda, ensillada y a cuatro patas hasta la habitación azul de su hermano, donde ella lo ataba a uno de los postes de la cama y lo obligaba a mirar cómo hacía el amor con Imre.

En realidad, apenas había intercambiado unas pocas frases con su cuñado, pues la habitación de Mária estaba en el ala este e Imre sólo salía de su cuarto para comer. Aunque ni siquiera esto lo hacía con ellos. Por un lado, porque Sándor lo despreciaba por su enfermedad, que consideraba una debilidad y una capitulación ante el destino; por otro, porque solían tener invitados ante los que había que ocultar a toda costa el lado oscuro de la familia.

Tampoco a Lajos iban a permitirle que se sentara a la mesa larga hasta que no dominara de forma impecable el cuchillo y el tenedor, así que tenía que comer con su tío y con Ida en el salón pequeño, ya que sus padres nunca lo habrían dejado a solas con el loco.

No obstante, durante las comidas se fraguó entre los dos una especie de amistad. Lajos era un crío de manos saltarinas, siempre en movimiento y jamás quietas, que todo el rato recorrían el borde del mantel, el filo de la copa de vino y la punta de los cuchillos, como si tuviesen que palpar de forma compulsiva los límites de todas las cosas, e Imre le cayó en gracia al menos desde el día en que, con un guiño, le deslizó una patata frita dorada en el cuenco de su viscosa papilla de sémola con leche.

La sémola con leche, que según se creía entonces era lo mejor que podía comer un niño, se la servían día sí y día también y durante su primera infancia fue el peor plato que podía imaginar. Cada mañana, cada mediodía y cada noche se preguntaba qué había hecho para merecer eso, y no dejaba de inventar cosas para agradar

a sus padres. ¿Lo querrían más si al entrar en el vestíbulo pisaba sólo las baldosas negras de mármol? ¿Acaso lo castigaban por aclararse la garganta sólo muy de vez en cuando? ¿O tal vez porque le daba por cantar cuando llovía? No lo entendía, el mundo de los adultos era demasiado complicado y opaco.

Sólo Imre parecía entenderlo. Además lo trataba mejor que nadie, porque cada vez que Ida miraba por la ventana le echaba en el cuenco una cucharada de su comida. Y por si fuera poco, le contaba aquellas fabulosas historias en las que aparecían todas las criaturas salvajes y los personajes que Lajos a veces se encontraba en el borde del bosque.

Ilona envidiaba a Lajos porque podía comer su sémola con leche en el salón pequeño. No era sólo porque al comer vísceras no pudiese evitar pensar todo el rato en la cocinera metiendo sus carnosas manos en el oscuro y sanguinolento vientre del animal, en la peste que salía de la cocina y en los moscones gordos y brillantes que se posaban en los pedazos de carne, sino también porque no soportaba a los adultos. No entendía cómo podían encarar la vida con esa apatía, cómo podían dejarse atropellar sin más por los años, hasta que una de las ruedas pesaba tanto que los aplastaba. Además, los encontraba ridículos. El peor era su padre, con su extrema seriedad, sus movimientos medidos y su escrupulosa pulcritud, más importante para él que cualquier cosa.

Por supuesto, también le parecían ridículos los demás adultos, el doctor Török, por ejemplo, probablemente el ser más absurdo del mundo. Pero, a diferencia de su padre, el doctor le caía bien, porque

parecía ser consciente de su propia singularidad y porque, sabedor del efecto curativo de la comedia, movía sus grandes orejas de soplillo cada vez que lo llamaban al lecho de un niño enfermo.

Incluso la cocinera, que con su enorme trasero no cabía por la puerta de la cámara frigorífica, o el criado, que cada vez que se cruzaba con ella se inclinaba profunda y teatralmente y le decía: «Le deseo un día excelente, señorita baronesa», le resultaban ridículos pero en cierto modo simpáticos. A su padre, en cambio, no podía soportarlo.

Cuando llegó el momento en que Lajos pudo sentarse por fin a la larga mesa de veinticuatro sillas con el respaldo decorado con el escudo familiar, comprendió de pronto por qué Ilona siempre lo había envidiado: las comidas eran un suplicio. Todo el tiempo temía que se le cayera el pesado cubierto de plata, ante lo cual —de eso no le cabía duda— su padre se levantaría de un salto, lo arrastraría por la muñeca hasta la habitación de al lado y le daría una paliza, mientras los invitados, conmocionados, seguían comiendo en silencio.

5

El zumbido de una abeja atrapada entre la persiana y la ventana. Delgadas franjas de luz que entraban en la habitación y se posaban sobre la colcha de flores, la alfombra persa, los muebles oscuros de madera torneada y el papel amarillo de la pared. Así empezaba el día.

Ilona abrió los ojos, vio la luz amarilla, que se colaba en su habitación de manera muy distinta a como lo hacía en el castillo del bosque, y comprendió que era primavera.

En casa le costaba levantarse por la mañana, y pocas cosas le molestaban más que el estridente timbre del despertador, que primero taladraba sus sueños y luego la arrancaba de ellos con violencia; pero aquí, en Hévíz, donde no había despertadores, sino sólo el zumbido de las abejas y, a lo sumo, el tañido de las campanas, le gustaba levantarse.

Aquí, además, nada más despertar no la esperaba su padre, que sólo necesitaba meter ruido con el periódico abierto para ponerla de mal humor antes de la clase de la señora Major. No, aquí se levantaba, iba descalza a la ventana, pisaba con agrado el parqué, que sentía distinto al de casa, y subía las persianas. En el castillo del bosque ésa era tarea de Ida y, casi siempre, el último recurso para sacarla de la cama.

Ilona abrió la ventana. La abeja echó a volar y se perdió entre las ramas verdes de los castaños. En la calle, peatones, carruajes y verduleros con carretillas de madera esquivaban el automóvil en el que el señor Fehér, como cada sábado, recorría de arriba abajo la avenida. Ilona volvió a meterse bajo la manta.

Le encantaba quedarse en la cama caliente con la ventana abierta, percibir el aire fresco de la mañana, el rocío sobre las hojas y el aroma de la colcha de flores que, desde que tenía memoria, se lavaba con jabón de lavanda. Pero lo que más le gustaba era oír los ruidos de la calle que entraban en la habitación sin perturbar su calma.

Cuando estaba así en la cama, todo era como el año anterior. Y abajo, en la avenida, nada había cambiado desde que se había vuelto a acostar, lo sabía sin necesidad de asomarse, pues oía el motor traqueteante del coche del señor Fehér, los cascos de los caballos sobre los adoquines, los chasquidos de los cocheros, los gritos de los fruteros y los verduleros y las voces claras y alegres de las mujeres. Esa idea, la de que todo eso existía completamente al margen de ella, la idea de que ese pequeño mundo frente a la ventana estaba ahí aunque no lo mirase, tranquilizaba a Ilona como ninguna otra cosa.

Pero no sólo para Ilona las semanas en Hévíz eran la época más hermosa del año. También Mária estaba radiante en la ciudad balneario, y no porque las aguas termales a temperatura corporal la relajasen, sino sobre todo porque se mezclaba con la gente. Ver y ser vista era su cura; la mirada de los otros, el único remedio contra

la sensación de no existir de veras, de ser apenas un constructo de palabras y pensamientos.

Aquí, en la ciudad, nunca tenía esa sensación. Sólo a veces, cuando veía una nube especialmente blanca o tropezaba en el periódico con una palabra que no conocía, pensaba en ello, pero igual que se recuerda un dolor familiar del que sólo ha quedado un recuerdo vago. La idea de que todo eso —el periódico que leía, el sillón en el que se sentaba, las gafas que llevaba puestas o el cielo donde se alzaba la nube— no fuera más que una creación del lenguaje le resultaba entonces tan absurda que sacudía la cabeza sonriendo con satisfacción.

Pero por lo general no tenía tiempo para pensar en esas cosas, ya que las ceremonias de Pascua la tenían ocupada a todas horas. Había que rezar, comer, buscar huevos pintados de rojo y fingir haber visto al conejo de Pascua desaparecer tras el cerezo o el seto de hibisco.

Y las semanas siguientes no estaban menos llenas de distracciones. Por el día, agotada de las fiestas, intentaba recuperarse en las cálidas aguas termales, donde siempre encontraba a conocidos con los que debía chismorrear sobre otros conocidos; por la noche los invitaban a cenas o a pequeños bailes, o iban al casino, al teatro al aire libre o asistían al pase de una película. Las posibilidades eran infinitas, el mundo, que en el castillo del bosque parecía encogerse, volvía a desplegarse ante ella.

Cuando el aroma de los castaños ya había llenado la habitación amarilla, Ilona oyó a través de la pared que separaba su dormitorio

del comedor el suave tintineo de los platos, que siempre le hacía pensar en una bailarina oriental de danza del vientre en cuyas delgadas muñecas chocaban entre sí incontables brazaletes de oro. ¡Qué fácil era, en una mañana así, soñar con los lugares más fabulosos, cuando en realidad la belleza que la rodeaba prácticamente cortaba la respiración! Porque era primavera, y el bosque profundo y oscuro quedaba lejos, y aquí, en la ciudad, los árboles no eran más que adornos, los castaños flanqueaban la calle principal y sólo por la mañana y por la tarde agitaban sus copas frondosas y de color verde oscuro donde las tórtolas turcas se posaban y arrullaban. Cada tanto pasaba el señor Fehér con su automóvil o un coche de punto daba botes sobre el empedrado desigual de la avenida, haciendo que las chisteras de los cocheros vestidos de negro llegaran casi a rozar las ramas más bajas de los castaños. Y por encima de todo estaba el cielo; infinito, increíblemente azul.

Cuando el reloj de pie daba las nueve en el pasillo, Ilona salía de la cama, cerraba la ventana y, detrás del biombo, se quitaba el camisón y se ponía un vestido bordado. Poco después, cuando llegaba a la mesa, Ida ya estaba poniendo los últimos platos.

El cuerpo de Ida también rebosaba primavera, aunque para los demás pareciera presa de un virus invernal, pues tenía las mejillas enrojecidas, la frente ardiendo, los ojos brillantes por la fiebre y las manos temblorosas mientras colocaba las fuentes y los platos sobre la mesa.

—¿No te encuentras bien, hija? —le preguntaba Mária antes de cada comida.

A lo que el padre, antes de que Ida pudiera abrir la boca, respondía:

—¡Pues claro que está bien! ¿Cómo iba a estar mal con nosotros?

Eso era por la mañana, y después llegaba la noche, y entretanto el tiempo corría muy deprisa, pues entre el ajetreo y el sol uno se olvidaba por completo de prestar atención a su transcurso. Así pasaban volando las horas, los días, las semanas.

El padre nunca se quedaba más de seis días; se iba antes porque debía ocuparse de los negocios y procurar que todo estuviera en orden en el castillo del bosque. El tiempo sin él era aún mejor, porque podían reírse, incluso en la mesa. Además, a última hora de la tarde, cuando los niños ya se habían dormido, la abnegada Ida tenía permiso para dejar entrar a su Paul y desaparecer con él en su dormitorio, pues la baronesa sabía lo que era que en el cuerpo hirviesen la primavera y la fiebre y que no hubiese un lugar tranquilo donde zanjar esa lucha.

Pero los niños no estaban dormidos cuando el criado de tantos años de los Grünfeld llamaba a la puerta de la casa de ladrillo rojo. O al menos no los dos: Ilona, a sus trece años, esperaba cada noche con dolorosa tensión y ardiente expectación los pesados pasos del desconocido en la escalera, pues el sordo y rítmico golpeteo y los sonidos animales ahogados que poco después llegaban hasta ella a través del techo le causaban un cosquilleo inexplicable en el bajo vientre, que ella sentía como la premonición de algo grande, significativo, y contra lo cual, curiosamente, sólo le ayudaba meterse

una almohada entre los muslos y apretar y frotarse con ella esa zona.

Al amanecer, antes de que los castaños agitaran sus verdísimas copas, Paul tenía que irse. Entonces se vestía, daba a Ida, en medio del sueño, un beso en la frente tibia, salía de la casa de ladrillo, cruzaba la calle desierta y entraba en casa de los Grünfeld. En las ramas de los castaños arrullaban ya las primeras palomas, y Mária, a la que habían despertado los pesados pasos en la escalera, pensaba en su Pál; e Ida, que se había despertado con el beso en la frente, pensaba en su Paul.

6

Los mejores años de Jakub Jakubowski habían quedado muy atrás (si es que los tuvo alguna vez). Había pasado cuarenta años de servicio en el extremo oriental de la inmensa monarquía, en el umbral de la Ucrania amarilla y fértil, como escribiente de un capitán. Su vida había sido igual de monótona que el vasto paisaje y los días apenas se distinguían entre sí. Como la idea de que el reinado de los Habsburgo pudiera tener un fin era impensable, no había mucho que hacer: no eran más que una de las mil pequeñas ciudades junto a una frontera protegida del gigantesco imperio. Los soldados hacían maniobras, limpiaban sus fusiles, sus botas y sus sables, por la noche iban al casino y después al burdel. A veces observaban el cielo infinito o la eterna soledad amarilla de Ucrania y maldecían al emperador por su megalomanía.

Jakub Jakubowski veía el cielo y el paisaje sólo en verano, porque entraba en el despacho, que estaba pegado a la oficina del capitán, a primera hora de la mañana y no salía hasta bien entrada la noche. Durante todo ese tiempo escribía cartas.

Las cartas eran, sin excepción, cartas de amor que redactaba en nombre del capitán para sus siete amantes y mujeres diseminadas por todo el Imperio austrohúngaro. También leía las cartas que ellas le enviaban al capitán, así que al cabo de poco tiempo él mismo

tenía la sensación de ser amado por siete mujeres a lo largo y ancho del imperio. Al mismo tiempo fue volviéndose cada vez más tierno y menos militar, pues el contacto diario con el amor logró ablandarlo.

Pero incluso allí, en los confines del mundo, el tiempo pasaba y Jakub el escribiente envejecía. El pelo se le puso gris y luego blanco, las manos le temblaban. Finalmente, el capitán se vio obligado a despedirlo, pues los manchurrones de tinta y las letras temblorosas no se correspondían con el hombre honorable y de acero que pretendía ser. De pronto, después de toda una vida allí, Jakub Jakubowski ya no era parte del ejército imperial, ya no era un engranaje de esa máquina gigantesca. En adelante fue un simple ciudadano, un viejo y modesto ciudadano de Galitzia, completamente solo en la infinita vastedad del mundo.

Apenas puso un pie en el pueblo del castillo del bosque, ya no recordaba cómo había llegado hasta allí. Lo único que sabía era por qué había elegido precisamente ese lugar.

La razón era Judika.

De las siete mujeres, Judika había sido la favorita de Jakub. Sólo con ver la letra redonda y pulcra de sus cartas, el corazón se le aceleraba. Le parecía que esa escritura contenía todo su ser, como si las letras reflejaran el aspecto, los pensamientos y el mundo de la mujer. Un mundo que le describía con tal detalle que las calles, las casas y los árboles del pueblo le resultaban tan familiares como si llevara años viviendo allí.

No sabía cómo había imaginado todo aquello, pero así, desde luego, no: se secó las manos sudorosas en la chaqueta, se sacó el pañuelo del bolsillo interior, se limpió el sudor de la frente, se lo volvió a guardar, se quitó el sombrero, llamó a la puerta y esperó.

No ocurrió nada, volvió a llamar. Al cabo de un rato, una ventana se abrió al otro lado de la calle. Una mujer con un delantal azul apretado en la cintura y un pollo medio desplumado en la mano gritó:

—¡Puedes esperar lo que quieras... la Judika está muerta!

Cuando Lajos cumplió cinco años, Sándor contrató al antiguo escribiente como preceptor, sin saber que lo único que ese hombre había escrito en toda su vida eran cartas de amor. Jakub, que por un instante había creído que moriría también, compró la casa de Judika con todo el mobiliario.

El barón le ordenó en tono severo que no fuera demasiado blando con el niño, que no tuviera miramientos y que, en ningún caso, temiera recurrir a la regla o a la instrucción militar. El muchacho debía aprender lo que significaba ser un hombre, un barón, un von Lázár.

Pero Lajos enseguida se dio cuenta de que el dulce Jakubowski nunca lo castigaría. Tampoco le dio motivos para hacerlo. Era un alumno aplicado que aprendía con rapidez. Lo que más le gustaba era escribir. Aunque «gustar» quizá no sea la palabra adecuada, pues no escribía por gusto, sino por una compulsión que le resultaba del todo natural, una compulsión comparable, tal vez, a la de respirar. Sentía que debía poner por escrito todo lo importante, como si las cosas fueran a escapársele, como si sólo adquiriesen validez cuando él las materializaba.

Así que Lajos empezó a anotar en papeles sueltos los puntos clave de su mundo, los acontecimientos esenciales de su vida. La mayoría

de los papeles se perdieron y él nunca llegó a saber adónde habían ido a parar. Un día le preguntó a Imre por ellos y éste le respondió:

—El castillo se los traga. Se alimenta de recuerdos.

Pero un recuerdo de 1906 que, a diferencia de los demás, había escrito en un valioso papel de carta, reapareció durante décadas una y otra vez, como si ni siquiera el castillo pudiera arrebatárselo.

FANTASMAS

7

Los años iban y venían, pasaban como los gitanos con sus caballos y carromatos de circo a través del imperio de los Habsburgo, de aquella monarquía que poco a poco se hundía en las aguas pantanosas del Danubio. Y en su camino por ese viejo imperio gobernado por un emperador igual de viejo, en su viaje en espiral a través de los campos, los bosques y las ciudades, descendiendo hacia los huesos del futuro, adentrándose en las profundidades rojo sangre de ese joven siglo, los años errantes tampoco perdonaron al castillo de la familia von Lázár.

Los niños crecieron, Mária se volvió más solitaria y Sándor, más distante. Ahora viajaba con mayor frecuencia a Pécs, que más que una ciudad para él siempre había sido un recuerdo lejano y doloroso. ¡En Pécs había amado por primera y única vez! ¿Cómo iba a andar por las calles sin pensar en la forma en que él y ella paseaban hombro con hombro bajo esos mismos árboles? ¿Cómo iba a pasear por el parque sin recordar la forma en que ella y él se sentaban hombro con hombro en esos bancos verdes?

Era imposible. No había podido olvidarla, ni en el castillo del bosque ni mucho menos en Pécs. La veía doblar la esquina al final de cada calle, la veía sentada en cada café y una y otra vez olvidaba que ella ya no existía. Aún le parecía incomprensible que las

personas pudiesen desaparecer sin más, morir y desaparecer, y que fuese como si nunca hubiesen existido. Pues polvo eres y en polvo te convertirás. Y eso que había visto muchas veces cómo la vida se retiraba de un cuerpo y éste se deslizaba del mundo de los vivos al de los muertos. Lo había visto tantas veces que vivía temiendo que pronto sucediera de nuevo, otra persona desapareciera de su vida y el dolor fantasma lo asaltara de nuevo.

A veces se encontraba de pronto frente al hospital y no recordaba cómo había llegado hasta allí. Entonces se quedaba de pie frente al gran edificio y miraba entre las ramas de los tilos que flanqueaban la calle hacia aquella ventana azul desde la que, muchos años atrás, él mismo había mirado a la calle entre las ramas de los tilos. Aún era un niño entonces, un niño al que habían mandado a la ciudad para estudiar ciencias agrarias; pero no había llorado. Ahora era un hombre y hacía mucho que el niño había muerto, pero cada vez que se paraba allí, debajo de los tilos y de la ventana azul, se le llenaban los ojos de lágrimas.

No entristecerse en Pécs, para Sándor, era imposible. Porque los años habían ido y venido, y también sobre los adoquines de la ciudad habían pasado carromatos de circo, también por las calles de Pécs había sonado el golpeteo de los cascos. Y bajo todo el nacionalismo, el antisemitismo, la sed de carne y el hambre de sangre que los años habían traído consigo, aún había quedado algo de amor, un poco de amor que, de entre todas las personas de la ciudad, fue a caer justo a los pies de Sándor, que sólo estaba allí de paso y por negocios.

Todo había ocurrido en la plaza, frente a la mezquita con la cúpula verde azulada, que estaba allí desde los tiempos de la ocupación

otomana. Junto a él había pasado una mujer a la que nunca había visto y a la que, sin embargo, siguió, porque bajo el cuello levantado de su abrigo había descubierto un pequeño lunar, un lunarcito marrón, insignificante, que lo había conmovido profundamente. La idea repentina de que aquella mujer poco llamativa se distinguiera de las demás mujeres del mundo por aquel pequeño lunar marrón le hizo olvidar al instante su cita de negocios y seguir su ondeante abrigo.

La mujer cruzó la plaza frente a la mezquita como un ciervo atravesando un claro: rápida, tensa y sin volverse, pero en cuanto giró por una de las calles, aminoró tanto el paso que parecía no querer llegar a su destino. Iba tan despacio, y las grandes nubes blancas que el viento arrastraba por el cielo azul acero pasaban tan deprisa sobre ellos, que Sándor tuvo la sensación de estar quieto. Pero ante sí oía el constante y rítmico taconeo de sus sencillos botines abotonados.

Anduvieron así por toda la ciudad otoñal cuyas fachadas brillaban bajo la luz de octubre y cuyos árboles ardían rojos y amarillos, hasta que la mujer se detuvo frente a una casa pobre del barrio obrero, en las afueras de la ciudad. La calle olía a hojas muertas y a orines, y en una de cada tres ventanas de esas casas tiznadas asomaba un rostro viejo y arrugado. Sándor sintió las miradas vacías en la espalda y, mientras seguía a la mujer bajo los plátanos cuyos troncos parecían cuerpos enfermos cubiertos de tumores, fue más consciente que nunca de lo que costaban sus zapatos de Budapest hechos a mano, sus pantalones a medida, su abrigo de pelo de camello argelino y su sombrero vienés.

Cuando él llegó a la puerta de la casa, la mujer, que llevaba a cabo cada movimiento con una delicadeza increíble, seguía allí. Los ancianos, apoyados en los alféizares con los codos, vieron cómo el caballero de sombrero negro, abrigo grueso y buenos zapatos se inclinaba ligeramente ante la señora Virág y esbozaba una sonrisa. Luego vieron que el caballero decía algo, varias cosas, al parecer, pues sus labios se movieron largo rato y de forma mecánica, como si fueran una pequeña máquina. Y entonces la señora Virág entró en la oscura escalera del edificio seguida por el distinguido caballero, mientras un murmullo ronco recorría la calle y la hojarasca seca se arremolinaba por el aire.

Desde que el barón se había reencontrado con el amor, pasaba varios días a la semana en Pécs. A Mária y a los niños les contaba que tenía allí asuntos importantes que requerían toda su atención y dedicación; al fin y al cabo, esos asuntos eran fundamentales para determinar las condiciones en que vivirían sus descendientes. Mária, que desde el nacimiento de Lajos se había convertido en una mentirosa consumada, por supuesto caló a su marido de inmediato. Pero estaba demasiado agotada para hablar del asunto con él, demasiado cansada para añadir una más a las muchas pequeñas batallas que libraban a diario. Los frentes eran ya muy numerosos, y el cansancio le hacía sentirse indiferente y pesada como si hubiera caminado durante horas bajo una lluvia fría y ahora estuviera sentada, envuelta en gruesas mantas, junto al fuego crepitante de la chimenea. Sentía que había renunciado, salvo que aún no sabía a qué.

De modo que una vez a la semana el barón pagaba un hotel en el que sólo ponía un pie para recoger y para devolver la llave. El resto del tiempo lo pasaba en el diminuto apartamento de la señora Virág, que había comprado para ella sin pensárselo dos veces. También le había regalado vestidos nuevos y botines abotonados con tacones de perlas engastadas, y siempre, antes de marcharse, le ponía bajo la almohada una suma de dinero tan generosa que ella había podido dejar su trabajo en la fábrica de encajes.

¡Pero ella no lo amaba por el dinero! Lo amaba por su elegancia, que le parecía de lo más natural, a pesar del inmenso trabajo que al barón le costaba mantener su máscara. Incluso en el humilde apartamento, cada uno de sus movimientos era de una belleza extraordinaria; incluso cuando miraba por la ventana como los ancianos, fumando sus cigarrillos rusos, en medio de ese aire que olía a leña quemada y a orina, parecía la encarnación de la elegancia.

Y aun así a él no se le caían los anillos por hundir el rostro en su entrepierna, que raras veces se lavaba. ¡Al contrario! Él idolatraba su cuerpo, un cuerpo que ella siempre había considerado a lo sumo del montón. Pero quizá era justo eso lo que Sándor buscaba: un cuerpo que no fuera más que un cuerpo. Porque el cuerpo de Mária se había convertido en un símbolo, en el templo en ruinas de una religión olvidada, mientras que el cuerpo de la señora Virág era la sede de una fe floreciente, a la que Sándor rendía culto con regularidad, penetrando su húmeda entrepierna, lamiendo la suciedad de la planta de sus pies, hundiendo la nariz en sus axilas y colocándose el trasero sobre el rostro.

Bajo esas nalgas podía olvidarlo todo: la mala cosecha de cereales, las aspiraciones nacionales de los países balcánicos, el aliento amenazante de Rusia, al gran emperador que, viejo y mermado, gobernaba un imperio que se desmoronaba, a su hermano, a su mujer, incluso a su débil y pálido hijo.

8

Cuando Sándor descorrió las cortinas de color verde pino y abrió la ventana, Mária supo que aquel día se reunirían los estorninos. Ya oía algunos, dispersos, entre los árboles del jardín del castillo. A través de la puerta entreabierta del baño, Mária veía la espalda de su marido, que se afeitaba en camiseta interior frente al lavabo.

El aire frío de la mañana que entraba en el dormitorio olía a castaños y a oscuras agujas de pino. Mária se subió la manta casi hasta el mentón, pensando que los estorninos no tardarían en llegar a Roma o al norte de África o algún otro lugar del Mediterráneo. Anhelaba el mar y temía el invierno, que se acercaba al galope desde el noreste como un jinete salvaje con su espada helada. Si cerraba los ojos, podía oír los cascos de su caballo blanco golpeando la tierra dura y congelada, y el crujido del hielo en su barba espesa. ¡Cómo le habría gustado ser un estornino para escapar del invierno!

Sándor salió del baño y se vistió mirando por la ventana. Ella sabía que lo hacía sólo para no tener que mirarla. Le faltaba sensibilidad para las cosas: para él, un árbol no era más que un trozo de madera; una persona, sólo un animal inteligente; y una historia, nada más que ficción. Tiempo atrás, en la época en que se casaron, Mária se había aferrado a esa simplicidad. Sándor y la vida rural le habían dado una estabilidad psicológica inimaginable en la ruinosa

villa de sus padres y en el internado de señoritas. El declive de su familia y la vida social en Viena, con todas sus exigencias, códigos y reglas de juego, con su decadencia y su doble moral, y con los innumerables bailes, que para Mária eran como noches en el infierno, le habían pesado demasiado. Casarse con Sándor le había parecido una liberación. Pero ahora, al cabo de tantos años, la sencillez y la monotonía de la vida rural habían perdido su encanto.

Sándor se apretó el nudo de la corbata, volvió la espalda a la ventana y la miró. Como cada mañana, entornó levemente los ojos, sacó del chaleco su reloj de bolsillo dorado y dijo:

—El deber me llama. Y tú, querida, deberías levantarte también. Los niños te necesitan.

Esbozó una ligera sonrisa y se fue. Mária escuchó cómo se extinguían sus pasos enérgicos, luego se levantó y fue al baño para hacerse cortes en los brazos. La quemazón y la visión de los finos regueros rojos sobre la porcelana blanca del lavabo le dieron fuerzas. A continuación lavó la sangre de la cuchilla con agua abundante y volvió a ponerla en el lugar exacto en el que su marido la había dejado.

Ilona, mientras tanto, se despertaba de sus sueños infantiles, en los que se había topado con criaturas del bosque que hablaban y con árboles que cantaban, con una pequeña mancha granate entre las piernas. Se asustó, pero no gritó ni lloró. En vez de eso se levantó, cubrió instintivamente la mancha con la manta, como si debiera avergonzarse por haber ensuciado la hermosa sábana blanca, y sometió su cuerpo a una minuciosa inspección. Pero no encontró

ninguna herida. Tampoco sentía dolor, como mucho una suave punzada en el bajo vientre. Claro que la noche anterior apenas había comido, porque los repugnantes riñones de cordero a la parrilla que, en su opinión, no sabían más que a orina, los había hecho desaparecer sin excepción y con gran habilidad en la gran servilleta granate con que se cubría el regazo y desde ahí los había empujado a las fauces de los tres perros salchicha que había bajo la mesa. Eso hacía casi siempre que había carne, pues la idea de comer algo que antes había tenido ojos le revolvía el estómago al instante. De la mancha decidió olvidarse.

Cuando entró en el comedor, su padre ya estaba sentado a la mesa leyendo el periódico de la víspera. Esas hojas habían recorrido un largo camino en tren, pues el barón sólo leía el *Budapester Tagesanzeiger*. En su opinión, como propietario de las tierras, tenía que saber más sobre la situación mundial que las personas que vivían, trabajaban y se multiplicaban en ellas. Por eso, en lugar del diario local, leía el periódico de la capital, con lo cual se informaba mejor que los demás, aunque también más tarde, ya que el periódico no llegaba al castillo del bosque hasta después de comer. Pero como para él era impensable no leerlo durante el desayuno, retrasaba su lectura un día entero, de modo que el mundo sobre el que estaba informado pertenecía siempre al pasado.

Ilona se sentó frente a él para que no pudiera observarla con el rabillo del ojo mientras leía, se untó un panecillo con miel oscura y deseó que su madre llegara pronto para borrar aquel silencio.

Después del desayuno, Ilona fue a la habitación redonda de la torre, donde se impartían las clases. Casi toda su instrucción corría a cargo de la señora Major. Con el señor Jakubowski sólo aprendía Alemán y Doctrina Imperial, aunque la manera de hablar y la visión del imperio del preceptor se habían deformado después de tantos años viviendo en la frontera. Su idiolecto seguía la gramática alemana, pero estaba salpicado de tantas palabras extranjeras que en Viena apenas lo habrían entendido. Y en cuanto a su visión del emperador y de la monarquía, era la de alguien que había vivido demasiado tiempo en el extranjero. Hablaba del emperador como si éste aún fuera un hombre joven, y del imperio como si en los últimos cuarenta años no hubiera cambiado en absoluto. Al igual que Sándor, vivía en el pasado; pero es que para ciertas personas no existe otro lugar.

La señora Major era profesora de Economía Doméstica, Matemáticas y Latín, aunque nadie sabía con certeza si de veras dominaba la lengua de los romanos. Ni Sándor ni Mária habían estudiado latín, pero el barón, que veía el reino de los Habsburgo como una versión moderna de aquel gigantesco y resplandeciente imperio, consideraba indispensable que sus hijos aprendieran esa lengua.

Cuando Ilona entró en la habitación de la torre, la señora Major estaba junto al alto reloj de pie, escuchando su fiable tictac. Ilona no sabía por qué «la Major», como ella y Lajos la llamaban, estaba siempre allí, como si extrajera de ese tictac, o quizá del paso del tiempo en sí mismo, toda su fuerza, al igual que Mária de su dolor matutino.

El reloj dio la hora y la señora Major, de inmediato y sin una palabra de saludo, se dispuso a introducir a Ilona en los secretos de la administración de un hogar respetable. Sin dejar de hablar, caminaba atenta frente a su alumna —como un verdadero sargento mayor ante sus soldados—, mientras se pasaba sin cesar la dura regla de una mano en forma de garra a la otra. Ilona intentó imaginársela de niña, pero no lo consiguió. Aquella mujer era como una bruja sin edad que probablemente conocía la lengua de los romanos porque ella misma había vivido en aquella época.

No había forma de que la lección terminase, y la concentración de Ilona saltaba del rígido moño plateado de la señora Major al persistente tictac del reloj, y de ahí a la voz de Jakub Jakubowski, que se filtraba a través del techo, y luego al alboroto de los estorninos; lo único que no llegó a rozar fue el texto en latín sobre el fin del Imperio romano. Pero incluso esa lección fue sucedida por otra en algún momento, y después por otra y otra, hasta que pasó la mañana.

La familia von Lázár solía almorzar sin el padre. Pero aquel día él ya estaba sentado a la mesa cuando Ilona entró en el comedor. Al verlo allí, en medio del salón, flanqueado por su esposa y su hijo, Ilona volvió a notar el dolor en la tripa. Se sentó junto a su padre y sintió enseguida las miradas de sus antepasados, que la observaban envarados desde los retratos de la pared. ¡Cómo odiaba a esa gente! Esos rostros pétreos, esos peinados rebuscados y esas repugnantes patillas, esos ojos negros, mejillas rojas, labios finos y manos blancas, esa ropa ridícula. ¿Cómo podían mirarla con tanta

condescendencia? ¿Acaso su vida, plagada de dientes podridos, diarreas y enfermedades, no les había enseñado nada mejor? No era de extrañar que la joven baronesa estuviese tan delgada. ¿Cómo no iba a perder el apetito bajo la constante vigilancia de sus antepasados?

Pero ahora tenía que comer; Ida ya traía los platos. Tuvo suerte, porque había poca carne y mucha verdura: remolachas de brillo violeta, espinacas de un verdor intenso, lechuga de tonos alegres y claros, rábanos de blancura radiante, patatas amarillas nadando en mantequilla derretida y zanahorias relucientes entre diminutos y simpáticos guisantes. Se sirvió generosamente en el plato de borde dorado y empezó a comer, sin prestar atención a los ruidos mecánicos de su padre al masticar, a las mentiras de su madre ni a la nerviosa deglución de su hermano. Ignorar, reprimir, estaban entre sus mayores talentos, pues, a diferencia de su madre y su hermano, a quienes el mundo entero afectaba hasta lo insoportable, ella podía replegarse sobre sí misma como una tortuga, muy adentro, hasta un lugar donde nada podía alcanzarla.

Después del almuerzo, Ilona fue a ver a los caballos, que siempre la hacían olvidar a su insoportable familia. Les cepilló el pelaje brillante y les acarició el cuello caliente hasta que le entró frío. En el camino de vuelta al castillo oyó de pronto un crujido entre los rosales silvestres. Después, un gemido débil.

Intrigada, se acercó a la linde del bosque, recordando el cervatillo que su padre y su tío habían encontrado herido en el campo cuando eran niños, y que se habían llevado al castillo.

Cuando estaba ya a pocos pasos del lugar, la criatura salió corriendo despavorida e Ilona, que quería tener un cervatillo a toda costa pero que, salvo unas ramas agitadas y unas hojas temblorosas, no había visto nada, la siguió emocionada hacia el interior del bosque.

Los árboles ya lucen su espeso follaje castaño. Pero por debajo aún centellea el polvo del verano. A través de él vuelan deprisa los estorninos, sumiendo al mundo en el silencio.

Como en una cacería, Ilona avanza. Un tronco, un ojo, una hoja, una zanja. Corre y mira, pero no percibe nada.

Los pies siguen invisibles senderos. Sendas angostas y oscuras. Holladas por animales en el bosque espeso.

Desorientada, cruza corriendo la puerta. Los muros se elevan. La ciudad extraña en silencio rodean.

Agazapadas en los espinos, las hijas esperan. Gobierna el rey en la maraña espesa. Y las criaturas miran con indiferencia.

Entre las hojas y los árboles sopla un viento extraño. Los olmos silban y susurran. Lloran por la niña muerta.

Todo el pueblo dejó de trabajar para buscar a la hija del barón. Mudos y obedientes, peinaron sus extensos campos y sus bosques espesos. Se dio a los perros de caza la sábana de la joven baronesa para que siguieran el rastro; sobre la mancha de sangre nadie dijo nada.

A última hora de la tarde, aparecieron nubes negras. Imre, a quien Sándor visitó por primera vez en muchos años en su habitación azul para preguntarle si había visto algo, habló de barcos oscuros, del hundimiento y de una gran guerra.

Mientras tanto, en el jardín del castillo, Mária, ahogándose de pánico, observaba a los estorninos alzándose entre gritos de los árboles y formando una gran nube negra que se extendió sobre el castillo.

9

Ya estaba anocheciendo cuando un campesino encontró a la joven baronesa inconsciente en el bosque. Yacía, frágil y menuda, sobre un lecho de musgo, como si un gigante la hubiera posado allí con suavidad. Tenía el vestido blanco hecho jirones, los labios azules y sangre seca pegada a los muslos. Pavlović, como se llamaba el campesino, sacó a Ilona del bosque oscuro, igual que muchos años atrás había atravesado el umbral de su casa oscura con su mujer en brazos. El barón, al ver a su hija tan maltrecha, creyó que el campesino la había violado. Pero ¿qué iba a hacer? Le pagó una recompensa por valor de treinta gallinas, y las manos ásperas y morenas del campesino se cerraron con fuerza sobre las monedas de oro.

Dejaron a Ilona en su cama recién hecha. Sándor le cedió su querido caballo negro a Dénes, el mozo, para que pudiera ir lo más rápido posible a buscar a Török, el médico rural, y traerlo al castillo. Pero tampoco éste les aclaró nada.

—Debo decir, ilustrísimo barón, que por desgracia no puedo decir gran cosa sobre el estado de su hija. Parece haber sufrido una fuerte conmoción y creo, o más bien estoy casi seguro, o tan seguro, al menos, como puede estarlo un viejo médico rural como yo, de que en estos momentos lucha contra una hipotermia. Creo que lo único

que podemos hacer es darle una bolsa de agua caliente y dejar que duerma. No hay mejor medicina que ésa. Y en cuanto a la sangre de los muslos, puede estar tranquilo, señor barón. Su hija es ahora una mujer, eso es todo.

El médico abandonó el castillo y volvió cabalgando al pueblo. Los padres estaban preocupados. Como dos centinelas, se sentaron respectivamente a los pies y el cabecero de la cama donde estaba su hija, sin dirigirse la palabra. La luz del pasillo se colaba en la habitación por la puerta entreabierta y separaba a Mária y a Sándor, dejándolos a solas con su miedo.

Ilona durmió veintiséis horas seguidas. Luego despertó con tal apetito de carne que devoró medio pollo y un plato entero de riñones de cordero. Esta vez no percibió el leve regusto a orina, que tanto le había hecho odiar los riñones en el pasado; le pareció, en cambio, que nunca había probado nada tan delicioso.

Cuando lo había engullido todo, se limpió las manos grasientas en la colcha superior de las muchas que cubrían su cama y dijo:

—He soñado con un mundo cubierto de carne a la parrilla.

Sus padres sonrieron, un tanto incómodos. ¿Qué podían hacer si su hija tenía los sueños de un vulgar campesino hambriento?

—Nos alegra que estés mejor, estábamos muy preocupados —dijo Mária.

Ilona guardó silencio —durante tanto tiempo que Mária estuvo a punto de llenar el vacío con una mentira— hasta que por fin dijo:

—Había una guerra, y la carne era de cadáveres humanos.

Durante varias semanas, fue como si Ilona hubiera vuelto a nacer: estaba indefensa como un recién nacido, lloraba a menudo y por cualquier cosa, y no se acordaba de nada. Incluso los campesinos del pueblo, a los que el señor Török tenía que informar con todo detalle sobre el estado de la joven tras cada visita al castillo, estaban preocupados. El médico ya no sabía qué hacer. Se limitaba a repetir una y otra vez que jamás se había encontrado ante un caso como ése.

Poco a poco, sin embargo, Ilona fue recuperando la memoria, que volvió a ella como un soldado al que se ha dado por muerto. Al principio no cambió nada con el regreso de las imágenes, que tenía lugar tan lentamente que Ilona apenas se daba cuenta. De vez en cuando la esquirla de un recuerdo emitía un destello, pero las imágenes eran aún tan inconexas que no les daba importancia. El tiempo pasó y cada vez retornaban más recuerdos que Ilona se guardaba en silencio.

Cuando por fin llegó el momento y encontró las palabras, se sentó frente al fuego crepitante de la chimenea y contó lo que había logrado rescatar de las ruinas de su memoria sobre aquel día. Tuvo que inventar un lenguaje nuevo para contarlo, claro y sencillo para no quedarse enredada en él. Pero sus padres estaban tan desconcertados ante esa forma directa de contar, que sin preparación ni rodeos los conducía al corazón desnudo y oscuro del bosque, que no creyeron una sola palabra. Aunque la consolaron y le aseguraron que enviarían cazadores al bosque para liquidar a aquellas «criaturas», Ilona vio la mentira en su cara; incluso en la de su madre.

Ilona lloraba y se enfurecía, comía con las manos alitas de pollo, muslos de pato, hígados de conejo, escalopes de ternera y salchichas de cerdo, y cuando Ida intentaba apagar la luz por la noche, la agarraba de la falda con tanta desesperación que a la criada no le quedaba más remedio que acostarse junto al cuerpo febril de la joven baronesa y esperar a que se sumiera en su sueño intranquilo.

El invierno llegó y quedó atrás, y los padres tuvieron que aceptar que su felicidad familiar en el castillo del bosque había llegado a su fin. Cuando un amigo del barón perdió la cuarta parte de su fortuna apostando por el caballo equivocado, Sándor le compró uno de sus pequeños castillos, situado en una ciudad pequeña y tranquila, y allí se trasladaron Mária, Ida y los niños en primavera. Él no los acompañó, y ni él ni Mária lo lamentaron. Por supuesto, fingieron lo contrario, por decoro y por consideración hacia los niños, pero en el fondo ambos se alegraban de que las cosas hubieran tomado ese rumbo.

10

Él tenía una nariz romana, una barbilla inteligente, ojos tristes y unos dedos largos y fuertes que a Mária la hacían estremecerse de arriba abajo cada vez que posaba su mirada en ellos. El joven se llamaba Jonathan y era el nuevo preceptor de Ilona y Lajos. Al igual que la familia, era nuevo en esa ciudad pequeña y tranquila. Procedía de Viena, que había abandonado huyendo de su decadencia. El exceso de prostitutas, eruditos, automóviles, desfiles, cines, mendigos, gatos, funcionarios y opiniones políticas se le antojaba malsano y la inquietud con que vivían los ciudadanos, sumamente preocupante. Anhelaba una vida sencilla en una pequeña ciudad de provincias. Le habría gustado ser campesino o jornalero, pero sabía que sus dedos sólo servían para escribir y para amar. En esas disciplinas, sin embargo, no tenían rival, pues no había en toda Viena unas manos que hubieran escrito poemas más hermosos ni que hubieran regalado un orgasmo a más mujeres.

El joven no daba demasiada importancia a sus poemas: los vendía, los regalaba o los quemaba. Los orgasmos, en cambio, los registraba con el mayor esmero y minuciosidad en un grueso cuadernito que siempre llevaba encima. A veces le parecía que en aquel cuaderno no sólo estaban los nombres, sino también las almas de todas esas mujeres.

Tampoco Ilona fue inmune a sus encantos. Le bastó con mirarlo una vez para echarse a temblar. Ni siquiera habría sabido decir qué le fascinó tanto, si fue la luz matinal que se derramaba sobre él entre las copas verde aguamarina de los árboles, el verde intenso del pequeño lago frente al que paseaba, o él mismo, su forma de caminar entre todo aquel verdor, mirando hacia la isla que había en medio del lago.

Cuando lo vio por primera vez, Ilona tuvo la certeza de que morir debía de ser así.

Él acababa de entrar por la puerta y el cuarto se transformó. Todo cobraba sentido en cuanto él lo miraba, y la idea de que él y ella compartieran, aunque fuera en una mínima parte, las mismas experiencias y recuerdos, le parecía completamente inverosímil.

Mientras Jonathan estaba delante de la pizarra, hablándole de los viajes de Ulises, ella le miraba embelesada los labios sin entender una sola palabra. Las palabras tampoco le importaban, le importaba el movimiento de los labios, que podría haber observado durante todo el día mientras hablaba. Pero incluso a esa lección la sucedía otra en algún momento, y después otra y otra, hasta que pasaba la mañana.

Demasiado rápido.

Porque, después del almuerzo, que siempre tomaba con ellos, el joven preceptor se retiraba a reflexionar sobre la relación entre la naturaleza y la modernidad. A continuación paseaba como un sonámbulo por el jardín del castillo, mientras a Ilona prácticamente le estallaba el corazón ante la mera idea de que él apenas reparase

en ella. No era más que una niña a sus ojos, o ni siquiera eso: una vasija, eso era, una vasija de barro húmedo que podía moldear y llenar a su antojo.

Sí, podía moldearla y llenarla a su antojo, pero a él, que registraba en un cuaderno el nombre de las innumerables mujeres a las que había llevado al clímax, no se le pasaba por la cabeza arrastrar por el barro su inocencia añadiendo su nombre a aquella lista.

Y eso que ella hacía de todo por excitar su fantasía, y habría dado cualquier cosa por perder su inocencia precisamente en el barro, por ejemplo en la rosaleda que había bajo la ventana del cuarto donde daban clase.

Jonathan, en cambio, quería una vida sencilla. Quería dar clase por la mañana y perderse en sus reflexiones por la tarde. Quería ver crecer las rosas del jardín y estudiar el vuelo de las golondrinas. Quería sentarse al sol y a la sombra y escuchar el canto de las cigarras.

¿Y Mária? Mária anhelaba unos ojos azul aguamarina, un pelo rubio, hombros firmes, un cuello ancho y brazos fuertes. Jonathan era larguirucho, de pelo oscuro y ojos marrones. Pero cuando miraba sus dedos largos y fuertes, notaba un cosquilleo en el bajo vientre que no cesaba hasta que se metía la almohada entre los muslos.

No era capaz de recordar la última vez que se había acostado con un hombre. Debía de haber sido hacía unos cuantos años, en Hévíz, donde Sándor y ella habían hecho el amor algunas veces. Pero

después siempre se avergonzaba y se sentía violada, no por él, sino por su propio deseo, contra el que en la oscuridad no era capaz de defenderse.

El barón, mientras tanto, disfrutaba plenamente de su deseo, pero sobre todo del de la señora Virág. Llevaba días sin salir de la cama. El aire del cuarto estaba viciado; las sábanas, sucias.

Conocía ya los lunares de la señora Virág mejor que los suyos, su cuerpo le era tan familiar como sus propiedades. La conciencia y el deseo habían librado en su cabeza una batalla épica de la que el deseo, al fin, había salido victorioso, aunque cubierto de sangre. Así olvidó Sándor sus negocios, a su familia, su castillo y su bosque, y en vez de eso se ahogó en la piel cálida de la señora Virág.

11

Cuando Jonathan llevaba ya tres meses viviendo en el castillo de la ciudad, sin reparar de veras en Mária ni en Ilona, que revoloteaban a su alrededor como polillas en la luz, tuvo un sueño de consecuencias fatales.

Soñó que lo despertaban
las campanas nocturnas
que daban las doce.
Fue a la ventana,
vio la luna,
vio el jardín,
vio el lago.

Las ranas estaban quietas,
los espíritus del agua, silentes.
El agua sonaba,
oscura y suave,
alrededor de las piernas de Mária,
que se metía en ella.
La piel de porcelana,
el pelo de vidrio,

los ojos de cristal.
El agua la envolvió
como si regresara.
Su cuerpo desnudo
desapareció en la oscuridad,
blanco como la luna.

Y en la isla,
ya sin carne,
emergió de nuevo.

A la mañana siguiente, al sentarse frente a la baronesa, Jonathan no pudo evitar imaginarla como un esqueleto desnudo. Incluso más tarde, mientras escribía fórmulas geométricas en la pizarra ante Ilona y Lajos, fue incapaz de desterrar de su cabeza la imagen del pecho vacío de Mária, de sus omóplatos perlados, de sus dedos delicados y de su pelvis con forma de mariposa.

El sueño hacía estragos en él, como una fiebre; le duró semanas. Su único alivio era redactar poemas; los escribía en papel de carta amarillo, los rociaba generosamente con su perfume y los dejaba por todas partes: en la rosaleda, en el comedor, sobre el reloj del pasillo, bajo la almohada de Mária, a orillas del lago, incluso bajo los bancos de la iglesia. Pronto todo el castillo olía al perfume de Jonathan. Pero no fue Mária, sino Ilona, la que encontró el primer poema y tuvo la certeza de que esas palabras eran para ella. Si antes ya había puesto en juego sus encantos femeninos, ahora los usó como armas de conquista. Siempre que podía, subía o bajaba la escalera delante de Jonathan, levantándose el vestido lo suficiente para que él pudiera

verle toda la pantorrilla. También en su presencia dejaba caer cosas todo el rato, sólo para acariciarle insinuantemente la mano cuando él las recogía y se las daba.

Una noche, animada por un poema particularmente apasionado que encontró bajo la alfombra persa del salón, lo esperó en la oscuridad del pasillo y se abalanzó sobre él con su cuerpo en llamas, que se consumía por los labios y los dedos del joven preceptor.

Las noches de agosto eran azules. Se extendían sobre los campos como vagabundos cansados, se recostaban en el jardín del castillo, bajo el sauce llorón que se alzaba junto al pequeño lago, descansaban en las camas, en los sofás, en las gruesas alfombras y en los sillones, como si volvieran de un largo viaje. Como si llegaran de muy lejos, de un reino remoto y solitario. Más solitario aún que la monarquía moribunda.

Una de esas noches, la baronesa y el joven preceptor se cruzaron en los campos de amapolas que rodeaban la ciudad. Ambos habían esperado ansiosos la hora azul, pues los días polvorientos y luminosos les parecían inoportunos, crueles, casi bárbaros, ante el dolor de su corazón.

En cuanto el sol se puso tras las colinas, Mária y Jonathan salieron del castillo, ella por la izquierda y él por la derecha, para dar un paseo por la ciudad. Se cruzaron detrás del cementerio. Se vieron desde lejos, pues el cielo estival aún conservaba la luz del día.

Al principio quisieron dar media vuelta, pues nunca se habían encontrado fuera del castillo. Pero, claro, eso era imposible ahora que se habían visto.

Mientras seguían acercándose, sin saber si debían mirarse o no, ambos buscaban las palabras y el tono adecuados, y ensayaban por lo bajo saludos y temas de conversación, para después quedarse quietos uno frente al otro con la boca abierta e incapaces de decir nada. Ni siquiera lograron pronunciar un «Buenas noches»; se limitaron a mirarse aterrados, buscando en vano las palabras que un momento antes se habían dicho, y finalmente estallaron en una sonora carcajada.

Aunque nunca habían hablado de ello, Jonathan sabía de Pál y Mária sabía de las numerosas mujeres con las que el joven Jonathan había estado. Su relación era una relación sin palabras. Con sus poemas febriles, que, años más tarde, cuando el castillo ya pertenecía a los rusos, seguían apareciendo en los lugares más insospechados, Jonathan parecía haber agotado todas las palabras que le correspondían. Pero ¿qué eran las palabras?

Al mismo tiempo las conversaciones entre Mária e Ilona también se agotaron, pues a la hija no se le habían escapado las miradas entre el preceptor y su madre. Ahora comprendía a quién iban realmente dirigidos los poemas, de modo que su madre se había convertido, sin saberlo, en su rival. Porque, a diferencia de Ilona, que registraba cada gesto, cada sonrisa y cada mirada, Mária ya no veía nada.

En Navidad llegó el padre. En Navidad debía estar allí, no le quedaba otro remedio.

En cuanto bajó del carruaje, Ilona, con el corazón roto y los ojos anegados en lágrimas, se precipitó hacia él para contarle con voz temblorosa los supuestos intentos de violación del joven preceptor.

—Fue a principios de invierno, padre, los días ya eran más cortos. Yo estaba en el salón, de espaldas a la ventana, leyendo con la última luz del día. Entonces entró el señor preceptor. De pronto sentí un frío helador, porque no me habían pasado inadvertidas sus miradas, unas miradas penetrantes y oscuras. ¡Y lo veía todos los días, todos los días tenía que verlo! Y de pronto se acercó a mí y me besó, ¡me besó, padre, en plena boca! Y yo no pude gritar, ni golpearlo, ni huir. Sólo pude quedarme allí, inmóvil, como petrificada. Me besó en la boca, en la frente, en el cuello, en el pecho... y entonces, de pronto, me dio la vuelta con violencia, y mi aliento empañó el cristal. En ese momento, gracias a Dios, se oyeron pasos en el pasillo y tuvo que soltarme. Pero, padre, ¡oh, padre!, aún siento su aliento en el cuello.

Y, sollozando, se echó en brazos del barón.

Ese mismo día, el preceptor se marchó a la estación con sus maletas, atravesando los campos de amapolas invernales. Tres días después, un campesino encontró su cuerpo rígido y helado, sobre el cual los cuervos volaban en círculo. Tenía el rostro tan destrozado que era irreconocible.

12

Las semanas de Pascua de 1912 fueron una época de noches sin dormir.

Tras el asesinato de Jonathan, del que, sin llevar a cabo ninguna investigación, se culpó a los gitanos de los arrabales, Mária durmió seis días seguidos y después no volvió a dormir. Se acostaba y cerraba los ojos, pero sólo para mantener una apariencia de normalidad. La otra mitad de la cama solía estar vacía, pues el barón pasaba las noches en Hévíz, en un sencillo hotel cerca de la estación, donde había alojado a la señora Virág. No se explicaba cómo había podido vivir sin ella hasta entonces. Por las noches le decía a Mária que iba al casino a verse con conocidos y socios; ella sabía que era mentira, pero tampoco le interesaba la verdad.

Justo bajo el tejado de la estrecha casa de ladrillo de tres plantas estaba la habitación de Ida. Y justo debajo de Paul, estaba Ida.

Los ruidos animales de ambos tampoco dejaban dormir a Ilona, que hasta las primeras horas del día intentaba aplacar su incontenible deseo con una larga vela blanca.

Lajos era el único que dormía a pierna suelta.

Desde que tenía uso de razón, recordaba sólo un sueño: enormes barcos que se adentraban en un mar vasto y oscuro, dejando atrás el puerto en el que habían nacido, olvidando su origen. Hasta el día

en que vio en el periódico la fotografía del *Titanic*, que recortó y guardó debajo de la almohada, aquellos barcos habían sido veleros antiguos de tres mástiles, pero ahora veía el barco más moderno del mundo, cuyas cuatro inmensas chimeneas oscurecían el cielo y cuya estela blanca abría una senda espumosa en el océano Atlántico. Aún no era más que un sueño, pero en pocos días se haría realidad.

Sin embargo, aún tenía que aguantar una semana hasta que su sueño se hiciera realidad. Una semana llena de misas y banquetes en los que lo obligarían a embutirse en el incómodo traje de los domingos y casi a estrangularse con una corbata demasiado apretada. Pero eso no era lo único que convertía la Pascua en una tortura para Lajos. Cuando salía a pasear por las concurridas calles, sentía las miradas clavadas en él; cuando se sentaba en la iglesia, oía cómo cuchicheaban sobre él en los bancos de detrás; y cuando en las cenas hablaba con otros chicos de su edad, no dejaban de preguntarle si su abuelo había sido el conde Drácula.

Por la noche, tumbado en la cama, envidiaba a los hijos de los campesinos de los alrededores, que no tenían que disfrazarse ni ponerse rígidos para satisfacer las exigencias de sus padres, que no llevaban un apellido al que debieran honrar, que no tenían antepasados de los que hubiera estatuas ni retratos ni calles que llevaran su nombre. Sólo deseaba mudar de piel, desprenderse de ella como un reptil.

Mientras Lajos esperaba a que el *Titanic* zarpase, sentía como si él también fuera a estar a bordo cuando llegase el momento. En su mente estaba de pie en cubierta, viendo cómo las colinas de su

patria se borraban, el faro paterno se empequeñecía y su isla natal se hundía en el mar. Todo debía hundirse, desaparecer, ahogarse, para que al fin pudiera ser libre, por fin pudiera ser él mismo, sin la historia a sus espaldas, sin el sello de la nobleza ciñéndole el dedo ni la cadena de antepasados alrededor del cuello.

Una tarde templada de abril, el barón recorrió la avenida con el periódico bajo el brazo, subió las escaleras, atravesó el pasillo e irrumpió en la habitación de Lajos, que se volvió alarmado y preguntó:

—¿Está bien, padre?

Y el barón, con el corazón en la garganta, respondió sin aliento:

—¡Lee! —Y arrojó la edición vespertina sobre el escritorio de su hijo.

Lajos leyó. Después se levantó, cerró la ventana y volvió a sentarse. Clavó la mirada más allá de su padre. Miró a través de la puerta. Vio el pasillo. Imaginó que había camarotes a derecha e izquierda. Imaginó agua helada subiéndole por los tobillos, las rodillas, el pecho. Imaginó que la casa se partía en dos y no quedaba sobre él más que la noche. A su alrededor flotaban mil seiscientos cadáveres. En el fondo del mar había cientos de millones en joyas hundidas.

Lajos se levantó, abrió la ventana y volvió a sentarse. Las noches aún olían al incienso de las misas de Pascua. El *Titanic* se había hundido.

La naturaleza había vencido. El padre seguía en la habitación, detrás de él. Llevaba en el dedo el anillo de sello verde oscuro y le

puso las manos sobre los hombros.

Lajos sintió como si él mismo se hubiera ahogado.

Un día después, cuando su mundo se vio sacudido por segunda vez hasta la médula de su frágil estructura ósea, Lajos seguía fuera de sí. Estando fuera de sí había dormido, envuelto en sus propios brazos, pues ¿quién más podría haberlo consolado? ¿Quién más entendería su dolor?

Alrededor del lago termal, sobre el que había caído ya el crepúsculo, andaba aún desdoblado. Veía el agua oscura, los árboles que bordeaban la orilla, las farolas que flanqueaban el camino, la casa de baños de madera y a sí mismo andando a su lado. No veía la fiebre, que le acechaba como un tigre esperando el momento de tirarlo al suelo y despedazarlo. Con los omóplatos rechinando, lo seguía a través del crepúsculo, deslizándose entre los juncos de la orilla y acercándose cada vez más, hasta que, de un enorme salto, se le echó encima.

Se detuvo delante de ella y no sabía dónde mirar. Ella tenía la mirada desconcertante de hacía seis años, cuando se habían cruzado en la alameda y él había escrito después el recuerdo que el castillo no dejaba de escupir. Para evitar sus ojos, se fijó en sus pendientes azules con forma de lágrima.

Antes de que él pudiera presentarse, ella dijo:

—Me gusta tu piel. Apuesto a que sólo sales de casa por la noche.

Lajos sonrió.

—Mi abuelo era el conde Drácula.

Ella se rió.

—¡Anda ya! El conde Drácula vivió en el siglo xv y ni siquiera era un vampiro. Simplemente era cruel.

Lajos, sorprendido, se atrevió a mirarla a los ojos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo contó mi padre. Le interesan los cuentos populares y los mitos.

—Aun así, no deberías pasear sola por la noche.

—Pues entonces acompáñame —dijo ella sonriendo.

Dieron una vuelta al lago y después regresaron por la avenida. Ella habló mucho de su madre, a quien casi no recordaba. Los pendientes de lágrima habían sido suyos. Lajos se avergonzó, pues seguramente era mejor tener una madre que te obligaba a ir a la iglesia, a ponerte trajes elegantes y a asfixiarte con la corbata, que ya no tener madre.

Cuando ya estaban entre la casa de uno y otro, él por fin se atrevió a preguntarle cómo se llamaba.

—Lilly. ¿Y tú?

—Lajos.

—Buenas noches, Lajos.

—Hasta pronto, Lilly.

Pero no volvieron a verse pronto, porque al día siguiente el señor Grünfeld tuvo que marcharse antes de lo previsto por motivos de trabajo, y Lilly tuvo que volver con él a Viena.

13

Había soñado con ellas y, en efecto, las cigüeñas habían vuelto, levantaban sus pescuezos blancos entre los campos de amapolas que rodeaban la ciudad, mientras ella seguía en la ventana mirando el cielo matinal azul lechoso, el horizonte amarillo floral, las suaves colinas a lo lejos, el sencillo campanario y el rojo intenso de los campos, como si todo fuera ya un recuerdo, como si ver y recordar fueran lo mismo; cerró la ventana y fue al baño, donde se lavó la cara y se cepilló los dientes, después se sentó en el inodoro y esperó un rato, en vano, lo que la dejó con la insatisfactoria sensación de lo no concluido, pero en los campos rojos descollaban los pescuezos blancos de las cigüeñas, por eso salió del baño, sin hacerse cortes en los brazos, fue a la habitación y pensó despacio qué ponerse, dudando entre el vestido verde y el azul, y al final se dejó puesto el camisón, pues ahora que había empezado a dejar las cosas a medias, podía quedarse así, se sentó tal como estaba frente al tocador, se pintó los labios de rojo amapola, se puso los pendientes de perlas que habían pertenecido a la madre de Sándor, se deshizo la trenza y el pelo cayó como agua oscura sobre la tela blanca del camisón y se deslizó sobre sus hombros estrechos, se levantó, sacó del armario la chaqueta de punto azul oscura, se la puso, salió sin mirar atrás ni cerrar la puerta, bajó las escaleras hasta el primer

piso, donde los niños dormían, aún dormían, aunque la abnegada Ida no tardaría en despertarlos, en descorrer las cortinas para dejar entrar el día, que con sus primeras horas les borraría de la cara la niñez en la que aún dormían, pero todavía estaban tranquilos e inmóviles, como si estuvieran muertos, pero la oscuridad que olía a leche y a sueño estaba llena de imágenes que tejían telarañas por las habitaciones, y ella se las sacudió de los hombros y llegó a la planta baja y salió del castillo, se adentró en la resplandeciente mañana, se quitó los zapatos y anduvo descalza sobre la hierba húmeda de rocío de la parte trasera del edificio, para recoger los pedruscos que, desprendidos del muro, estaban por el suelo, y se los metió en los bolsillos de la chaqueta antes de bajar hacia el lago, cuya superficie lisa reflejaba las copas verdes de los árboles y el cielo y por la que sólo a veces cruzaba un pájaro o atravesaba un pez que salía del agua, hasta que metió un pie y después otro, hasta que sintió que se le hundían los pies en el fondo fangoso y el peso de las piedras en los bolsillos de la chaqueta; hasta que el agua la envolvió, como si regresara.

SUEÑOS

14

Hasta un día después de la proclamación imperial, el barón no se enteró de que estaban en guerra. Como de costumbre, no había leído el periódico que llegaba de la capital por la tarde hasta la mañana siguiente, pero tampoco entonces le había dado mucho crédito, aunque en lo alto de la primera página se leía en gruesas negritas: «¡A mis pueblos!», y en el pie figuraba la firma de Su Majestad Apostólica en persona. Los rumores de guerra, que con los años se habían vuelto cada vez más insistentes, que se habían propagado como un reguero de pólvora por todo el mundo y que anunciaban una guerra que al parecer iba a producir más héroes que la de Troya, no habían logrado atravesar el espeso bosque que rodeaba el castillo. Dentro de sus muros aún se vivía en una época en que la guerra era impensable y el fin de la monarquía, inconcebible.

Pero el barón no sólo vivía en el pasado; desde la muerte de Mária, también vivía solo. A la señora Virág la había enviado de vuelta a Pécs, y a los niños, a instituciones católicas en los elegantes barrios periféricos de Viena. Había confiado la administración de sus negocios y propiedades a un joven y ambicioso empresario de Pécs quien, por su más bien mediocre trabajo, se retribuía generosas primas a espaldas de Sándor. Éste, mientras tanto, se pasaba el día

bebiendo. El alcohol lo ayudaba a soportar la sensación de haber sido derrotado por la vida, a pesar del título de barón y de la riqueza, a pesar de los años de rutina estricta, de los trajes de lana merina y de las corbatas de seda. Y mitigaba también el duelo por su esposa fallecida, cuya muerte él había deseado más de una vez, pero a quien ahora, de rodillas ante su retrato, lloraba amargamente, como en una trágica novela romántica. ¡Qué extraña era la muerte y con qué facilidad podía trastornar la vida!

Mientras su padre se tambaleaba borracho por los pasillos del castillo, bebía Unicum como si fuera agua y dormía allá donde el alcohol lo derribaba, Ilona vivía por fin la vida con la que llevaba años soñando. El bosque y sus criaturas ya eran sólo un recuerdo vago, tan difuso como las percepciones entre el sueño y la vigilia. Por primera vez estaba entre otras chicas, de pronto podía conversar y preguntar sin pudor lo que durante años había querido saber, de pronto podía reír y soñar.

¡Y cómo soñaba! De día y de noche, pero sobre todo antes de dormir, después de que las monjas hubieran pasado por las habitaciones apagando las luces. Entonces las muchachas, en sus camas estrechas, le hablaban en la oscuridad, le confiaban sus deseos y anhelos más íntimos, sus secretos más oscuros y sus experiencias más vergonzosas.

Lajos, en cambio, no disfrutaba de la vida en el internado. Se sentía un extraño entre aquellos chicos que se retaban a duelo por

cualquier cosa y se movían por el mundo como soldaditos de plomo, que no dejaban de hablar de la guerra inminente, de la que algún día retornarían victoriosos, y de las curvas de las mujeres.

También Lajos, que aquel invierno se había despertado con una mancha húmeda y pegajosa en el pantalón, pensaba a menudo en los cuerpos de las mujeres. Pero el modo en que sus compañeros hablaban de ellas le repugnaba. Incluso ese ámbito estaba ya contaminado por la guerra: había que «conquistar» y «someter» a las mujeres, había que «asaltar» su cuerpo con el valor necesario para «romper cualquier resistencia», como si se tratase de un campo de batalla.

A las pocas semanas de su llegada, se le acercó un chico en el que hasta entonces no se había fijado. Tenía el pelo corto y castaño, orejas de soplillo y manos diminutas. Las tenía tan pequeñas que Lajos apenas se atrevió a estrecharle la derecha cuando el chico se la tendió y se presentó como Caspar. Lajos le preguntó si llevaba mucho en el internado.

—Bastante. ¡Pero por suerte acabará pronto! —respondió Caspar.

La voz le recordó a Lajos a un animalillo gris y despiadado.

—¿Cómo que acabará pronto?

—Pues porque dentro de poco la patria va a necesitarnos. Mi padre dice que la guerra ya está a las puertas de Europa.

Lajos intentó imaginarse la guerra a las puertas de Europa, pero no pudo. Ni siquiera tenía una imagen clara de Europa; lo único que conocía en realidad era la monarquía. Conocía sus fronteras y sus lenguas, sus pueblos y sus ríos, sus montañas y sus antiguas batallas. Todas esas cosas que conformaban su país también lo conformaban a él, formaban parte de su familia y de su historia, una

parte de él sin la que no habría existido. Europa, en cambio, no era más que una palabra.

—¿Y cómo sabe tu padre que la guerra ya está ahí?

—Conoce a Su Majestad y Su Majestad lo sabe todo.

Lajos asintió. Si el emperador lo decía, tenía que ser cierto. Así que la guerra estaba de veras a las puertas de Europa. Sintió un poco de miedo, pero no dejó que se le notara y asintió con entusiasmo cuando Caspar le preguntó si lo acompañaba a la ruina.

La ruina era una antigua capilla con el techo hundido en cuyo centro crecía un nogal. Éste proyectaba su sombra por encima del muro de piedra en el prado colindante. Allí en verano pastaban las ovejas.

Caspar iba delante. Tenía los hombros muy estrechos y huesudos; a Lajos no le habría extrañado que no tuviera sombra. No hablaban, sólo se oía el trinar de pájaros invisibles y el crujido de la grava bajo sus zapatos. El ruido inquietaba a Lajos, que tenía la sensación de pisar escarabajos acorazados. Frente a la ruina, que estaba tan cubierta de hiedra que apenas se veía el muro, había otros dos chicos cuyos nombres Lajos desconocía. Uno sostenía una larga vela blanca. Era rubio, alto y con la mandíbula tan pronunciada que Lajos pensó que podía partir piedras a mordiscos. El otro tenía la cara plana y redonda, ojos pequeños y unos labios agrietados que se mordisqueaba todo el rato.

El rubio se llamaba Melker; el otro, Balthasar.

Al ver la vela, Lajos se sintió tan desconcertado que se le escapó la risa. Le parecía una cosa completamente fuera de lugar, como si fuera algo que aquel chico había traído de otro mundo y que ahora perturbaba la armonía de ese cálido y luminoso día de mayo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Melker.

—Es por la vela. Nunca había visto a nadie pasear con una vela por el jardín a plena luz del día.

—Ah, ya —dijo Melker, sonriendo—. Es para ti.

15

La boda fue magnífica y se celebró el verano de la batalla de Verdún. Los días eran cálidos, así que por la noche aún se estaba bien fuera, en el hermoso crepúsculo verde, mientras las granadas convertían Verdún en un paisaje de cráteres. Los chicos, no mucho mayores que Lajos, se sentían de hecho como si estuvieran en otro planeta. De media sobrevivían catorce días en el frente.

Catorce días después de la boda, Ilona y Kurt aún no se habían acostumbrado el uno al otro. Después del tiempo pasado con las monjas, a Ilona se le hacía raro vivir con un hombre. Era como si fuese de otra especie, y el piso de Berlín, que ahora era el hogar común, no se lo parecía en absoluto. Pero al caer la noche ambos se sentían bien. En ella —como antes en el dormitorio del internado— era fácil conversar.

Hablaban mucho de la guerra, prácticamente sólo de eso, como si fuera el único tema que habían podido llevarse a su isla de soledad. Ilona temía la guerra. La temía tanto que, desde que había decidido irse a vivir con Kurt, el terror apenas la dejaba respirar.

Kurt era pacifista. El entusiasmo general sólo se le había contagiado durante un instante. También Ilona estaba en contra de la guerra, pero al mismo tiempo despreciaba a Kurt por eludir el servicio militar. En parte porque su marido compartía su miedo, en

lugar de enfrentarse a él; en parte porque los hombres con el uniforme manchado de sangre le parecían increíblemente atractivos. Nada la excitaba tanto como imaginarse dominando en la cama a un hombre que luchaba simplemente por sobrevivir y mataba a otros hombres.

Kurt se entregaba a ella sin ganas, casi con cierto disgusto. Pero intuía las fantasías que habitaban en lo más profundo de Ilona, en algún lugar de sus entrañas, en un sitio que ni ella misma conocía. En su primer encuentro, en el baile, él ya las había presentido, cuando Ilona estaba de pie bajo la ventana alta y oscura en la que se reflejaba el suntuoso candelabro.

Ilona llevaba toda su vida soñando con asistir a bailes como aquéllos, pero ahora que por fin podía hacerlo le parecían una tortura tan grande como en su día le habían parecido a su madre. En esos momentos, cuando se quedaba sola a un lado de la pista, observando a la alta sociedad vienesa girando al compás de la música, era cuando más echaba de menos a Mária. ¡Qué no habría dado por escapar de aquellos bailes y volver a sentarse frente a la chimenea del castillo del bosque, mientras Mária le contaba las aventuras de Hayo Lázár!

Estaba perdida en esos pensamientos cuando, de pronto, un joven la sacó a bailar. ¡Un momento! No era un joven cualquiera, era Kurt von Bleichröder, cuyo abuelo era banquero privado y amigo de Bismarck. Pero ¿sería posible? ¿De verdad el nieto de aquel banquero, en su día uno de los hombres más ricos del mundo, la estaba sacando a bailar? Sí, así era. En cuanto la vio, Kurt supo de inmediato que se casaría con esa mujer. Era hermosa, sin duda, pero lo que le volvió loco no fue su melena oscura y brillante, ni su cuello

estrecho y pálido, ni sus orejillas en forma de concha, ni su nariz afilada. Lo que le cautivó fue algo terrenal y musgoso que parecía estar adherido a ella, sin que Kurt hubiera sabido explicar por qué. No estaba sucia, ni olía a tierra; pero cuando pensaba en su infancia, siempre se la imaginaba jugando entre la maleza de un bosque espeso y oscuro.

Seis semanas después de su primer baile, se casaron.

Lajos siguió soportando la vida en el internado. Desde que llegara poco después de la muerte de su madre, no había vuelto a casa, pues no se atrevía a regresar al castillo del bosque en las vacaciones de verano. Estaba convencido de que su padre se lo notaría de inmediato. Aunque varias veces al día se escabullía al lavabo para restregarse de pies a cabeza con el tosco cepillo de crin bajo el agua helada. Aunque tenía la piel irritada y roja y llevar el uniforme escolar se había vuelto una tortura. Aunque se afeitaba a diario las axilas y el vello del pubis.

Durante las clases soñaba despierto y con la mirada perdida. En su mente torturaba a compañeros y maestros de todas las formas posibles. Los crucificaba y los sometía al tormento de la rueda, los asaba sobre enormes hogueras y después, cuando tenían la piel burbujeante por el calor, los arrojaba a estanques de agua helada, los desollaba, rociaba su carne viva con jugo de limón, la espolvoreaba con sal y los echaba a las ratas y a los cuervos para que se los comieran. O sencillamente los decapitaba, como Hayo Lázár había hecho con los otomanos.

Mientras dormía, lloraba tan fuerte que los demás se despertaban y le apretaban la almohada contra la cara hasta que se callaba.

Lajos sólo respiraba tranquilo durante las vacaciones de verano, cuando sus compañeros volvían a casa y el internado se quedaba en silencio bajo el sol radiante. Entonces se pasaba los largos días en el extenso jardín del colegio, pensando que no había mayor desgracia que el carácter pasajero de las cosas, aunque sin eso el mundo sería insoportable.

Sin embargo, cuando se tumbaba a la sombra de uno de los perales, escuchando el estridular de las cigarras y viendo el cielo azul entre las ramas, deseaba que el tiempo se echara a su lado en la hierba y nunca más tuviera que seguir adelante. Y al estudiar aquellos alargados escarabajos azules con manchas negras en el lomo, deseaba ser él también parte de la naturaleza. Quería serlo todo: un árbol, una brizna de hierba, un río, una luna...; cualquier cosa menos un ser humano.

En estos asuntos pensaba Lajos durante los días lentos del verano. Y luego dibujaba los escarabajos azules, para poder recordarlos mejor durante los meses fríos.

Mientras Ilona hacía esfuerzos por orientarse en su nueva vida, la guerra seguía asolando Europa, aunque con Kurt hablaba de ella sobre todo porque era algo fácil e impersonal. La guerra era patrimonio común y un tema de conversación mejor que el tiempo.

Pero, al anochecer, cuando se sentaban y hablaban de la guerra, ambos pensaban sin cesar en las cosas que de veras les preocupaban y de las preguntas que no se atrevían a plantearse.

¿Cómo debían comportarse con el otro, dormir al lado del otro, comer frente al otro, pensar en el otro? Y, sobre todo, ¿cómo debían hacer el amor? Ésa era la gran pregunta, la que ensombrecía todo lo demás, incluso la guerra.

Ilona se enamoró de Kurt una tarde de septiembre, en el penúltimo año de la contienda. Mientras los soldados del ejército imperial sufrían hambre y agotamiento en todos los frentes y el Imperio alemán enviaba a sus jóvenes, con los uniformes de sus muertos, a los campos de batalla, ellos leían en la sala de estar, con la puerta del balcón abierta, mientras en el gramófono sonaba *Vogel als Prophet* de Schumann. Al verlos así, frente a frente, ambos absortos en sendas novelitas de Schnitzler, cualquiera habría pensado que eran uno de esos matrimonios cuyos hijos se han ido de casa hace tiempo y cuya relación, desde entonces, se parece a la de dos hermanos. Pero en realidad los movía el mismo deseo sexual que a los personajes de Schnitzler. Solo que, a diferencia de ellos, no vagaban por la noche con sus apetitos, sino que se quedaban sentados en silencio, leyendo uno junto al otro. Eso al menos les daba cierto alivio, además de brindarles un segundo tema de conversación. Aunque no se atrevían a usar las confesiones de los personajes como pretexto para exponer sus propias fantasías y sueños eróticos, en cada una de aquellas conversaciones había una tensión que nacía del mero hecho de saber que el otro había leído los mismos pasajes.

De pronto se deslizó una sombra por la habitación iluminada.

Ambos se estremecieron y se oyó un grito de miedo que Kurt atribuyó de inmediato a su mujer. Al momento se levantó, como si fuera a atrapar con las manos al murciélago, algo por supuesto imposible dada la altura del techo de estilo modernista. Pero ahora, allí de pie, mientras Ilona seguía asustada y acurrucada en el sillón, él se sintió, quizá por primera vez en su presencia, masculino y fuerte. De pronto supo también cómo hacerlo, cómo descubrir por fin sus fantasías ocultas.

El murciélago que revoloteaba nervioso por el techo de estuco ya le daba igual. Agarró a Ilona de las manos y tiró de ella, se la puso bajo el brazo como si fuera un tronco y se la llevó al dormitorio. Allí la arrojó sobre la cama de matrimonio, le arrancó el vestido y las enaguas y, aún con su traje negro, se arrodilló frente a ella, respirando con violencia.

Ilona temblaba de excitación.

Lentamente, ella le metió los dedos del pie en la boca y empezó a darse placer a sí misma.

16

Con el inminente fin de la guerra terminó también el internado para Lajos. Volvió al castillo del bosque, en el que, aparte de los fantasmas, los recuerdos y las botellas vacías, no lo esperaba nadie.

Mientras recorría las habitaciones y los pasillos desiertos, supo que encontraría a su padre en algún lugar, sucio e inconsciente, o amarillo y muerto, y comprendió también cómo debía de haberse sentido él muchos años atrás, cuando se convirtió en señor de la casa demasiado pronto. Fue por todo el castillo abandonado recogiendo las botellas ante las que hacía ya tiempo había claudicado el único criado que quedaba, y al hacerlo le pareció como si su padre también hubiese muerto.

Pero entonces lo vio tirado delante de él: el hombre al que había temido toda su vida estaba inconsciente sobre la alfombra hecha a mano, con los brazos en torno a las piernas encogidas, como un niño asustado tiritando de frío. Su rostro, sin embargo, era el de un anciano, surcado de venas rojas y arrugas profundas. Debía de llevar mucho tiempo inconsciente, pues el vómito sobre el que yacía se había secado y el hedor acre inundaba toda la habitación.

Lajos dejó las botellas que llevaba en el suelo, junto a su padre. Luego se puso en cuclillas delante de él y le tocó el hombro. Por un instante pensó que tal vez se había equivocado y que su padre, en

efecto, ya estaba muerto. Pero entonces vio que respiraba y le sacudió el hombro para despertarlo. Sándor tardó un buen rato en abrir los ojos, como si la vida se hubiera replegado en su interior, en algún lugar muy profundo, e incluso cuando por fin se incorporó y dijo «Hola, hijo mío», parecía como si una parte de él siguiera sepultada en algún lugar.

La sensación de que su padre estaba muerto persistió. Sándor, antaño tan elegante que en su presencia uno no podía sentirse sino avergonzado, estaba hecho una ruina. Antes de comer ya se arrastraba borracho por el castillo mientras bebía Unicum en una taza de porcelana para al menos mantener las apariencias y la dignidad. Pero era precisamente esa manera de aferrarse al pasado, a la antigua y elegante versión de sí mismo ahogada en alcohol desde hacía mucho tiempo, lo que borraba cualquier resto de dignidad. Y, sin embargo, Lajos no podía quitarse de la cabeza la imagen que se había formado de su padre cuando era niño. Aún era incapaz de contradecirlo, aunque sólo balbuceara ideas absurdas de borracho o los hiciera responsables a él y a su hermana de la muerte de Mária.

A veces tenía incluso la sensación de que su padre sólo estaba fingiendo para ponerlo a prueba o para engañarlo por motivos que no llegaba a entender. Pero luego volvía a encontrárselo bajo el piano de cola o tirado entre los rosales, con los pantalones meados y las palmas de las manos llenas de cortes que él le vendaba una y otra vez.

Tres semanas después terminó la guerra con la caída de la monarquía de los Habsburgo y el cumplimiento del sueño de Gavrilo Princip, que, tras el asesinato del heredero al trono y su esposa, había sido encadenado en una celda húmeda y oscura, en completa soledad, y había intentado suicidarse varias veces —incluso después de que tuvieran que amputarle un brazo debido a su deterioro físico — y con el mango de una cuchara había grabado en la pared las palabras: «Nuestros fantasmas se deslizan por Viena y murmuran por los castillos y hacen temblar a los señores.» Por desgracia, el joven no llegó a ver el fin de la monarquía que tanto odiaba, pues la tuberculosis, cuyo diagnóstico ya conocía en el momento del atentado, lo libró de sus sufrimientos siete meses antes.

Según Lajos, el final del imperio era la única consecuencia lógica; la decadencia de su padre, para él, era su viva encarnación. Aun así, el derrumbe del mundo que conocía le conmocionó profundamente. Le parecía como si todo se desmoronase, como si el centro cediese, como si él formara parte de un mundo que ya no existía.

Una mañana, Béla encontró al joven barón inconsciente en el baño, con la cara cenicienta y un corte en la cabeza. El doctor Török, al que llamaron de inmediato, se mostró tan desconcertado como siempre, pero le prescribió a Lajos una cura de cinco semanas en Hévíz.

Tradicional como su padre, Lajos se instaló en la estrecha casa de ladrillo de la avenida de los castaños. Al principio se había resistido a seguir el consejo del médico, pero ahora, al verse lejos de su padre enfermo y de todas aquellas botellas vacías, se alegró de haberle

hecho caso. Era un poco como si se hubiera alejado del castillo del bosque no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, como si fuese de nuevo el niño que, con la foto del *Titanic* recortada del periódico bajo la almohada, soñaba con hacerse a la mar y dejarlo todo atrás.

En la segunda semana, un coche se detuvo delante de la casa de enfrente y, cuando el chófer abrió la puerta a una joven, le volvió incluso la fiebre de su infancia.

Aunque en los seis años transcurridos desde la última vez que se habían visto él había mantenido conversaciones imaginarias con ella todas las noches, aunque le había confiado mentalmente todos sus miedos y preocupaciones y creía conocerla mejor que a nadie, no se atrevió a cruzar la calle para invitarla a dar un paseo. ¡Y sin embargo habría sido tan fácil! Ni siquiera habría tenido que pedírselo, lo habían apalabrado seis años antes. Pero eso, claro, no significaba nada. Eran unos niños entonces, sólo unos niños tontos y atolondrados. Probablemente, ella ni siquiera se acordaba de quién era él. Pero ¿qué esperaba? Si apenas habían hablado en una ocasión. ¿Con cuánta gente habla uno y no vuelve a acordarse jamás? ¿Con cuántas caras se cruza uno al cabo del día, sobre todo en las calles de Viena, y qué importancia tiene una cara más que encima no has vuelto a ver desde antes de la guerra?

Aun así, le quedaba una chispa de esperanza.

En la tercera semana, Lajos se despertó en plena noche en una habitación roja llena de sombras danzantes. Por un momento creyó que seguía dormido, pues desde la aparición de la fiebre soñaba a menudo que corría por bosques en llamas. Pero al acercarse a la ventana y ver la casa de los Grünfeld ardiendo y sentir el calor

golpeándole con una fuerza inconcebible para un sueño, supo que era real. Se vistió a toda prisa y salió corriendo, dispuesto a lanzarse al fuego en busca de Lilly Grünfeld.

Afortunadamente ella estaba sana y salva, a cierta distancia, en la calle, junto a su padre, que contemplaba atónito las llamas, viendo en ellas, en un momento de inquietante clarividencia, todos los horrores que traería el futuro cercano. Días después, el hombre seguía sin hablar ni comer.

Lilly y Lajos, en cambio, conversaban muy animados, como si necesitaran liberar las palabras acumuladas durante los últimos seis años. Hasta bien entrada la noche, éstas seguían fluyendo a través de la delgada pared que separaba sus camas. Y es que, tras el incendio, Lilly y su padre habían encontrado refugio en las habitaciones vacías de la casa de ladrillo, donde el señor Grünfeld ocupaba, como es natural, el dormitorio de los padres y Lilly, el de la hermana de Lajos.

Mientras el señor Grünfeld intentaba convencer a las autoridades de que el incendio era cosa de los comunistas, que planeaban una insurrección en toda Europa, la fiebre de Lajos empezó a remitir poco a poco. Si al principio ni siquiera había podido estar en la misma habitación que Lilly sin sufrir sudores, dificultad para tragar y sentir que le faltaba el aire, ahora podía hablar con ella cara a cara. Asimismo, cuando la oía cantar en la habitación contigua, sólo rara vez perdía el conocimiento.

El segundo domingo de Adviento, Lajos despertó de un sueño en el que el armisticio no era más que una broma que los viejos

soberanos habían gastado a sus ciudadanos por aburrimiento. Riéndose, desenterraban a los muertos, los vestían otra vez con sus uniformes ensangrentados y los enviaban de nuevo al frente con un puñado de granadas.

Cuando se despertó, en lugar de las carcajadas de aquellos gobernantes, oyó a Lilly cantar «O Tannenbaum», se lavó los dientes a toda prisa, salió de su cuarto, entró en el de ella sin llamar y la besó.

17

El viaje de bodas empezó bien. Tenían un compartimento de tren para ellos solos, el paisaje que se deslizaba por la ventana era vasto y verde y las expectativas eran infinitas. Los últimos meses, aunque emocionantes y hermosos, habían sido también agotadores. Lilly y su padre se habían quedado en la casa de ladrillo hasta la boda, a finales de mayo, porque el señor Grünfeld seguía empeñado en convencer a las autoridades de que investigaran su teoría sobre el incendio intencionado. Mientras tanto había dejado la casa en el estado ruinoso en que había quedado tras la quema, como si quisiera transmitir un mensaje; aunque, en realidad, simplemente no tenía dinero para reconstruirla, pues durante la guerra nadie se había interesado por los productos de su fábrica de encajes.

Mientras el señor Grünfeld luchaba sin descanso por que se hiciera justicia, y Lilly se ocupaba de que comiera y durmiera al menos de vez en cuando, Lajos iba y venía entre el cielo y el infierno. El cielo era la casa de ladrillo en Hévíz, que ya no podía imaginar sin Lilly, y el infierno era el castillo del bosque, donde su padre, pálido y flaco como un fantasma, deambulaba entre las botellas de alcohol.

Si años antes alguien le hubiera dicho que iba a echar de menos la versión de su padre que temía y que lo despreciaba, nunca lo habría creído. Pero ahora que Sándor no se parecía, ni por aspecto ni por

carácter, al hombre que había sido, Lajos deseaba de veras el regreso de aquel hombre.

Los sentimientos hacia su padre oscilaban entre la compasión, el asco, el amor y el desprecio. Pero también Sándor era víctima de violentos cambios emocionales. A veces, por lo general a media mañana, cuando su cuerpo enfermo, tras una noche en estado comatoso y una mañana espantosa de náuseas y dolores hepáticos, empezaba a recuperarse poco a poco, y su nivel de alcohol seguía alto pero aún no rozaba la inconsciencia, el barón era casi como antes. En esos momentos maldecía a Lajos por haber dejado que el castillo se desmoronase, le decía que era un fracasado, una decepción, un engendro indigno de piel lechosa. Por la tarde, sin embargo, esa euforia daba paso a una tristeza y una desesperación insondables y lloraba sin parar.

Los sollozos resonaban por el castillo hasta el anochecer, y si en esas horas el barón se cruzaba con su hijo, caía de rodillas, agarraba con sus manos amarillas y sudorosas las de Lajos y le suplicaba que lo perdonara por el suicidio de Mária y por haberle negado todo su amor paterno.

Después de la cena, el estado de ánimo de Sándor cambiaba una vez más: bebía con determinación hasta alcanzar el momento liberador del desmayo y de pronto volvía a culpar de la muerte de Mária a Ilona y a Lajos, y ya no podía contener los desechos que su cuerpo producía.

Frente a la ventana había un castaño de Indias tan grande y frondoso que la habitación del hotel del joven matrimonio, incluso

con el espléndido tiempo de junio que hacía, estaba a media luz. A Lilly y a Lajos no les importaba, al contrario: el castaño de Indias les recordaba la avenida de Hévíz, y la penumbra del cuarto intensificaba aún más esa sensación, que tanto habían anhelado, de al fin estar solos. Además, el aroma de las flores blancas y alargadas, que con las ventanas abiertas pendían casi sobre la cama, era el favorito de Lilly desde la infancia.

Nada más llegar había abierto de par en par las ventanas y se había dejado caer, feliz, en la cama de matrimonio. ¡Ella y Lajos en una habitación para los dos solos! ¡Ella y Lajos y su amor compartido, un amor que no habría cabido ni en la maleta más grande! ¡Y aquella cama! ¡Divina! ¡Una única cama para los dos, sin ninguna pared en medio! ¡Era increíble! Sí, aún no podía creer que de verdad estuvieran casados y pudieran hacer lo que hacen las personas casadas.

Antes de la boda la joven había tenido miedo, se había imaginado las cosas más horribles y había echado de menos a su madre más que nunca. Pero al llegar el momento, vio enseguida que Lajos no estaba menos inseguro que ella. De hecho, estaba tan nervioso que al principio ni siquiera tuvo una erección. Sólo cuando Lilly, por compasión y cariño, y también aliviada al comprobar que el sexo no tenía nada que ver con las escenas de tortura que la palabra le evocaba, empezó a besarle el glande blando y tibio, el pene de Lajos se endureció y se puso enorme. Pero entonces, una vez familiarizada con él, su tamaño ya no la asustó. Sin miedo, se había abierto de piernas y lo había recibido por completo en su interior.

Desde entonces, no se saciaba de él.

Mientras Lilly abría las ventanas, Lajos colgó el sombrero y la chaqueta en la percha, se quitó los gemelos y se remangó la camisa; en Zagreb ya había llegado el verano. Luego fue al baño, se lavó las manos y la cara y a continuación estuvo un buen rato mirándose al espejo. A través de la puerta entornada percibía el suave rumor de las hojas y el frufrú del vestido de Lilly, y mientras seguía en el baño, mirándose al espejo y pensando en el viaje que les esperaba, le pareció que su vida empezaba de nuevo, como si en ese instante, en esa habitación ajena, en esa ciudad desconocida, hubiera nacido otra vez.

Los cimientos de esa sensación los había puesto él mismo unos minutos antes, cuando al firmar en la recepción había omitido la partícula nobiliaria: de repente, no era más que Lajos Lázár.

Cinco horas más tarde, el barón estaba cenando a solas en la mesa del comedor, principalmente vino y coñac. Durante el día había hecho calor, pero ahora refrescaba y, a pesar del sol vespertino y el cielo despejado, había empezado a chispear. El barón, como siempre, estaba sentado al extremo de la mesa y, como le había pedido al viejo Béla que abriera las ventanas para que entrase el olor del prado húmedo, sintió la fina llovizna sobre el hombro izquierdo. El faisán —antes su plato favorito— ya no le gustaba, pero el vino era excelente. Contra su costumbre de echarse al coleto las bebidas alcohólicas como un sediento en un oasis, aquella noche incluso retenía cada sorbo unos instantes en la boca.

A Sándor el olor de la lluvia estival le recordaba a su infancia y a su hermano, por quien de repente sintió una pena infinita. Le habría

gustado ir al ala oeste y abrazarlo, aunque por supuesto no podía hacerlo. Después de todo, había que mantener las formas.

En lugar de eso, abrió otra botella de vino, se llenó la copa hasta el borde y, esta vez sí, la vació en unos pocos tragos. Después cerró los ojos y se llevó la servilleta a la nariz para intentar expulsar de su cuerpo los recuerdos que le traía la lluvia, pero el suave repiqueteo de las gotas y el canto de los pájaros en los árboles se los devolvían una y otra vez.

Era insoportable y al mismo tiempo de una belleza inquietante. Había olvidado por completo que también él había sido un niño; había demasiada vida entre él y aquella época.

Cuando terminó la botella que acababa de abrir, sintió que los recuerdos se hundían en ese oscuro pantano que tan familiar le resultaba desde hacía unos años. Entonces se sintió preparado para ocuparse del montón de cartas que descansaba junto al plato con el faisán frío. Le había prometido a Lajos que, durante sus seis semanas de ausencia, leería las cartas y respondería las urgentes, «preferiblemente cuando aún no haya bebido demasiado», le había dicho su hijo, olvidando una vez más quién de los dos era el padre. Pero ahora no quería recordar esa falta de respeto, la sensación de pantanosa indiferencia que lo envolvía era demasiado agradable.

Como no tenía abrecartas a mano, usó el cuchillo de carne manchado de grasa. Eran seis cartas, ninguna requería respuesta, pero la última lo dejó un rato pensativo. Eran dos hojas amarillas en un sobre azul y estaban en blanco. En el sobre tampoco había nada escrito.

Tras examinarla en detalle, Sándor se guardó la carta en el bolsillo del chaleco para volver a mirarla por la mañana con ojos sobrios.

Luego se levantó, tambaleándose sólo un poco, y se dispuso a dormir de nuevo en una cama después de muchas noches sin hacerlo. Mientras subía las escaleras, intentaba recordar el itinerario que seguirían los jóvenes recién casados en su viaje. Ahora estaban en Zagreb, de allí irían a Trieste, junto al mar, luego seguirían hasta Venecia y vía Verona llegarían a Florencia y a Roma. Sí, exacto, así era, pensó. Y entonces, para su propio asombro, pensó que le alegraría recibir una postal suya.

De pronto se ladeó un poco, falló al calcular la altura del último escalón, tropezó, perdió el equilibrio y cayó de espaldas por los dieciocho peldaños.

Contrariamente al tópico de que en esos momentos uno ve pasar toda su vida ante los ojos, Sándor sólo vio el rostro de una persona mientras esperaba, con el cráneo fracturado, a que la hemorragia cerebral lo venciera: el del joven criado de los ojos azul aguamarina.

18

A la mañana siguiente, la primera que pasaban en el extranjero, el director del hotel en persona subió a darles el telegrama con la noticia de la muerte. Así acabó la luna de miel de los jóvenes Lázár, en la que ni siquiera llegaron a ver el mar. Por supuesto, estaban decepcionados, pero también sintieron alivio al pensar que cuando volvieran ya no tendrían que compartir el castillo con Sándor.

Después del entierro, que no pudo ser más deprimente, Lajos se juró a sí mismo que honraría el nombre de los Lázár no mediante la mera herencia de la baronía, sino mediante actos. Lo primero que hizo fue poner a disposición de los campesinos nuevos fertilizantes para aumentar las cosechas. Después reactivó las relaciones comerciales de la casa que se habían perdido con su padre y contrató de nuevo al personal necesario para detener el deterioro del castillo. Pero el paso más importante fue su participación financiera en la fábrica de motores de combustión que se había levantado de la nada en Pécs en muy poco tiempo y que redujo la tasa de desempleo a la mitad en el barrio de la señora Virág.

Lajos no se había equivocado cuando tuvo, en aquel baño, la sensación de haber renacido, pues de hecho ya no era el mismo que había sido unos meses antes. De repente era un hombre de negocios, y resultaba extraño, pues ese papel hizo que por primera

vez se sintiera cerca de su padre. De pronto desapareció la distancia que siempre había existido entre ellos, y por fin comprendió que, pese a todo, había habido amor, en algún lugar, oculto bajo una coraza de severidad y disciplina.

A veces, Lajos se despertaba por la mañana con la sensación de ser su padre antes de que éste hubiera empezado a dar tumbos, pues ahora su vida seguía un orden establecido que nunca había creído posible. Desde la primera vez que se había visto en un espejo, estuvo seguro de que algún día tendría que irse. Nunca se había imaginado con una esposa, en el papel de barón o de alguien que ofrece banquetes. Pero eso era exactamente lo que hacía ahora.

El castillo del bosque, cuyas habitaciones de invitados durante tantos años no habían albergado más que telarañas y fantasmas, volvía a ser de pronto un lugar donde se hablaba, se bailaba y se reía. A Lajos le parecía estar de vuelta en la época dorada de su abuela, que había llevado una vida tan extravagante que hacía transportar su propia vaca lechera en tren allá adonde viajaba. Sin embargo, a la mesa de Lajos no se sentaban ahora únicamente nobles, sino también pintores expresionistas al lado de condesas y curas al lado de violinistas que, con sus canciones típicas de la *puszta*, lograban arrancar las lágrimas incluso a los tenientes. Y en algún lugar entre ellos siempre estaba Imre, en silencio y con la mirada perdida en el bosque, pero contento de estar allí.

11 de agosto de 1919

Querida Ilona:

Aún lamento que no pudieras asistir al funeral de nuestro padre; no tanto por él, sino sobre todo porque hace ya

demasiado tiempo que no hablamos de verdad. Después de la boda me he preguntado a menudo cómo sería tu matrimonio, cómo viviríais y cómo os trataríais el uno al otro. ¿No es extraño que seamos de la misma sangre y, sin embargo, sepamos tan poco el uno del otro? Si te apetece, cuéntame algo de tu vida. En lo que a mí respecta, me gustaría hablarte, aunque no me lo hayas pedido, un poco de la mía.

Lilly se está adaptando bien al castillo del bosque. Le gusta el paisaje y ha descubierto las bondades de la equitación. Es hermoso llenar el castillo de nuevos recuerdos, aunque debo admitir que todavía me siento algo inseguro sobre cómo vivir con una mujer; ha pasado mucho tiempo desde que vivíamos con madre en el castillo de la ciudad. Pero ya me acostumbraré. Los negocios van bien, las ventas de la fábrica siguen aumentando. Gracias a eso pude regalarle a Lilly, por su cumpleaños, los pendientes que había pensado comprarle. Son como los que llevaba el día de nuestro primer encuentro y que lamentablemente se perdieron en el incendio de Hévíz. Como es natural, no pueden reparar la pérdida, pues había heredado esos pendientes de su madre, pero aun así se alegró mucho. Como ves, estamos bien.

Saludos a Kurt de mi parte y cuídate.

Con cariño,

Lajos

P.D. A finales de verano deberían estar terminadas las obras de reforma; para entonces tenéis que venir a vernos sin falta.

19

No hay nada que el escritor tema tanto como la felicidad, lo cual es perfectamente comprensible, pues escribir es conservar, retener, ordenar, pero la felicidad rehúye el lenguaje, escapa de las palabras, se esconde en el carácter pasajero de las cosas y se descompone en cuanto se intenta explicar. Pero como ni Lilly ni Lajos eran escritores, vivían su felicidad como animales que no pierden el tiempo pensando en el futuro ni sienten deseos de que les expliquen nada.

Lo que más les gustaba eran las horas previas o posteriores a las cenas con invitados, cuando todavía o de nuevo estaban a solas los dos. Arreglándose juntos en el baño, vistiéndose con elegancia, maquillándose ella o afeitándose él, perfumándose, lanzándose miradas en el espejo y ayudándose mutuamente a abrocharse los gemelos o el collar. Cuando estaban así, uno frente al otro, no podían evitar reírse, porque sabían que, bajo todas esas joyas y esos tejidos caros, seguían siendo los mismos niños de antes, cuando se hablaron por primera vez. Sólo que la soledad ya no formaba parte de ellos.

Después de la cena, cuando los caballeros ya conversaban en la sala de fumadores y las damas en el salón, el barón y la baronesa solían verse a solas en el salón del piano. A Lajos le encantaba verla tocar, ver cómo deslizaba los finos dedos sobre las teclas, con los

ojos cerrados, ver cómo pisaba los pedales con los pies ya desprovistos de los tacones altos, totalmente perdida en la música. Cuando tocaba, era como si sólo su cuerpo siguiera sentado ante el piano de cola, mientras su espíritu vagaba por tierras remotas, bosques sombríos y grandes ciudades que Lajos no conocía, que le resultaban extraños e inalcanzables.

Cuando terminaba, se recogía el pelo detrás de las orejas, se levantaba con cuidado, como si aún debiera acostumbrarse de nuevo a la fuerza de gravedad de este mundo, y sonreía con timidez.

—¿Te ha gustado? —preguntaba entonces.

—¡Me ha encantado!

—¿De verdad? ¿O lo dices sólo porque soy yo?

—Ha sido algo excelso, mi amor. ¡Te lo prometo! —respondía él, y envolvía a Lilly entre sus brazos.

20

Pero el escritor sabe también que la felicidad pasa y que sólo debe tener paciencia hasta que otro sentimiento se abra hueco en su lugar.

Como había aprendido pronto que, siendo hombre, debía apechugar con sus sentimientos en silencio o, si no tenía más remedio, ahogarlos en alcohol, Lajos se subió el cuello del abrigo y se ocultó tras la solapa. Un rebaño de nubes blancas, como ovejas de lana fina, llevaba todo el día pastando sobre la ciudad, lo que, por razones inciertas, le había puesto melancólico. En la escalera olía a madera, y en la habitación del segundo piso en la que entró, a libros, alfombras viejas y café. Se sorprendió, pues esperaba el olor típico a etanol de las consultas médicas. De repente se acordó del dolor que había sentido durante y después de su visita al dentista el invierno anterior, y se alegró de que aquel tratamiento fuera a resultarle menos doloroso.

El señor Király tenía los labios delgados, unos ojos azul pálido tras unas lentes finas, piel sonrosada, y a Lajos le pareció que era alguien que contaba las historias de otros como si fueran propias. Pero quizá lo que en realidad temía era tener que contarle tantas cosas de sí mismo.

En cualquier caso, se lo había imaginado de otra forma, como un hombre serio y entrado en años, de frente amplia, barba blanca y reloj de bolsillo; un doble de Sigmund Freud, a fin de cuentas. De hecho, el señor Király había asistido en la Universidad de Viena a las conferencias de Freud sobre psicopatología, con gran entusiasmo por estar en la misma sala que el padre del psicoanálisis, aunque no entendiese una palabra. Aun así, tras terminar con éxito sus estudios, había vuelto a Pécs y había abierto allí su propia consulta, siguiendo el ejemplo de su profesor.

Después de que, al principio, sólo acudieran mujeres adineradas que querían hablar de sus problemas matrimoniales, de sus depresiones, de los celos que sentían hacia las amantes de sus maridos o de su frustración sexual, sin tener que escuchar a cambio los problemas de nadie, poco a poco los hombres empezaron a dejarse caer también en el suave cuero del diván.

Aunque él no era el primer paciente masculino, aunque ya no se entraba en aquella casa con el sigilo y la vergüenza con que se entra en un burdel, y aunque su necesidad de hablar con alguien se había vuelto tan imperiosa como lo había sido en tiempos su deseo de acostarse con Bertha, la criada alemana, Lajos nunca se habría atrevido a pedir una cita. Pero ahora estaba allí, en aquel diván de cuero tan blando que uno creía que ya no podría levantarse nunca, esperando a que el señor Király, que estaba sentado enfrente con las piernas cruzadas, un cuaderno en el regazo y un lápiz en la mano, dijera cualquier cosa.

—Antes de nada, señor Lázár, cuénteme, por favor, qué le trae a mi consulta.

Lajos parpadeó. Se miró las manos, con las que nunca había tenido que trabajar. Se miró el anillo de sello con el escudo tallado en la piedra ovalada de color verde oscuro. Era el anillo de su padre. Desde que éste se había matado bebiendo, Lajos lo llevaba en el meñique de la mano derecha, porque en el dedo anular no le cabía. Aun así no podía librarse de la sensación de que el anillo le quedaba grande.

—Llevo mucho tiempo queriendo venir —dijo finalmente—, pero siempre, en el último momento, me echaba atrás.

Carraspeó, no quería hablar del sueño.

—¿Y qué es lo que por fin le ha animado a venir? —preguntó el señor Király con su voz aterciopelada.

—Un sueño.

El señor Király anotó algo en su cuaderno, sin cambiar la expresión de la cara.

—¿Y podría recordarlo?

Lajos dudó un momento. Luego asintió.

—¿Y podría contármelo?

Lajos se quedó cavilando, pensó en levantarse y marcharse sin más. Pero acabó contándoselo.

—Estaba en el borde del bosque, de espaldas a nuestro castillo. Ya anochecía y yo miraba entre los árboles buscando algo, pero no sabría decir qué. Todo parecía un recuerdo que no me pertenecía. En un momento dado me di la vuelta, porque de pronto tuve la sensación de que el castillo ya no estaba allí, pero sí que estaba. Entré, y todo seguía como siempre, aunque no había luces y una

multitud de pájaros volaba por las habitaciones y los pasillos. Pero los pájaros no me molestaban, así que fui al salón para mirar una foto de mi madre. Salía joven en la foto, que sería de antes de que yo naciera. Cuando la cogí para guardármela en el pantalón, pero no en el bolsillo, sino contra el cuerpo, en la entrepierna, se desmenuzó en mi mano como barro seco. El pisapapeles con el pavo real rojo también se me deshizo en las manos y las cartas amarillas en blanco que había debajo se desmigajaron igualmente. Todo se deshacía en cuanto lo tocaba, incluso los pájaros, que de repente se quedaron petrificados en el aire. Fui recogiéndolos todos, uno por uno, y todos desaparecían en mis manos.

El señor Király asintió.

—Gracias. Ahora hablemos de los sentimientos que lo han traído hasta aquí.

Lajos empezó por las cosas seguras que no le daban miedo y de las que podía hablar sin avergonzarse. Habló del nacimiento de su hijo. Del horror puro, del miedo profundo y del amor inconcebible que había sentido la primera vez que tuvo a esa criatura en brazos. ¡Qué caliente estaba! ¡Y el corazón, aquel corazón diminuto que latía y latía y latía! Habló de la angustia por no saber cómo tratar al niño. De que ya no sabía cómo se vivía, de que de pronto todo le parecía impostado, falso o demasiado doloroso, de que se había olvidado de vivir. Y mientras hablaba, sin dejar de mirar el anillo de sello, tropezó con recuerdos de su padre que el nacimiento de su hijo había vuelto a sacar a la luz.

—De niño estaba convencido de que mi padre era un asesino. No sé cómo llegué a esa conclusión, él nunca fue violento, nunca nos pegó ni nos impuso castigos físicos. A mi madre, de niña la

obligaban a arrodillarse sobre granos de maíz seco si no se terminaba la comida; pero esas cosas nunca ocurrieron en casa. El pensamiento no tenía un origen claro, pero yo estaba seguro de que había matado a alguien. A veces incluso lo soñaba. Siempre era el mismo sueño: yo estaba tumbado de lado en la cama, en una habitación roja, y oía cómo mi padre se acercaba con sigilo por mi espalda. Conocía sus intenciones, pero quería ahorrarle la vergüenza de ser sorprendido infraganti. Por eso me hacía el dormido y esperaba a que hundiera su largo sable en mi cuerpo, partiéndome en dos, algo que sentía y al mismo tiempo observaba desde el techo.

Aquí hizo una pausa. Miró a las esquinas de la habitación, como si allí acecharan más recuerdos. Con los dientes se arrancó una pielecilla del borde de una uña. (Había adquirido esa costumbre después del incidente en la ruina y, pese a algún éxito esporádico, nunca había sido capaz de abandonar del todo el hábito.) Luego siguió hablando.

—Nunca culpé a mi padre de ningún asesinato concreto, lo veía más bien como algo que formaba parte de él, igual que su nariz aguileña o la cicatriz en el dorso de la mano. Después de leer *Drácula*, creía que por las noches se transformaba en una pantera que deambulaba por los pueblos y los bosques. Estaba obsesionado con la idea de que por el día hacía lo posible por protegernos y reprimir sus instintos de depredador, y que sólo de noche, convertido en pantera, venía a mi cuarto.

Durante los días que siguieron a la primera sesión, Lajos se sintió aliviado. Era como si hubiera dejado allí sus preocupaciones y recuerdos. También pensaba mucho en el señor Király, que le parecía alguien que en realidad no existía. Incluso más tarde, después de muchas sesiones con él, seguía sin librarse de esa sensación.

Al cabo de dos semanas volvió a sentarse en el sillón marrón y le contó al señor Király su aventura con Bertha. No podía (¿o no quería?) recordar cómo había empezado, sólo sabía que él había sido el primer hombre que ella vio desnudo. Honestamente, la visión la decepcionó. El aura de seriedad, riqueza y elegancia que lo había rodeado hasta entonces se desvaneció. En su lugar tenía delante a un hombre de una palidez espantosa, inseguro, cuyo pene, más que excitarla, le hizo gracia. Pero ¿quién había tenido la idea de poner esa trompa carnosa entre las piernas, con ese saco de piel arrugada y rojiza por detrás? Si la situación no hubiera estado tan lejos de ser divertida, seguramente ella se habría echado a reír.

Pero mientras se desnudaba, ella vio cómo su corazón excitado bombeaba con empeño sangre a su pene, que crecía y crecía. Cuando ella ya sólo llevaba los zapatos y las medias, la presencia de él había vuelto a cambiar. Lo ridículo había dado paso a algo felino, su mirada era oscura y su respiración, pesada. Por un momento se planteó huir, pero así, desnuda, eso no era posible. Así que se quedó, también porque el miedo se transformó enseguida en curiosidad y excitación.

Ante la pregunta de si se arrepentía de la aventura, Lajos asintió.

—¿Puede decirme qué lo llevó a iniciar esa relación?

El barón miró por encima de los hombros del señor Király. Intentó descifrar los títulos de los lomos de los libros. Sabía que el señor Király había colocado la estantería con los libros detrás de él para reforzar su profesionalidad, pero a Lajos eso sólo le hacía sentirse más inseguro. Le daba la sensación de que el psiquiatra descubriría cualquier mentira que dijese.

—Después del parto, como es natural mi mujer estaba demasiado cansada para tener relaciones, cosa que evidentemente acepté —dijo—. Pero entretanto el niño ya tiene más de medio año y la cosa ha seguido igual, y entonces apareció Bertha... Aunque en realidad no se trata de eso.

—¿De qué se trata, señor Lázár?

Lajos se miró las uñas mientras reflexionaba.

—No estoy seguro. Pero sin relaciones sexuales me siento menos hombre.

—¿Diría entonces que el acto sexual es para usted una forma de reafirmarse? De reafirmarse en su masculinidad.

—Sí, tal vez —respondió Lajos.

—¿Se le ocurre de dónde podría venir esa necesidad?

Lajos negó con la cabeza.

—¿Recuerda alguna situación en la que se haya sentido despojado de su hombría?

Lajos parpadeó. Se arrancó una pielecilla del pulgar izquierdo. Aventuró una mirada a aquellos ojos azul pálido. Sopesó la posibilidad de colarle una mentira a la muralla de libros. Pensó en la visita al dentista, que había sido mucho menos dolorosa. Recordó la larga vela blanca en la mano de Melker.

Entonces lo contó todo. Era la primera vez que hablaba de ello. Siempre había pensado que guardar silencio era lo más fácil. Pero no lo era. Mientras hablaba, lo extraía de su interior, lo sacaba a la luz, donde se convertía en un objeto como aquella vela en el jardín, sólo que ahora no perturbaba el equilibrio, sino que lo restablecía.

El señor Király había dejado el lápiz a un lado. Se limitaba a escuchar. Cuando Lajos terminó de hablar, dijo:

—¿Sabe una cosa? Eso no es una parte de usted, es algo que le pasó. Algo que, por vergüenza, escondió en sí mismo hasta que llegó a creer que era su culpa. Pero no lo es. Nunca fue su culpa.

SOMBRAS

21

El niño que desde hacía ocho meses servía de excusa para todo se llamaba István. Pero sólo lo llamaban así cuando se portaba mal. Si estaba tranquilo y era bueno, lo llamaban Pista.

Pista pasaba la mayor parte del tiempo en su cuna, inmóvil y callado, como un objeto del que sólo se apreciaban un corazón que latía y unos ojos atentos. Si alguien se inclinaba sobre la cuna, él lo miraba de forma impenetrable, como un animal. Nunca respondía a una sonrisa ni imitaba un sonido. Pero si le ponían un sonajero o algo parecido en la mano, lo agarraba con fuerza y no lo soltaba.

A Bertha, que no estaba cegada por el amor de madre, el niño le parecía inquietante. La vehemencia con que agarraba los juguetes sin jugar con ellos la estremecía. Le parecía que a ese niño sólo le importaba poseer los objetos y evitar que nadie más los disfrutase. No entendía cómo el barón y la baronesa podían llamar «Pista», con tanto cariño, a aquel ser impasible, y siempre que se acercaban a la cuna o lo tenían en brazos intentaba distinguir en ellos el mismo estremecimiento. Pero era inútil.

Durante mucho tiempo el niño no hizo más que gatear. Gateaba por todo el castillo, recorría los largos pasillos, subía las amplias escaleras, entraba en la cocina y en la habitación azul del ala oeste, se metía detrás de las cortinas y debajo de las camas. Lilly

prorrumpía en llanto varias veces al día porque Pista había vuelto a desaparecer, y Bertha pasaba gran parte de su jornada siguiendo el rastro al niño o gateando ella misma en su busca bajo mesas, camas, sofás y cómodas.

Un día, el niño llegó a meterse en la chimenea, detrás de los troncos, donde lo encontraron cubierto de hollín y ceniza fría después de que Béla, el viejo sirviente, que ya veía poco y perdía las gafas todo el tiempo, encendiera la yesca y el niño empezara a gritar.

Después de que el niño, por fin, hubiera aprendido a caminar erguido, aún pasó otro año antes de que hablara. Pocos años después, a esa nueva habilidad se sumó una rareza más en su comportamiento.

La baronesa estaba sentada a la sombra del pabellón del jardín, ultimando el orden de las mesas para el banquete que pensaban dar en una semana. Era mediados de julio y el jardín estaba lleno de flores, el sol en lo alto y el aire saturado del olor de las flores, las hierbas y los campos. Lilly llevaba un vestido ligero de seda verde clara y en ese momento se preguntaba si debía sentar al joven escritor húngaro, recién llegado de Viena, junto al doctor Török o junto al director de la fábrica de motores, cuando oyó a Pista hablando con alguien. Se levantó sobresaltada y se volvió, pero no había nadie. El pequeño Pista estaba solo frente a un joven abedul. Tenía un aspecto divino con su traje marinero azul oscuro, ¡realmente divino! Al verlo así, de espaldas, no entendía por qué a veces lo odiaba e incluso le tenía miedo. Pero ¿con quién estaba

hablando? Allí no había nadie. Sólo el abedul, la hierba, la estatua de mármol con los pechos desnudos y los arbustos al final del jardín.

En cuanto la baronesa volvió a sentarse, Pista empezó a hablar de nuevo. Ella volvió a levantarse y él, al instante, enmudeció. Confundida, Lilly se recogió el pelo detrás de las orejas. Algo la inquietaba. Pero ¿qué? Entrecerró los ojos y se los protegió con la mano a modo de visera. Escudriñó el jardín, en busca de algún movimiento. Pero allí no había nada. Todo estaba en calma, aplastado por el calor, oprimido por aquel sol enorme velado por la bruma. Las hierbas secas se alzaban duras y amarillas hacia el cielo, las hojas verde claro del abedul colgaban inmóviles en el aire, los arbustos estaban quietos, la estatua seguía petrificada. Pero no, no todo estaba en calma. La mano izquierda de Pista giraba sin cesar, mientras el brazo le colgaba flácido y el resto del cuerpo seguía inmóvil. La imagen le recordó a Lilly a una máquina en cuyo engranaje cae un grano de arena que atasca el mecanismo.

—¿Con quién hablas, Pista? —preguntó.

Él guardó silencio. Ni siquiera se volvió hacia ella; sólo siguió girando la mano sobre la muñeca, una y otra vez.

—¿Pista? —dijo ella—. Pista, ¿con quién estabas hablando?

No hubo reacción. Sólo pensar en su cara hizo que Lilly se estremeciera.

—¡Contéstame, István!

Nada.

—¡Contesta!

De pronto, la mano dejó de girar. Él se volvió, la miró sonriendo y dijo:

—Con la sombra.

—¿Con la sombra?

—Sí. Con la sombra del abedul. Somos amigos.

—¿El abedul es tu amigo?

—No, el abedul no. El abedul está muerto. Su sombra es mi amiga.

—Déjate de tonterías —dijo la baronesa con tono severo.

—Es la verdad. Las sombras me hablan. También la tuya.

Lilly sintió que se mareaba y le entraban sofocos, que los huesos se le reblandecían y su campo de visión empezaba a tambalearse. El vestido de seda se le pegó al cuerpo, envolviéndola como una segunda piel. Exhausta, se hundió en la butaca de mimbre. Se agarró con fuerza a los reposabrazos, cerró los ojos y llegó a oír cómo Pista, murmurando a lo lejos, retomaba su conversación.

Pista no sólo se sentía atraído por las sombras con las que hablaba como si fueran personas y entre las que se movía como si la luz del sol fuera tan dañina para él como lo había sido para su padre de niño, sino por toda clase de oscuridad. Prefería la ropa oscura, le fascinaba la lúgubre bóveda del sótano, que le parecía el subconsciente del castillo, y esperaba con impaciencia los días cortos del invierno y las horas crepusculares en que la luz se retiraba, la claridad disminuía y las sombras se hacían más largas y numerosas. El día que cumplió dieciséis años incluso se tiñó el pelo de oscuro con una infusión de salvia, ortigas y romero.

A veces se levantaba por la noche, iba a hurtadillas al salón y se pasaba horas mirando un cuadro a cuyo magnetismo no podía resistirse. Era algo que hacía desde pequeño, antes incluso de

aprender a hablar, y lo consideraba una costumbre. El cuadro mostraba un taller abandonado en cuyo centro había una mesita con un cenicero y una copa de vino tinto. En el cenicero, un cigarrillo aún humeante. Al fondo, en el borde derecho, se veía un caballete con un lienzo extendido, con una primera capa de color negro azulado, y frente a la mesita yacía el cadáver del pintor, cuya presencia Pista sentía, aunque no se veía en el cuadro.

La noche le parecía a Pista un mar de cuyas aguas oscuras había salido su cuerpo. En ellas, él y su sombra coincidían por completo, y su interior correspondía al mundo exterior, pues todo era oscuro y el cielo era negro y el jardín se extendía allí quieto y solitario. Y entre el jardín y el cielo nocturno, durante el tiempo en que los ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad, no se advertía ninguna diferencia, así que podía pensarse que las estrellas eran los pétalos claros y blancos que brillaban sobre las grandes flores oscuras.

22

Uno de los refranes favoritos de Lajos era «Por la boca muere el pez», y en efecto había muchas cosas sobre las que se callaba. Se arrancaban de los álbumes fotos con amigos aristócratas de Alemania que apoyaban a los fascistas. Se silenciaban amoríos. Se enterraban en el panteón familiar informaciones sobre negocios turbios. Se borraban del árbol genealógico los tíos que se habían enamorado de prostitutas o de otros hombres. Se reprimían traumas infantiles.

Lo que no podía decirse, se escribía y luego se ponía a buen recaudo. Así no había que cargar con los secretos siempre.

La muerte de los padres de Lajos era uno de esos casos. La abuela se ahogó, le dijeron a Pista. Y el abuelo simplemente se había caído por las escaleras. Fue trágico, muy trágico, le dijeron, pero son cosas que pasan.

En el registro familiar ponía algo distinto:

Mária von Lázár (de soltera von Gampel),
15 de mayo de 1870 – 8 de abril de 1913,
suicidio por ahogamiento.

Sándor von Lázár,

28 de noviembre de 1868 – 5 de junio de 1919,
fractura de cráneo tras una caída
bajo los efectos del alcohol.

El registro se remontaba al siglo XVIII. Varias vidas con todos sus éxitos y fracasos, enredos y aventuras, sueños y miedos, enfermedades y preferencias, corazones rotos y noches en vela, resumidas en un simple guión. Y detrás, las razones del fin de todas estas cosas, consignadas simplemente con una breve serie de signos que hacen parecer la muerte como la única consecuencia lógica y la vida como algo de una fragilidad absoluta.

Una selección de éstas se lee como un poema de Gottfried Benn:

Peritonitis
Diarrea aguda
Suicidio por disparo
Parada cardíaca
Fiebre puerperal
Suicidio por ahorcamiento
Debilidad extrema
Tifus
Suicidio por arsénico
Parálisis cerebral
Carbunco
Suicidio por precipitación

Otro suceso sobre el que se guardó silencio ocurrió la noche del banquete que Lilly estaba organizando antes de desmayarse en el

pabellón del jardín.

Unas horas después de cenar con Bertha en la mesita redonda, Pista se despertó con la sensación de estar sucio por dentro. Se quedó un rato inmóvil, intentando atrapar alguna de las imágenes del sueño que aún centelleaban tras su frente ardiente. Creía que sólo tenía que recordarlas para librarse de la sensación de estar pudriéndose por dentro. Pero no podía, una y otra vez desfilaban por su mente imágenes de su pared abdominal cubierta de un moho marrón negruzco y piloso.

Finalmente apartó la manta de su cuerpo febril y se levantó. El cuarto estaba a oscuras. Anduvo de un lado a otro sin encender la luz y sintió que el moho desaparecía poco a poco de su cuerpo y se sustituía por otra sensación que lo llevó, a través de la puerta alta de doble hoja cuyo picaporte apenas alcanzaba, a la habitación de juegos contigua.

Cosas que había visto cien veces, soldaditos de plomo que había enviado a incontables batallas, todo le parecía distinto bajo la luz pálida de la luna. Lo percibió sin asombro; consideró natural que las cosas tuviesen una cara distinta por la noche. Su mirada sólo se detuvo en las fibras de la alfombra turca. A diferencia de los demás objetos, que podría haber descrito a la perfección sin omitir un solo rasguño o marca de desgaste, no tenía imágenes de ella. Hasta entonces no había reparado en su dibujo, así que aquel azul oscuro y profundo, sobre el que Pista hacía navegar sus barcos de juguete hacia las lejanas costas tropicales, desde cuyos espesos manglares los atacaban caníbales con flechas envenenadas, era todo lo que recordaba.

Pero ahora que el azul había perdido su brillo en la penumbra, el dibujo parecía desplegarse por primera vez completo frente a él y, gracias a la luz de la luna y a las sombras nocturnas que se proyectaban en la alfombra, adquiría aún más hondura y complejidad.

Estaba delante de ella, con los pies desnudos sobre el fresco parqué, y se sintió como uno de aquellos hombres que enviaba al mar, cuya superficie era la alfombra, bajo la que se abría un abismo de miles de metros y, a medida que bajaba, el intenso azul tinta se transformaba en un perfecto negro abisal que lo llamaba, sobre el rostro del dibujo, que sólo existía en la oscuridad, completamente al margen de las manos color caramelo que en su día lo habían tejido en la alfombra sin saberlo; el tiempo se desintegró.

Cuando por fin pudo desembarazarse del dibujo, le pareció como si una parte de sí mismo siguiera allá abajo. Sin pensar, cogió las tijeras de manualidades que estaban sobre el escritorio y las agarró firmemente con su pequeño puño. Luego salió de la habitación de juegos.

Ya en el pasillo le llamó la atención el silencio que lo había envuelto todo el tiempo, pero que no había tenido espacio para extenderse. Poco a poco avanzó por él, a lo largo del pasillo, preguntándose qué sucedía con el silencio cuando uno hablaba. Llegó a la puerta del dormitorio de sus padres. La sensación en su vientre se convirtió en una presión en los pulmones, la agudeza de sus sentidos desapareció. Estaba torpe, distraído y resuelto a entrar en la habitación.

La lámpara de lectura, con su pantalla de seda rojo chino, bañaba la mesita de noche de su madre en un brillo rojizo. La luz también

tocaba los cuerpos, pero sin volverlos aterciopelados ni blandos, sino lisos y sangrientos. Pero no fue eso lo que hizo que Pista, desconcertado, se parase en el umbral. Lo que lo dejó de piedra fue la criatura con cuatro piernas y cuatro brazos en que se habían fundido sus padres. Aunque el torso arqueado de la madre, que, apoyado en los brazos flexionados, se hundía con cada embestida más profundamente en las almohadas, aún se distinguía del cuerpo de su padre, las piernas salían sin distinción de la incandescente mitad de aquella criatura jadeante.

¿Eso eran todavía sus padres? Tenían la cara contraída en unas muecas horribles, los dientes brillaban ensangrentados, las perlas que su madre llevaba alrededor del cuello centelleaban como los frutos de la granada, y los gemidos y gruñidos que brotaban de esas gargantas parecían surgir de lo más profundo y oscuro de su ser. Aquélla no era una criatura racional, carecía de autodominio, de cualquier rasgo humano. Tediosa y destructiva, compulsiva y mecánica, se hundía una y otra vez el sable en su propia carne. ¿Y Pista? No podía apartar los ojos de esa interminable escena infernal que tenía lugar a pocos pasos de él y, sin embargo, en un mundo completamente distinto.

Cuando la lucha por fin cesó, entre espasmos y convulsiones, con un gemido hacia el aire brumoso y un grito ahogado entre las almohadas, la criatura se desintegró. En la cama yacían de nuevo los padres de Pista, que sólo entonces advirtieron que él estaba en la puerta. Tiraron de la manta a toda prisa para taparse los cuerpos desnudos y le ordenaron que volviera a la cama. Pero él se quedó allí de pie, en silencio. Entonces sus padres se fijaron en las tijeras.

—¿Qué haces con esas tijeras en la mano? —preguntó Lajos.

Pista siguió mudo, con los ojos oscuros muy abiertos.

—Ven, te llevaré de vuelta a la cama —dijo Lilly, que se había puesto el camisón bajo la manta.

No hubo reacción.

—Venga, Pista, vamos a dormir. No puedes ni hablar de lo cansado que estás.

Le pasó la mano por el pelo, una mano cuyo olor agrio a mar salobre, cebolla y saliva él nunca olvidaría, mientras Lajos se preguntaba cómo Lilly podía pasar tan rápido del papel de mujer al de madre. Él mismo, después de seis años, aún no había sido capaz de adoptar el de padre. Siempre había creído que eso vendría solo.

Pero no fue así. Por supuesto, quería a su hijo, la mayor parte del tiempo en cualquier caso, o al menos de vez en cuando, pero a menudo pensaba también en sacarlo de la cama, taparle la naricita y la boca y después dejarlo de nuevo entre los cojines. Quizá así fuera posible volver a la vida de antes, en la que momentos como el que acababan de vivir no eran la excepción y en la que él no tenía que sentarse cada semana en el diván del señor Király para, de algún modo, ir tirando.

23

Una noche de 1931, un año antes del nacimiento de Eva, Lajos volvió tarde de Budapest y, mientras aparcaba el coche sobre la grava rechinante del patio, vio cómo se apagaba la luz en su habitación. En ese instante se arrepintió de no haberse quedado una noche más en la capital. Habría podido ir al casino o pedir que le mandaran una chica al hotel, pero ahora tendría que meterse en la cama con su esposa, que sólo se acostaba con él cuando él se lo imponía. Su respiración húmeda. Su cuerpo cálido. El olor a sueño. El rechinar de dientes.

Decidió tomarse otro vaso de whisky. También se encendió un puro, sabiendo ya que esas dos cosas no le bastarían y que necesitaría un tercer narcótico. Al menos era sincero consigo mismo. Y sabía que la culpa y la determinación de volver a ser fiel no tenían nada que hacer frente al deseo. Ahora que ya atisbaba la imagen de unos muslos blancos, carecía de sentido seguir allí sentado, atormentándose con sus pensamientos. Apagó el puro y vació el vaso de whisky.

El barón entró sin llamar y se alegró al encontrarla únicamente con el camisón puesto. Bertha se asustó; los ojos como platos, la boca abierta. Y, como siempre, él se excitó al verla así.

Una vez que se hubo recuperado, ella le abrió los pantalones, le sacó el pene, se arrodilló frente a él y se lo metió en la boca. Él le puso la mano en la nuca. Y volvió a sentirse un hombre.

Pero entonces su mujer aparece de pronto en la habitación. Un fantasma de ojos negros y pelo rubio claro. Con flores blancas bordadas en el camisón. Está ahí, de pie, mirando.

Él tampoco hace nada, no dice nada, sólo piensa en cómo escapar de esa trampa que él mismo se ha tendido. De esa vida extraña en la que ha caído después de que la suya se le escapara entre los dedos. Antes de que él encuentre una respuesta, Lilly se vuelve, mira un instante el espejo colgado junto a ella en la pared, y sale de la habitación.

24

Al principio iban con la capota abierta, aunque después la cerraron porque Lilly quería dormir. Por la mañana, los espíritus de la niebla aún jugaban en los campos y praderas, pero a medida que el sol ascendía fueron hundiéndose en los bosques y los cauces de los ríos. Ahora había un cielo amplio y despejado, y el águila plateada del radiador resplandecía al sol.

A Lajos le gustaba conducir. El ruido del motor le calmaba, le satisfacía, así como el zumbido de los neumáticos, la velocidad, el olor a cuero o el mero hecho de pensar que el Adler Diplomat tenía la potencia equivalente a sesenta caballos juntos. En un día como ése no podía imaginar nada más agradable que conducir con la ventanilla abierta a través de un paisaje verde de verano, razón por la que él también era partidario del sistema de autopistas del Reich, esa «voluntad de un hombre convertida en hormigón», como había leído la víspera en el periódico. Sin embargo, no sabía muy bien qué pensar de aquel hombre.

Por un lado le parecía ridículo, por supuesto, con ese bigote de cepillo y esos gestos coléricos, y lo despreciaba por su brutalidad y su odio a los judíos. Pero por otro admiraba su talento dramático, su habilidad para mostrarse en escena con una eficacia insólita, y su

megalomanía, que era lo bastante contagiosa para que todo un pueblo lo creyese.

También él había caído. No es que compartiera sus ideas políticas —por el amor de Dios, ¡lo que le faltaba, con un cuñado judío!—, pero a veces, en momentos de máxima exigencia o inseguridad, se sorprendía preguntándose qué haría el Führer en una situación como ésa.

Lilly tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y la boca entreabierta. Él la miró y sonrió. Desde el día en que lo había sorprendido con Bertha, las cosas iban mejor entre ellos. Siguiendo el consejo del señor Király, Lajos le había hablado de sus sentimientos. Después despidió a Bertha y la sustituyó por una viuda ya mayor que se había criado en Alemania y hablaba un inglés excelente, pues había trabajado muchos años como secretaria en Bombay.

Por lo demás, la vida se había portado bien con ellos. No se habían librado de la crisis económica mundial, pero, gracias a sus diversas fuentes de ingresos, la habían sufrido menos que la mayoría de la gente. Se mantuvieron a flote, ayudaron a sus campesinos en lo posible y siguieron comerciando en la región con carne, grano, madera y pescado. Cuando los precios se fueron recuperando poco a poco, ellos volvieron a transportar en tren a la capital la carne y el pescado para venderlo, como habían hecho siempre, en el mercado central.

Hacía un año que incluso la fábrica de motores volvía a dar beneficios, así que pudieron comprarse, con la conciencia tranquila, una casa de cuatro plantas junto al Danubio. Ya era hora, porque,

por muy agradable que fuera el castillo del bosque, la vida sucedía en la capital. Allí pasaban ahora los inviernos, daban bailes y asistían a los de otros, iban asiduamente a la ópera y al teatro, acudían a misa el domingo y veían en el cine esas películas nuevas donde ya se hablaba. Les iba bien.

—¡De momento! —habría exclamado su hermana, levantando un dedo con aire amenazante—. De momento nos va bien, pero sólo porque tenemos dinero y suerte. Quién sabe cuánto durará.

Desde que los Bleichröder habían dejado Berlín tres años antes para mudarse a Viena, Ilona había cambiado. Ya no escuchaba música, había empezado a fumar y apenas salía de casa. A menudo se quedaba en la cama hasta el mediodía. Kurt intentó convencerla de que se tratara con Freud, pero ella lo rechazó con las palabras: «Yo no estoy enferma, el mundo lo está.» Veía a todos como futuros nazis y estaba segura de que en Viena les esperaba el mismo destino que en Alemania. Desde noviembre, con la Primera Disposición de la Ley de Ciudadanía del Reich, su marido allí era un mestizo de primer grado y ella, una puta.

En vista de todo eso, claro, se alegraba de haberse ido a Austria, pero el miedo a la ruina y a una nueva guerra la había seguido hasta allí. El antisemitismo tampoco era un fenómeno exclusivo de Alemania. Ni Kurt ni ella profesaban la fe judía, pero con su apellido, que era el del banquero judío rico y poderoso por antonomasia, eso no importaba.

Durante una parada para repostar y estirar las piernas, Lajos recordó el verano de 1933, que Lilly, Pista, la pequeña Eva —entonces de un

año— y él habían pasado con los Bleichröder en el sur de Francia. Había sido un verano hermoso, seco y cálido. Pasaban los días junto al mar, bañándose y tomando el sol sobre las rocas rojas. Por las noches oían el rumor sereno de las olas a través de las ventanas abiertas y se lamían la sal seca de la piel. Comían mejillones, langosta y pescado, y ahogaban las preocupaciones en vino blanco y risas. Incluso Ilona aún creía entonces que la situación se arreglaría. Después de todo, el boicot a los judíos, puesto en marcha en abril, se había suspendido al cabo de un día ante la pasividad de la población: una razón para la esperanza.

En otoño, no obstante, con la piel aún bronceada después de las semanas que habían pasado en la Costa Azul, abandonaron Berlín. El boicot había fracasado, pero las pérdidas de clientes y depósitos para la banca S. Bleichröder habían sido muy graves. Desde la llegada de los nacionalsocialistas al poder, el odio a los judíos, que ya era latente en tiempos del poderoso Gerson von Bleichröder, se había convertido en el principal rasgo distintivo de un buen alemán.

De momento, sin embargo, no se notaba nada. Aún no habían visto ninguno de esos letreros antisemitas —LOS JUDÍOS NO SON BIENVENIDOS— de los que hablaba su hermana, y de lo único que salía en la última edición del *Stürmer* eran los Juegos Olímpicos de verano. Aun así, Lajos no se sacudía la sensación de encontrarse en una gigantesca puesta en escena.

Tal vez por eso le había molestado tanto que Ilona, durante la parada en Viena, no dejara de hablar de Hitler y de su reino de sombras; ya tenía claro que no conseguiría quitarse de encima así como así toda esa cantinela apocalíptica. ¡Y eso que hacía un día magnífico!

De mal humor volvió a subir al coche, le pasó por la ventanilla al empleado el dinero de la gasolina y una propina, pero se arrepintió de inmediato, en cuanto vio por el retrovisor cómo el hombre se despedía de él con el brazo en alto.

Sólo les faltaba media hora para llegar a la villa de sus amigos. Lilly se había despertado en la gasolinera y ahora sacaba la mano por la ventanilla.

—Parece que quema el aire.

Lajos no respondió.

—No te preocupes tanto —añadió, poniéndole la mano en el muslo—. Un cambio así no es fácil, pero tu hermana volverá a encontrar la paz. Sólo tiene que acostumbrarse a su nueva vida.

—Lo sé. Sólo que es raro, se ha vuelto muy miedosa. Antes lo único que la asustaba era el bosque. Nada más. Nunca. Y ahora de pronto ve fantasmas por todas partes.

—Es comprensible. Ponte en su lugar.

—Pero no puede dejar de vivir como si tal cosa. Tiene hijos y un marido, no puede estar en la cama hasta el mediodía.

—Lajos...

—¿Qué? Es la verdad. Cree que el mundo gira a su alrededor. Y como ella no está bien, no le importa arrastrar consigo al resto.

Lilly le quitó la mano del muslo y lo miró.

—No la compares con tu madre.

Lajos se encogió de hombros y se puso las gafas de sol.

Sus amigos no tenían hijos ni los querían, por eso Lilly y Lajos siempre los visitaban sin los suyos. Disfrutaban de ese tiempo libre, en el que podían volver a ser un poco los niños que habían sido cuando se conocieron en Hévíz. Dejaban atrás las responsabilidades y preocupaciones cotidianas. Se sentaban en la terraza, bebían champán, hablaban de los clientes acaudalados a los que el marido defendía en los juicios, y miraban las flores del jardín que cuidaba la mujer. Al lado estaba la propiedad de Leni Riefenstahl, que era el otro gran tema de conversación.

—¡Es listísima e increíblemente simpática! —les habían contado por teléfono la última vez—. Uno se olvida por completo de lo famosa que es y de toda la gente que conoce. Pero por desgracia no podremos presentárosla. Estará hasta arriba de trabajo, ya que es la encargada de filmar todos los Juegos. Al parecer, va a hacerse incluso una película.

Cosa, por otro lado, perfectamente razonable. ¡El mundo debía saber qué gran nación de progreso era la nueva Alemania!

Mientras avanzaban despacio por el barrio de las villas, no notaron nada del inminente espectáculo. En esa zona, en realidad, parecía no notarse nada. Los jardines estaban recién segados; los setos, podados con precisión; las casas eran de un blanco reluciente. Allí siempre era domingo.

Cuando Lajos, junto a la sobria villa de dos plantas de Riefenstahl, dirigió el Adler hacia la entrada, vio un corzo en el borde del bosque que lindaba con el jardín de sus amigos. Estaba completamente inmóvil, con la cabeza erguida y las orejas atentas. Lajos pensó en la temporada de caza, que empezaría pronto, y en la sensación que lo envolvía en la bruma del amanecer, cuando se echaba el rifle al

hombro y salía con quienes lo acompañaban a cazar los animales de su bosque. La sensación incluía el espanto de saber que ese día se mataba. Más tarde se sentaban al borde del bosque, frente a mesas de madera con manteles blancos, bebían cantidades ingentes de vino, comían tocino y sopa de *gulasch*, y después, por la tarde, cuando la luz era más hermosa, metían una ramita en la boca del ciervo abatido y se ponían detrás de él, en semicírculo, para la foto, con los rifles de nuevo al hombro, sin tensión, y más tarde se sentaban en la sala de fumadores, bajo las escenas inglesas de caza, que tanto odiaba y que sin embargo estaban colgadas por todo el castillo y también en la casa de la ciudad, simplemente porque así debía ser.

Lajos negó con la cabeza, bajó del coche y dio un portazo. El corzo desapareció en el bosque.

25

Desnuda frente a la mujer que le palpaba el cuerpo, Ilona pensó en Zuckmayer, que había dicho: «Lo más importante es nuestra dignidad, ¡no dejemos que nos la quiten!»

Pero cuando tenías que agacharte completamente desnuda ante la mujer de un funcionario de las SS para que pudiera inspeccionar cada rincón de tu cuerpo, eso era más fácil decirlo que hacerlo. Por suerte, ella no había perdido su capacidad de retraerse en sí misma como una tortuga, en lo más profundo de su ser, allá donde nada podía alcanzarla, así que, cuando la mujer la tocó entre las piernas, ella sentía que su cuerpo era un mero envoltorio.

Al principio, en el tren, no había reconocido a Zuckmayer, sólo la cabeza grande y angulosa y la nariz prominente le resultaron familiares. ¡Y eso que Kurt y ella habían llorado de risa viendo *El capitán de Köpenick*!

A ella jamás se le habría pasado por la cabeza que alguien tan serio como ese hombre que viajaba en su compartimento pudiera ser capaz de escribir semejantes comedias.

Cuando el tren salió de la estación de Viena Oeste a las ocho y diez, aún no se habían dirigido la palabra. Apenas se habían

saludado con un gesto de la cabeza y luego habían guardado silencio. Incluso los niños habían permanecido callados: la tensión de los padres, perceptible en cada uno de sus movimientos, hacía días que los había dejado sin palabras.

Sólo cuando Kurt, en quien el mundo militar, a pesar de su pacifismo, o tal vez porque le resultaba completamente ajeno, ejercía una extraña fascinación que, sin embargo, podía convertirse en repugnancia en cuestión de segundos, se decidió por fin a preguntar al hombre por las condecoraciones que llevaba en la solapa, éste dijo algo.

De la guerra no quiso hablar, pero sí les contó cómo había sido la concesión de la Cruz de Hierro de Primera Clase.

—El káiser parecía haber vuelto a nuestro mundo remando por la laguna Estigia. Tenía la cara gris y tan rígida como su brazo izquierdo atrofiado, era como si llevara el bigote pegado a una máscara. Pero lo que más recuerdo son sus ojos. Los tenía abiertos como platos, aunque miraban a través de mí. Como si ya vieran a lo lejos el destino de su país.

De la guerra pasaron rápidamente a hablar de la situación mundial, que se encaminaba de forma inevitable hacia otra guerra.

—Mi hermano conoce a Ödön von Horváth —dijo Ilona—. Al leer su último libro te das cuenta enseguida de que la guerra llegará sí o sí. La juventud no ha sido preparada para otra cosa.

Y Kurt preguntó:

—¿Ha leído usted el libro?

—Sí. Ödön es un buen amigo mío. Yo también escribo.

—¿De veras? ¡Qué casualidad! ¿Cree que podríamos conocer algo suyo?

—Tal vez les suene *El viñedo alegre* —respondió Zuckmayer con modestia.

Como es natural, se sintieron terriblemente abochornados por no haber reconocido al escritor, razón de más para elogiar con entusiasmo exagerado su comedia.

Habían visto la obra antes de la toma del poder, dijeron, o al menos antes del boicot que, pocas semanas después de sus vacaciones en la Costa Azul, los había empujado a abandonar Alemania. Pero aquel boicot no era nada comparado con los tres últimos días en Viena, sobre los que Zuckmayer escribiría muchos años más tarde en sus memorias:

> Esa noche se desató el infierno. El inframundo abrió sus puertas y liberó a sus espíritus más viles, más repugnantes, más impuros. La ciudad se transformó en una pesadilla de El Bosco: lémures y semidemonios parecían haber salido de huevos sucios y de agujeros pantanosos. Llenaba el aire un griterío estridente y continuo, salvaje, histérico, procedente de gargantas de hombres y mujeres, que resonó durante días y noches. Y todos perdieron el rostro, se volvieron muecas deformes: unos por miedo, otros por la mentira, otros por un triunfo feroz y lleno de odio.

En realidad no se habían atrevido a salir del piso por temor a que los apaleasen, los arrestasen —por la ventana estaban viendo cómo lo hacían— o los obligasen, de rodillas ante una multitud de

curiosos, a borrar de las aceras las consignas proaustríacas con las que los partidarios de Kurt Schuschnigg aún intentaban protestar contra el *Anschluss*. Pero también en casa habían pasado miedo. Cada vez que oían pasos en la escalera, temían que vinieran a desvalijarles el piso.

Después de varias horas de viaje, Zuckmayer les preguntó —en voz baja, porque los niños, mecidos por el girar monótono de las ruedas de acero, se habían quedado dormidos— cuánto dinero llevaban. Ilona y Kurt se miraron un instante; después ella dijo:

—Lo suficiente para aguantar un tiempo.

—Eso es demasiado —respondió Zuckmayer—. No dejan pasar más de veinticinco marcos.

—Pero nosotros lo llevamos bien escondido —dijo Kurt.

—Lo encontrarán. Y entonces los subirán directamente en el siguiente tren con destino a Dachau.

Volvieron a mirarse, ahora indecisos.

—Primero registrarán su equipaje y el de los niños, luego tendrán que desnudaros, todos, de la cabeza a los pies.

Ilona volvió a mirar a Kurt, pero él ahora miraba pensativo por la ventanilla. A su lado, la sombra del tren se deslizaba sobre los prados verdes. Pasaron por un túnel corto; en la oscuridad, también los niños parecían sombras, y en cierto sentido lo eran: pequeñas sombras que los seguían adondequiera que fuesen, a Zúrich, a Nueva York o a Dachau.

Cuando la luz brillante de la primavera temprana volvió a inundar el compartimento, Ilona dijo:

—Es demasiado arriesgado, Kurt. Debemos dar gracias si logramos cruzar.

Kurt asintió. Les quedaba algo de dinero en un banco inglés, suficiente para seguir el viaje y empezar de nuevo modestamente; con el resto de su fortuna, mal que les pesara, iban a financiar el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.

—Voy un momento al baño —dijo Ilona—. ¿Vigilas las maletas?

Kurt asintió otra vez. ¿Era la decisión correcta? ¿De verdad tenían que tirar por la ventanilla todo aquel dinero tan bien escondido? Quizá los funcionarios no lo encontraran, quizá ni siquiera lo buscaran y simplemente los dejaran pasar. ¿Y por qué iba a saber Zuckmayer cómo eran las cosas en la frontera? Si lo supiera, ahora no estaría allí con ellos, sino en algún lugar junto al lago de Zúrich o en un café de París.

Kurt se levantó, bajó las maletas del portaequipajes y las abrió. Vio de reojo las manos de Zuckmayer. Costaba imaginar que se dedicaran sólo a escribir. Eran manos de trabajador, con dedos demasiado anchos para las teclas de una máquina de escribir y demasiado grandes para un lápiz.

Seguro que a Ilona le gustan, pensó Kurt. Y encima esas medallas en la solapa, como si supiera exactamente con qué impresionarla.

Pero Ilona ni siquiera se había fijado en sus manos. Estaba de pie en el estrecho baño del tren, preguntándose qué hacer con todos los billetes que acababa de sacarse del sujetador, las medias y las bragas. Por un momento pensó en tirar todo el dinero a las vías por la taza del váter, pero enseguida volvió a dudar de si realmente era lo correcto. Así que se sentó en el borde del retrete y cerró los ojos. Las ruedas de acero traqueteaban en su cabeza. Tenía ganas de

llorar, pero ya no sabía cómo hacerlo. Si su madre hubiera estado allí, habría podido, habría llorado hasta que las cosas mejorasen un poco. La echaba de menos. A veces, cuando estaba segura de que todos dormían, hablaba con ella, le pedía consejo, aunque tenía claro que su madre era la persona que menos sabía cómo vivir. Y aun así esperaba una respuesta, daba igual cuál, aunque fuera una sola vez.

Alrededor de las cinco de la tarde, cuando el tren se detuvo en Innsbruck y unos agentes con esvásticas en los brazaletes subieron al vagón, ambos sintieron alivio por haber tirado el dinero por la ventanilla, pese a la dolorosa imagen de los billetes ondeando al viento.

Con las manos temblorosas, enseñaron su pasaporte al hombre de ojos verdes y felinos. El apellido Bleichröder, por suerte, no le dijo nada; pero cuando leyó que Zuckmayer era escritor, le mandó bajar de inmediato con su equipaje.

El escritor desapareció en el edificio de la estación, y el tren volvió a ponerse en marcha. Así de rápido podía suceder.

La funcionaria le mandó vestirse. Ya había visto lo que quería ver.

Ilona abandonó la celda y salió a la calle. El aire era frío y claro; el cielo, de un verde vítreo, sin nubes. Los cacheos y los registros de equipaje habían durado toda la noche. Pronto saldría el sol.

Los niños también habían tenido que desnudarse, incluso la pequeña Tony, de doce años. Al igual que su madre, había tenido que esperar fuera. Tony había llorado y la había llamado, y ella, por primera vez en su vida, había pensado que tal vez no fuera justo

exponer a los niños a este mundo con la esperanza de que al final todo saliera bien.

A primera hora de la mañana, el tren salió de la estación fronteriza de Feldkirch. Cuando cruzaron la frontera suiza, el sol centelleaba sobre la nieve escarchada de los Alpes.

26

La casa estaba en la primera fila de edificios junto al Danubio. Detrás había un parque público, donde a principios de octubre, cuando se mudaban a la ciudad para los meses fríos, las hojas de los árboles se volvían doradas y las sombras de la tarde, largas y locuaces. Pista no tardó en trabar amistad con ellas, mientras en la escuela conventual, al otro lado del río, permanecía solo y apartado.

Antes de que compraran la casa en Budapest, una serie de preceptores se habían hecho cargo de su educación, así que apenas había tenido contacto con otros niños de su edad. Aunque en el castillo del bosque siempre había huéspedes con hijos, él solía esconderse de ellos en la bodega del sótano o entre los árboles. Por eso le faltaba naturalidad en el trato con sus compañeros de la escuela, cosa que llamó la atención desde el primer día. Era un extraño que no conocía las normas de comportamiento, ni la manera de hablar, ni el humor, ni la jerarquía de la clase, y que tampoco tenía posibilidades de aprenderlo, pues una vez que estabas fuera del círculo, era imposible entrar en él.

La única función que le asignaron fue la de chivo expiatorio, saco de golpes y felpudo. Cuando la cohesión de la clase se veía amenazada, lo culpaban de las tensiones, que aliviaban poniéndolo

contra la pared trasera del colegio. Allí le pegaban por turnos con la regla en la cara.

Como se dio cuenta enseguida de que intentar volverse invisible no servía de nada, empezó, con la remota y casi inimaginable esperanza de llegar a ser algún día más fuerte que sus compañeros, a hacer flexiones dos veces al día —después de levantarse y antes de acostarse—, hasta que los músculos de los brazos le flaqueaban, rendidos.

Disfrutaba el hecho de que ese dolor fuera suyo y no tuviera nada que ver con sus torturadores. Y aunque al principio sólo sentía que algo se movía en su interior, al cabo de medio año empezó a ver los primeros cambios: sus bíceps por fin eran más anchos que sus antebrazos y su pecho ya no se parecía al de un artista del hambre.

Para acelerar los progresos, empezó a incorporar pesas a su entrenamiento y a cargar siempre que podía con su hermana pequeña, Eva. Las agujetas se convirtieron en compañeras constantes y así, por primera vez, adquirió conciencia de su cuerpo, que hasta entonces le había parecido sólo un recipiente lleno y guiado por sus pensamientos y emociones. Ahora, a través de esos músculos doloridos y exhaustos, ese cuerpo le reclamaba de pronto el lugar que le correspondía. Pista se convirtió en un ser con sustancia, en un cuerpo con peso.

Dos años después de aquellas primeras flexiones ya era, de hecho, más fuerte que los demás. Hasta entonces había estado convencido de que toda su vida sería alguien débil, flaco y enfermizo, como si su naturaleza sensible tuviera que reflejarse en su apariencia. Pero

ahora entre su interior y su exterior se daba un contraste del que sólo él estaba al corriente. Pues para los demás, que no veían al niño inseguro y asustado que llevaba dentro, era un hombre nuevo. Ya no lo empujaban contra la pared y ni siquiera los profesores se atrevían a castigarlo.

También se debía a sus ojos, que habían perdido el color azul verdoso y adquirido en su lugar un tono gris duro. En general, había cambiado: su rostro era más anguloso; las sombras bajo los pómulos, más oscuras; su postura al andar, más erguida; su confianza, mayor.

Debido a esa transformación, que lo hacía parecer mayor que los demás chicos, y a su aire callado y misterioso, llamó la atención de una alumna del instituto femenino de enfrente, que un viernes de noviembre de 1938, después de clase, en el breve instante en que las alumnas del instituto femenino y los alumnos de la escuela conventual salían en tromba a la vez a la pequeña plaza entre ambos edificios y, durante unos minutos intensos, se rozaban los brazos y se confundían sus olores y sus voces, le entregó, con una sonrisa tímida, una carta de amor.

Pista leyó la carta de camino a casa, con el corazón palpitante y las rodillas temblorosas. Después de leerla una y otra vez, se sentó en los escalones de piedra de un portal y se quedó mirando al vacío.

Cuando las campanas de la iglesia dieron las seis y se dio cuenta de que llevaba una hora allí sentado, se levantó y volvió corriendo a su casa, donde desapareció de inmediato en su habitación para volver a leer la carta. Pero la carta ya no estaba.

La buscó por todas partes, se palpó todos los bolsillos, volcó la mochila, incluso volvió a salir de casa y desanduvo el camino hasta

el puente de las Cadenas. Pero la carta seguía sin aparecer.

Cuando, finalmente, abatido, se sentó a la mesa del comedor, percibió de repente la boca seca y un sabor extraño en ella.

En ese instante le resultó imposible seguir sentado a la mesa, participando en conversaciones insustanciales. Lo único de lo que quería hablar era de la carta que le habían escrito, de las frases dulces que hasta esa misma tarde habían pertenecido a la muchacha del pelo castaño y que ahora él sentía dentro del estómago. Con el pretexto de un fuerte dolor de barriga, se levantó de la mesa.

Aunque a la mañana siguiente Pista apenas recordaba la cara de la chica, pasó todo el fin de semana puliendo una carta igual de apasionada, y el lunes, entre el tumulto de la salida del colegio, se la dio con las mejillas encendidas y sin decir una palabra. Luego se sentó en el parque de detrás de su casa hasta que se hizo de noche. El cielo estaba cubierto y el mundo sin una sola sombra, un viento frío arrastraba la hojarasca seca y marrón por la pradera inclinada. Eso se sentía al estar enamorado, pensó: como si un vendaval de otoño recorriera tu cuerpo.

Pronto se estableció una rutina. Cada dos días se entregaban cartas sin decirse nada, pues tenían la voz demasiado quebradiza y la boca demasiado seca como para hablar. Bajaban la mirada y sonreían con timidez. Apenas doblaban la esquina, leían esas cartas tumultuosas que contenían todo lo que había en sus pequeños corazones.

En cuanto se sabía todas las palabras, Pista arrugaba la carta y se la comía. Después, con el sabor agridulce del papel perfumado en la boca, se bajaba los pantalones y los calzoncillos, apoyaba la espalda

en la puerta de su habitación, cerraba los ojos para no ver las dos torres negras de las iglesias al otro lado del río y salmodiaba para sí las declaraciones de amor de ella. Cuando sentía que llegaba el momento, formaba una copa con la mano izquierda y vertía allí su esperma oscuro.

Como no sabía qué aspecto tenía el semen, no le inquietaba. Pero al ver que con cada masturbación se volvía más claro y transparente, empezó a preocuparse. Le parecía antinatural que algo salido de su interior fuese tan claro. Su preocupación llegó al punto de que dejó de masturbarse algunas semanas, hasta que un día, al rozar el dorso de la mano de Matilda en plena plaza, se corrió en el pantalón.

Estaba atrapado en el hechizo de Matilda, atrapado en la red de palabras que ella tejía cada noche a la luz de sus velas de miel. Allá adonde fuese e hiciera lo que hiciese, él veía sus grandes ojos marrones, sus labios y sus manos, su frente, el cuello de su blusa, la pelusa de sus mejillas y el broche de su pecho.

Incluso en sueños se le aparecía, siempre con el uniforme y acompañada por el pavo real rojo que se desprendía de su pecho y con su cola desplegada de ojos negros oscurecía el cielo.

27

A partir de cierto momento, las cartas ya no bastaban. Matilda quería oír cómo sonaba su nombre en la boca de Pista; Pista quería saber cómo lo veía Matilda. Por eso, una tarde clara de invierno, en lugar de darle una carta, él puso su mano en la de ella. Matilda se sorprendió, pero, en vez de retirarla, se lo llevó de la mano hasta el parquecito que había cerca de su casa. Allí, sentada bajo un tilo, había leído todas sus cartas.

Ahora estaban de pie frente al banco, aún de la mano, sin saber qué se hacía en una situación como ésa.

En la entrada, un guarda rastrillaba el sendero de grava; por lo demás, el parque estaba vacío.

—¿Y ahora? —preguntó Matilda.

Era la primera vez que Pista oía su voz. Se la había imaginado distinta, pero no importaba. De inmediato le resultó familiar.

—No lo sé —dijo—. Pero me gusta darte la mano.

—A mí también.

—Entonces sigamos así —propuso Pista.

Matilda asintió.

Al caer la tarde, ella tenía que volver a casa y Pista se levantó y le ofreció el brazo, como había visto hacer a su padre y en las películas. Matilda se rió, cosa que él no entendió, pero ella de todos modos le agarró el brazo. Así salieron del parque, con un gesto tímido se despidieron del guarda, que cerró el portón tras ellos, y bajaron la calle en silencio, disfrutando de no estar solos, mientras se encendían las farolas de gas.

—Éste es el momento más hermoso del día —dijo Pista.

Y a su vez dijo Matilda:

—Siempre me pongo melancólica cuando se encienden las farolas.

Se miraron y rieron.

Frente a la puerta de la casa de Matilda se encontraron otra vez con el mismo problema: ninguno sabía qué hacer. ¿Cómo tenían que despedirse después de pasar una hora de la mano, sentados uno junto al otro, hablando de todo y de nada? ¿Por qué no se aprendían esas cosas en la escuela? ¿Por qué les enseñaban a calcular el volumen de las pirámides de Guiza o la velocidad de caída de una hoja, pero no a vivir?

—¿Y ahora? —preguntó Pista.

—No lo sé. Pero antes de irte, ¿podrías decir mi nombre una vez?

Pista sintió cómo se acaloraba. Miró sobre su hombro, a un lado y otro de la calle, como si estuviera a punto de hacer algo prohibido. Entonces pronunció el nombre que durante las últimas semanas había pensado y escrito más que cualquier otra palabra en toda su vida.

—Gracias —dijo Matilda, y se puso de puntillas, se lo acercó tirándole del cuello del abrigo, le dio un beso, un beso de verdad, en

plena boca, y desapareció por la escalera antes de que él pudiera decir nada.

28

Matilda pasó el resto de la tarde encerrada en el cuarto de la limpieza. A las ocho la dejaron salir un momento para ir al baño y recoger su manta y su almohada, pero luego la puerta volvió a cerrarse con llave. El cuarto era pequeño. Tan pequeño que Matilda, que apenas le llegaba al hombro a Pista, tenía que acurrucarse con las piernas dobladas para poder estar echada. El aire, por tanto, era asfixiante. Matilda tuvo en la nariz toda la noche el olor a productos de limpieza, a excrementos de ratón y a trapos viejos. Pero lo peor era la voz de su madre, que estuvo colándose por el ojo de la cerradura durante horas.

Después de encerrar a su hija, la señora Telkes arrastró la mecedora hasta la puerta y se puso un pintalabios oscuro. Al oír su voz, Matilda se estremeció. Pocas cosas le daban más miedo que un sermón de su madre, de la que nadie sabía si realmente creía en Dios, pero que había estudiado la Torá con tal fervor que su retórica severa, atravesada de parábolas y símbolos, había impregnado su lenguaje, con el que ahora invocaba imágenes de ásperas manos masculinas, flores rotas, parques nocturnos y callejones sombríos, de brillantes ojos negros, muslos manchados de sangre, sables que partían cuerpos, miembros que se fundían en uno, brazos y piernas que luchaban por salir del cuerpo, vientres hinchados, calambres

dolorosos y la sensación de dejar de ser una misma. Horas después, cuando la señora Telkes ya se había limpiado el pintalabios con el dorso de la mano y se había acostado con su marido, Matilda aún no podía quitarse de la cabeza aquellas imágenes. La oscuridad se había saturado de ellas.

A la mañana siguiente, Matilda tuvo que ir a la escuela como de costumbre. Pero el mundo ya no era ni mucho menos el que había sido hasta entonces. Aún tenía adheridas en el pelo y la piel las visiones aterradoras de su madre, en su mente revivía una y otra vez la hora pasada con Pista, y estuvo oyendo su nombre dicho por él hasta que su forma de pronunciarlo le pareció la única posible.

¡Por fin sonó la campana!

Matilda se levantó de un salto y salió corriendo a la plaza para ver a Pista y contárselo todo: que después del beso subió las escaleras y allí la esperaban para preguntarle dónde se había metido tanto tiempo. Que debería haberse dado cuenta, por la frialdad en la voz de su madre, de que la pregunta no era más que una prueba.

—Estaba con Eszter en el parque —había dicho.

Y ella misma se extrañó de lo ajena que le había sonado su voz. Quizá nadie sea la misma persona durante toda su vida, pensó entonces. Quizá seamos distintas personas, que piensan, sienten y se muestran de formas distintas, unidas sólo por un mismo nombre.

—Ah, estabas con Eszter en el parque. Bien. Parece una buena chica —había dicho su madre.

—Sí, lo es —había contestado ella, sin advertir el tintinear de los cubitos de hielo en la garganta de su madre.

—Entonces seguro que respeta a su madre, en lugar de hablar con la lengua de una serpiente que hace que las mentiras suenen como verdades.

Entonces Matilda comprendió. Su madre la había visto por la ventana. Los había visto bajar del brazo por la calle, los había visto a la puerta, había visto cómo los labios de él se movían para pronunciar su nombre y cómo los de ella lo besaban. Debería haberlo imaginado. ¡Qué insensata había sido! ¡Y qué tonta de remate al intentar mentir a su madre!

Ahora debía tener más cuidado, sobre todo las próximas semanas. Ella y Pista podrían intercambiar a lo sumo unas pocas palabras. Tenía que volver a casa a su hora. Tenía que relegar de nuevo sus sentimientos a las cartas, a la espera de que su madre olvidara el asunto cuanto antes.

Tenía que destruir las cartas de Pista, que guardaba en una caja bajo la cama. Lo mejor sería comérselas, si las tiraba al cubo de la basura su madre las encontraría; intentar sacar el grueso taco a escondidas era demasiado arriesgado, y tampoco podía quemarlas en su habitación.

Frente a la puerta del colegio estaba Dora, el ama de llaves de la familia Telkes. Cuando Matilda la vio allí esperando, con sus hombros anchos y caídos y una cesta de verduras en la mano, se paró en seco. Pero era inútil, Dora ya la había visto y no tenía escapatoria.

—Ven, hija. Vamos a casa —dijo.

Y al decirlo sus ojos se mostraron tan compasivos que a Matilda se le saltaron las lágrimas. Dora la rodeó con su pesado brazo y añadió:

—Aunque ahora no lo parezca, todo pasa. Ya sabes lo que dice el refrán: «No hay mal que cien años dure». Ni dolor tampoco.

—Pero ¿por qué me hace esto mi madre?

—Porque te quiere, hija.

—No me quiere, ¡me odia!

—No, no es verdad. Si te odiara, no se preocuparía tanto por ti.

Matilda se secó la cara con la manga de su uniforme azul oscuro.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Lo mejor es que olvides al chico. Y si no puedes, ya habrá una forma... —dijo Dora, esperando de corazón que así fuese.

29

Después de no haber visto a Matilda en toda la semana, su amiga Eszter le entregó una carta. Pista ni siquiera pudo esperar a alejarse de la plaza: la leyó allí mismo, en pleno bullicio a la salida de la escuela.

Luego deambuló por las calles como un borracho, cruzó el puente y pasó por el parque que había detrás de la casa de Matilda, donde buscó en vano una sombra que pudiera consolarlo. Las sombras sabían mucho, pero no entendían de mal de amores. Así que al final volvió a casa, aunque había querido retrasar el momento todo lo posible, evitó a su madre, que estudiaba italiano en el despacho, subió los cuatro pisos a hurtadillas, pasó por la habitación de su hermana, cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido, se acercó a la ventana y miró el Danubio, cuyas aguas gris verdoso corrían tan despacio que apenas se percibía el flujo. Y sin embargo, los leños a la deriva y los demás despojos terminaban en el mar Negro, depósito de tiempos pasados, sueños rotos y cosas perdidas. Pero Pista, claro, no pensaba en eso. Ni siquiera pensaba ya en Matilda, como había hecho sin descanso durante la última semana, sino sólo en cómo huir de esa sensación de ser devorado, de ser despedazado por una jauría de perros de caza sedientos de sangre. Saltar por la ventana sería una posibilidad. Moriría en el acto, sin duda; después

de todo, a su abuelo le había bastado con precipitarse por la escalera.

Pero sabía que no lo haría, que no eran más que juegos mentales para pasar el rato. Porque aún existía la posibilidad de volver a ver a Matilda, algún día. Y un mundo en el que existía esa posibilidad aún merecía la pena.

Pasaron semanas sin que se vieran ni una sola vez. Cuando sonaba la campana de la escuela conventual cuatro minutos después que la del instituto femenino, Matilda ya se había alejado tres calles. Todavía volvía a casa escoltada por Dora, a quien la chica inspiraba compasión y que no entendía a la señora Telkes. ¿Qué tenía de malo quedar con un chico? El muchacho, incluso, la había acompañado a casa. ¿Qué importaba que no fuese judío? Tampoco los Telkes eran ya judíos de verdad. Por otro lado, tal vez no fuera tan mala idea casarse con un gentil, en vista de lo que estaba ocurriendo en Alemania. ¿Quién podía decir lo que iba a pasar? Tal vez Hungría corriera la misma suerte que Austria.

A Matilda no le interesaba nada de esto. Aunque escuchaba a sus padres hablar del asunto, no percibía la inquietud de sus voces ni el miedo que impregnaba sus palabras. Aquel país al que todos temían no tenía nada que ver con ella. ¿Qué más le daba a ella la política, si el desamor no la dejaba dormir ni comer?

Entretanto la señora Telkes empezó a preocuparse y ordenó a Dora que sólo preparara los platos favoritos de Matilda, convencida de que su ayuno era una especie de huelga para chantajearla. Pero Matilda no podía tragar bocado. Todo le repugnaba, todo le sabía a

serrín recalentado, incluso las tortitas de Dora con mermelada de albaricoque.

Y cuando lograba comer algo, aunque fuesen sólo tres patatas fritas, la comida le resultaba pesada e indigesta en el estómago, y se pasaba hasta altas horas de la noche dando vueltas en la cama.

Pista no sufría menos.

Durante mucho tiempo estuvo acostándose temprano. Antes, cuando apagaba la luz, los ojos se le cerraban tan rápido que ni siquiera podía decirse: «Me voy a dormir.» Pero ahora que dormir era su única forma de aliviarse, parecía haber perdido la capacidad de conciliar el sueño. Pasaba horas despierto, contemplando la oscuridad que se había instalado en su habitación, mientras sus pensamientos giraban en torno a Matilda. Si encendía la lámpara de la mesita y miraba el reloj, siempre era medianoche: el instante en que el inválido obligado a viajar, que pasa la noche en un hotel desconocido y al que despierta un malestar, se alegra cuando ve una franja de luz bajo la puerta: ¡Qué suerte, está amaneciendo! Pronto el personal empezará su turno, podrá llamar y vendrán a ayudarle. La esperanza de obtener alivio le da fuerzas para soportar el dolor. Ya cree oír los pasos; están cada vez más cerca, pero después se alejan. Y la franja de luz bajo la puerta desaparece. No era la luz del día, es medianoche; alguien acaba de apagar la luz del pasillo, el último sirviente se ha marchado y él deberá sufrir toda la noche.

Así era. Sufría hasta el amanecer y luego seguía sufriendo hasta que se hacía de noche. Pero lo peor eran las fases breves del sueño en las que el pavo real rojo desplegaba la cola y aparecía en ella la

imagen de Matilda. Ella surgía de un deseo para el que Pista no encontraba desahogo, pero en el borde de sus sueños imaginaba que lo provocaba ella. Sentía su calor pasar a su propio cuerpo y se acercaba a ella, pero en ese mismo instante despertaba. Entonces su desgracia era mayor que nunca y tomaba la decisión de, al día siguiente, armarse de valor y correr tras ella, o incluso presentarse ante sus padres y pedir su mano.

Tenía que hacer algo, las cartas no bastaban. ¿Cómo podía expresar su amor en ellas? Todo lo que escribía sonaba banal, cursi o estúpido.

Matilda no lo veía así, para ella no había nada más hermoso que sus cartas. Sin embargo, todos los días intentaba convencer a Dora de que la dejara al menos mirar un momento a Pista, porque más que a la lengua veterotestamentaria de su madre, temía olvidar su rostro. Ya sentía que se le estaba escapando.

Al principio de su encierro, lo había tenido siempre ante los ojos, con suma nitidez (aunque en el banco bajo el tilo apenas se habían atrevido a mirarse), pero ahora, por las noches, tenía que esforzarse incluso para recordar el color de sus ojos o la forma de su nariz.

—Conozco mejor el perfil de su letra que el de sus labios, Dora. Ni siquiera sé cómo huele y pronto olvidaré cómo es su cara. Y lo amaré y le escribiré cada noche sin poder imaginar su rostro. ¡No querrás eso!

No, no lo quería, y sin embargo se limitó a atraer a la infeliz criatura un poco más hacia ella, sin pronunciar palabra.

—¡No te estoy pidiendo nada! Sólo quiero estar en la plaza y mirarlo. ¡Sólo un minuto, eso bastaría! Ni siquiera tengo que hablar con él. Sólo tendríamos que esperar y verlo salir de la escuela.

Y todos los días era así, en el camino de ida y de vuelta; Matilda sólo guardaba silencio en la escalera, pues aún confiaba en que su madre acabara olvidando el asunto. Era su única esperanza, oír de nuevo a Pista decir su nombre, porque de su padre no podía esperar ayuda. El señor Telkes sólo había llevado la contraria a su esposa en una ocasión, quince años atrás, cuando dijo que no estaba preparado para ser padre.

—Sí que lo estás —le había dicho la señora Telkes, y, cuando él negó con la cabeza, ella, con su abrigo de piel —y nada más— se presentó en casa del mejor amigo de su marido y llamó al timbre.

A finales de marzo, Eszter le dio a Matilda una carta que Pista había reescrito quince veces para que sonara lo más optimista posible. Después de descartar también el decimoquinto intento, rescató el primer borrador del cubo de basura, lo alisó y lo metió en un sobre. El tiempo para la esperanza había pasado.

Al leer la carta de camino a casa —Dora, al menos, le permitía eso —, Matilda empezó a llorar con tal amargura que el ama de llaves, temiendo que la muchacha se tirase al primer coche que pasara, la sujetó de los hombros con más fuerza que nunca.

Matilda no dejó de llorar hasta que estuvieron en la puerta y Dora dijo:

—Ahora debes calmarte, hija. ¡O todo Pest acabará inundado!

Pero, por supuesto, comprendía a Matilda, pues no había olvidado los veranos de su infancia, aquellos interminables y cálidos veranos que se desplegaban ante ella como un abanico de días amarillos y centelleantes, así que podía imaginar lo terrible que debía de ser

para Matilda la idea de no ver a Pista hasta el otoño. Pero también sabía que, aunque las primeras semanas serían duras, los recuerdos de él, como todo lo demás, acabarían palideciendo bajo el sol del verano. A pesar de eso —o tal vez precisamente por eso— decidió concederle su deseo: verse una última vez antes de que él fuera a pasar las vacaciones de Pascua a Hévíz y desde allí al castillo del bosque.

El momento llegó cuatro días antes de que Pista se marchara. La semana previa, un frente frío había cruzado el país desde el noreste, dejando otra vez nieve y escarcha. Los campesinos habían maldecido y rezado, el guarda del parque había llorado por sus flores y cerezos, y Matilda había escrito el nombre de Pista en los cristales empañados de las ventanas.

Ahora Matilda estaba junto a Dora, que tenía las manos en el bolsillo para resguardarlas del frío, en un extremo de la plaza, aún más nerviosa que el día en que había entregado la primera carta a aquel muchacho callado y fuerte que nunca salía de la sombra.

Cuando sonó la campana de la escuela conventual, la plaza estaba desierta, porque el sol ya se había ocultado detrás del edificio y parecía que los adoquines, que ahora estaban a la sombra, llevaban siglos sin calentarse. Bajo las ventanas de la escuela se acumulaba la nieve sucia retirada a paladas de la plaza, sobre la que caía la luz amarilla de las aulas. Los árboles ya tenían flores, pero la repentina vuelta del invierno los había sorprendido y ahora no sabían cómo seguir creciendo.

—¿Es ése? —susurró Dora, alterada, al ver salir del edificio al primer chico.

Matilda negó con la cabeza.

—¿Y ése?

—No.

—¿Aquél?

—Tampoco.

—¿Y el de detrás?

—¡Ya te lo diré cuando lo vea!

Pero cuando apareció no dijo nada. Dora, sin embargo, advirtió al momento que tenía que ser él. Matilda se quedó de piedra, como un ciervo sorprendido junto a la cuneta por el resplandor de unos faros, con los músculos tensos y los ojos fijos por el susto, incapaz de liberarse de su parálisis hasta un rato después de ese fulgor en la noche.

También el muchacho tenía algo de corzo, por el modo en que salió a la plaza y miró a su alrededor, como si sintiera que ella lo miraba.

Al verla, movió los labios, pero ellas no pudieron oír lo que decía; después se apartó de la cara el pelo que le caía sobre la frente y se acercó a ellas despacio y con paso inseguro. Matilda, que hasta entonces no se había dado cuenta de que el brazo pesado de Dora, al que se había acostumbrado, ya no descansaba en sus hombros, avanzó hacia él.

De pronto volvían a estar frente a frente. Sin cartas que ponerse uno a otro en la mano. En lugar de eso, a su espalda, la mirada de Dora, que observaba cómo hablaban, cómo cambiaban de pie para

combatir el frío y cómo al fin se abrazaban brevemente pero con fuerza.

VOCES

30

Aunque de los años previos a la guerra hay tres álbumes de fotografías en los que se ve a Lilly vestida de novia, a Lajos de cazador, a los niños en la piscina, a toda la familia frente a la Acrópolis o de visita en casa de los Bleichröder en Berlín, de la época de la guerra únicamente hay dos fotos pequeñas y con grano, ambas de Lajos con uniforme.

En la primera sonríe delante de su reluciente Adler Diplomat. La segunda lo muestra con gesto serio entre otros soldados que, a juzgar por sus uniformes, son sus subordinados.

Aportan otro punto de referencia varios artículos sobre la vida de un benedictino en los que siempre aparece el nombre del barón que, en la mañana del 3 de septiembre, entró en su despacho, encendió la radio, llamó al viejo Béla, que hacía tiempo que no oía nada, se sentó y, como el criado no llegaba, escuchó con una creciente sensación de abatimiento. Acto seguido volvió al dormitorio, golpeó la puerta del baño, tras la cual Lilly se echaba crema en los muslos, y dijo, sin esperar respuesta:

—¡Inglaterra ha declarado la guerra a Alemania!

Lilly abrió la puerta y lo miró con una expresión que él no supo interpretar.

—¡Es la guerra! Chamberlain ha declarado la guerra a Hitler. Tenía que hacerlo, después de que los alemanes invadieran Polonia —insistió, aunque sabía que ella lo había entendido.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Lilly, para evitar que él dijera lo mismo por tercera vez.

—Que Francia pronto seguirá el ejemplo de Inglaterra.

Lilly continuó mirándolo con esa expresión que la hacía parecer una niña incapaz de comprender nada de aquello. Él recordó el día en el internado en que Caspar le había dicho que la guerra estaba a las puertas de Europa. En aquel entonces, Europa no era para él más que una abstracción, pero eso no había impedido que la guerra se abalanzara sobre ella. Y ahora volvía a ocurrir lo mismo.

—Nunca pensé que pudiera haber otra guerra.

Lilly asintió y de pronto se dio cuenta de que estaba desnuda. ¡No podía estar desnuda en ese momento! ¡Inglaterra le había declarado la guerra a Alemania y ella estaba desnuda! ¡Europa volvía a estar en guerra y ella estaba allí completamente desnuda como si tal cosa!

Pasó a toda prisa junto a Lajos y echó un vistazo por la ventana.

Aquel año los manzanos estaban muy cargados de peras. El vestido que cogió de la silla estaba colgado en el armario. Lajos era un niño asustadizo y el mundo había retrocedido veintisiete años.

Al principio, el estallido de la guerra apenas inquietó a Pista. No podía imaginar lo que significaba, pues nadie hablaba de la guerra anterior —las heridas que había dejado el Tratado de Trianón eran aún demasiado recientes y profundas— y, aunque Polonia no era un país lejano, tampoco estaba tan cerca.

Sin embargo, a finales de mes, cuando su padre, que los días posteriores a la invasión alemana no había hecho más que leer periódicos y escuchar la radio, seguía sin volver al trabajo, empezó a preocuparse. Aquella vida en suspenso no era lo que uno esperaría del barón que, gracias a su talento para la agricultura, su destreza financiera y su infatigable laboriosidad, había devuelto su antiguo esplendor al nombre de Lázár.

Pero también su madre se comportaba de un modo extraño. Por razones inexplicables, Lilly lo relacionaba todo con la guerra, que desde la invasión del Ejército Rojo en el este de Polonia se había convertido en el centro de su mundo. Si por ejemplo Pista discutía con Eva por el último trozo de tarta Dobos, ella decía:

—Hay una guerra en Europa y vosotros peleándoos por un trozo de pastel. ¡Debería daros vergüenza!

Si llovía, comentaba:

—¡Al menos el tiempo tiene en cuenta la situación mundial!

Aunque no faltaban señales, Pista estaba demasiado ocupado pensando en Matilda como para prever el derrumbe de su mundo.

Para no olvidar ni uno solo de los incontables detalles y facetas que caracterizaban a Matilda, se había propuesto pensar en ella con cada campanada del reloj. No es que no lo hiciera ya todo el tiempo, pero su amor era demasiado grande como para dejarlo al azar. Por la misma razón, pasó todo el verano yéndose a la cama en cuanto aparecían los primeros murciélagos en el cielo, dado que así tenía tiempo de sobra para tumbarse en su habitación con la ventana abierta, escuchar el canto de las cigarras y las voces de sus padres en el jardín, e imaginar a Matilda con tal grado de detalle que a eso de la medianoche consideraba que la estaba viendo de veras frente

a él, con su uniforme azul oscuro, el broche del pavo real en el pecho y una carta en la mano.

No llegó ninguna carta de Matilda, pero a principios de octubre había una orden sobre el escritorio de Lajos en la que se le conminaba a presentarse de inmediato en el cuartel de Pécs.

A la mañana siguiente se subió al Adler, condujo hasta Pécs y se presentó en el cuartel.

Tenían la intención de volver a Budapest al cabo de dos semanas. Pero al regresar esa noche, Lajos destrozó de un plumazo la felicidad de Pista diciendo que de momento no iban a volver a la casa de Budapest, sino que se mudarían a una vivienda en Pécs, a pocos minutos a pie del cuartel.

—Por ahora nos quedamos aquí —dijo el barón a su regreso—. Quieren que asuma mi puesto de oficial y ayude en los preparativos para una eventual situación de emergencia. Ahora compartimos frontera con los rusos y hay que tomárselo en serio.

Pero a Pista la frontera le daba igual. Que los rusos los anexionaran si querían, que los incorporaran a su enorme imperio de bárbaros, que como una bestia hambrienta devoraba todo lo que caía en sus garras, ya fuera Ucrania en el oeste, Kazajistán en el sur, Siberia en el este o Finlandia en el norte, sobre la cual ya tenían puestos sus ávidos ojos insaciables, negros como los de un oso negro, y hacia la que ya desplazaban, de un modo casi imperceptible, su frontera, que era tan larga que sólo una madre como la Unión Soviética podía engendrar suficientes hombres para custodiarla. Que vinieran, pues, esas masas mugrientas del Este,

que vinieran y les pasaran por encima y sepultaran todo Occidente. Con tal de que él pudiera volver a ver a Matilda.

31

El inquebrantable benedictino Edmund Pontiller llegó al castillo del bosque en la primavera de 1940, cuando la baronesa ya se había instalado de nuevo allí con los niños, mientras el barón se quedaba en Pécs y sólo iba al campo los fines de semana, y fue la primera persona en muchos años que se atrevió a entrar en el bosque sin escopeta. Desde que habían encontrado allí a la pequeña Ilona inconsciente, la gente de la región lo evitaba. Corrían historias espeluznantes: se hablaba de una ciudad extraña en el corazón del bosque, de avistamientos del rey de los espinos o de alguna de sus seductoras hijas en el borde de la espesura. Si los niños se portaban mal, los amenazaban con abandonarlos en el bosque.

Por supuesto, la gente previno al nuevo capellán del castillo y él escuchó toda aquella cháchara supersticiosa; pero a los dos días se adentró en el bosque con sólo un cuaderno, tres lápices, una botella de agua y la Biblia. No tenía miedo, sabía que Dios estaba de su parte. Y también sabía que no podía combatir la superstición con palabras, sino sólo con hechos.

Aquel día se levantó temprano, se lavó la cara huesuda, que lucía, pese a sus cincuenta años, una pelusilla juvenil sobre los labios, se vistió, se sentó en el borde de la cama, rezó con los ojos cerrados, las manos entrelazadas y la cabeza hundida, se ató los cordones de

las botas de monte, se echó al hombro la mochila de cuero que había preparado la noche anterior y bajó a la cocina a tomar un café negro y a avisar a la cocinera de que se saltaría el almuerzo. Luego atravesó el huerto y entró en el bosque, que empezaba justo detrás.

Pista no soportaba a Pontiller por tres razones.

Primero, porque, por su culpa, los domingos y los miércoles (después de todo vivían «tiempos oscuros») tenía que aburrirse en los duros bancos de madera de la capilla del castillo.

Segundo, porque el capellán estaba tan terriblemente enamorado de la vida que Pista, sólo por eso, habría querido quitársela. Incluso ahora, mientras las tropas alemanas invadían la neutral Bélgica, Pontiller hablaba de lo agradecido que estaba al Señor por el regreso de la primavera, por la resurrección de la vida, por los prados alfombrados de campanillas, prímulas y margaritas silvestres, y por los rayos de sol tras el establo, que ayudaban al espino albar a desplegar sus pétalos sedosos y a ofrecer sus relucientes haces de estambres como rayos de sol.

A Pista le parecía que el benedictino casi prefería ocuparse, antes que de su propia fe, de la belleza de la naturaleza, en la que él, ahora que Matilda se hallaba a una distancia inalcanzable, ya no encontraba nada de su gusto. Los días luminosos de mayo le parecían falsos; los prados floridos, ostentosos; el canto de los pájaros, una provocación.

El barón solía decir:

—Si Pontiller hubiera nacido trescientos años antes, a Humboldt no le habría quedado nada por descubrir. Nuestro capellán se habría

ido como misionero a las costas tropicales, habría convertido a salvajes caníbales entre los manglares y habría vuelto como un gran explorador.

Para Pontiller, además, no era la Biblia, sino *En busca del tiempo perdido* de Proust, la mayor obra literaria jamás escrita, cosa que sólo admitía en voz baja, como un secreto, si bien la frecuencia con que la citaba terminaba delatándolo. Sí, hablaba tan a menudo de Marcel —siempre lo llamaba por su nombre de pila— que uno podía creer que era un amigo íntimo, un pariente o incluso su amante. En cualquier caso, lo consideraba su alma gemela, alguien que lo habría entendido mejor que nadie. Nada parecía lamentar tanto como el hecho de no haber conocido nunca al novelista, pues estaba seguro de que una conversación entre ellos habría sido mucho más estimulante que el famoso encuentro entre Marcel y el señor Joyce, a quien Pontiller consideraba un vagabundo sin modales con el que nunca estuvo en buenos términos ni pretendió estarlo. En 1922, cuando los dos escritores se cruzaron tras el estreno del ballet *Renard* de Igor Stravinski en el lujoso hotel Majestic de París, Pontiller llevaba ya una vida ascética, similar en muchos aspectos a la de Marcel en su habitación de corcho insonorizada, aunque lejos de la alta sociedad, tras los gruesos muros de un monasterio de Baja Baviera.

Y tercero, porque todo el mundo adoraba a Pontiller. Su padre a veces se burlaba de él diciendo cosas como:

—Creo que nuestro capellán ha olvidado que el hijo de Dios no es su querido Marcel, sino Jesucristo.

Pero Pista sabía que en realidad lo apreciaba y lo admiraba. La seguridad en sí mismo del religioso, su confianza en el mundo y en

Dios, su capacidad para entregarse al instante y a la vida fascinaban al barón. Él mismo no era capaz; existía y habitaba este mundo, sí, pero nunca fue parte de él. Siempre estaba el mundo y estaba él, y el mundo le pareció siempre una amenaza ante la que debía permanecer en guardia.

También Lilly disfrutaba de la presencia de Pontiller, porque echaba de menos la vida social y el intercambio intelectual de la capital. Por eso insistía a diario al capellán en que le hiciese compañía durante el té de la tarde. Cuando él decía que sí, se desataba entre las humeantes tazas de porcelana un acelerado duelo dialéctico en el que Lilly intentaba inducir todo el rato a Pontiller a hablar de la guerra, mientras él reconducía una y otra vez la conversación hacia Marcel.

Pero lo que más decepcionaba a Pista era que incluso la pequeña Eva, que solía adoptar a ciegas sus opiniones, también adoraba al sacerdote. Lo llamaba Edmund y éste se la había ganado con su trato amable hacia los niños (se ponía en cuclillas para hablar con ella) y con los regalos que le traía siempre de sus largos paseos (una flor, una piedra, una hoja o una concha de caracol para su colección, que debía de contener todos los objetos del mundo).

No le había resultado más difícil ganarse a los sirvientes y a los campesinos de la zona. Les regalaba su amabilidad discreta, la serenidad de su voz y la sencillez con que se expresaba. Nunca dejaba salir de su boca una palabra sin estar completamente seguro de que su interlocutor la entendía. La participación era el principio fundamental de su vida. Sólo en los diálogos imaginarios con Marcel, que eran la verdadera razón de sus largas caminatas, y en sus cartas

al arzobispo, se permitía usar palabras elevadas o construcciones sintácticas complejas.

Aunque Edmund Pontiller era un hombre abierto, que se reía a menudo y consideraba la seriedad de la Iglesia un rasgo obsoleto, Pista no podía quitarse la sensación de que, bajo esa capa exterior, había otra verdad apenas visible, como esas plantas acuáticas de color verde oscuro que hay bajo la superficie cenagosa de un estanque dormido, sobre las que revolotean libélulas y otros insectos en la quietud estival. Se debía a las sombras que tenía en las comisuras de los párpados y en las ojeras oscuras de debajo, que en la cara lisa y juvenil del capellán contrastaban tanto con su esencia luminosa que Pista no podía evitar interpretar esa oscuridad como la verdadera manifestación de su carácter. Sí, estaba seguro de que Pontiller ocultaba algo y había decidido descubrir qué era.

Algún día se quitaría la máscara, Pista lo sabía, ya que dejársela puesta le exigía un esfuerzo inmenso. Sólo debía estar presente cuando ocurriera. Para no perderse ese momento en que el actor abandona el resplandor de los focos, se seca el sudor en la oscuridad del escenario, recorre con la mirada la sala donde el aplauso se va extinguiendo y el público se pone en pie, y luego abandona las tablas y entra en su camerino, se limpia el maquillaje frente al espejo y vuelve a ser él mismo, Pista empezó a seguir a Pontiller a todas partes, observándolo sin descanso. No tardó en conocer cada una de sus expresiones, cada uno de los gestos con los que subrayaba sus palabras o las de Dios, y podía prever sus reacciones ante preguntas, comentarios o sentencias, e imitaba a la

perfección sus andares y su forma de hablar. Pero seguía sin conocer el rostro que se ocultaba detrás de la máscara.

Por entonces —un lluvioso mes de mayo tocaba a su fin— volvieron las pesadillas de Pista, cuya desaparición, como la de un resfriado, no notó hasta su regreso. De pronto volvían a estar ahí, tras haber estado, en realidad, ¿ausentes desde cuándo? Desde Matilda. Desde que Matilda le había dado la primera carta hacía más de un año, sus pesadillas habían sido algo de la época anterior a ella. Por eso, ahora que volvían sobre la planicie oscura de su sueño, pálidas y parpadeantes, sobreexpuestas y con grano, eran aún peores, pues sentía como si el tiempo con Matilda hubiera terminado, como si hubiera sido sólo una fase que ahora pertenecía al pasado.

Eran los mismos sueños. La misma secuencia de imágenes que se unían a trompicones, de forma que cada fotograma se podía distinguir por separado. Y, como antes, le daban a Pista la sensación de no tener control sobre su vida. Por el día, aunque no podía hacer lo que deseaba, al menos conservaba la ilusión de gobernar sus pensamientos, pero esa libertad, la última que le quedaba, debía entregarla cada noche, en cuanto se deslizaba al reino de los sueños. El sueño era como un violador con el que tenía que meterse en la cama todas las noches.

Como antes, las imágenes mostraban a Charlie Chaplin, bailando mientras se desnudaba, lanzando al aire su bombín, tirando su bastón, quitándose la chaqueta demasiado pequeña, los zapatos demasiado grandes, los pantalones demasiado anchos, arrancándose el bigote de cepillo y frotándose el maquillaje de la cara, hasta

quedar al término de esa perturbadora secuencia convertido en un joven apuesto, cuyo rostro, sin embargo, seguía pareciendo un engaño, como si bajo la máscara del vagabundo hubiera otra, y otra más debajo, como si ya no fuera más que máscaras y hubiera olvidado hacía tiempo quién era en realidad.

En julio hizo un calor insoportable y a Pista se le antojó como una interminable repetición del mismo día. Dormía y soñaba con Chaplin, despertaba bañado en sudor, se lavaba la cara, se lavaba las manos, se lavaba los genitales, como si así pudiera librarse de aquellas imágenes negras y viscosas como el alquitrán. Luego se pegaba a Pontiller y seguía sus pasos allá adonde fuera, como una sombra. Durante todo el día veía delante de él su silueta estrecha y negra, que bajo el sol deslumbrante parecía en sí misma una visión onírica, en ese aire que temblaba sobre los caminos polvorientos, las colinas y los campos, en los patios de tierra arcillosa, los jardines y los cauces secos, deformándolo todo.

A mediodía, cuando el sol no producía sombras, comían tras las cortinas cerradas ensalada de pimientos o sopa fría de melocotón. Luego iban al salón, también a oscuras, y soñaban con los paisajes invernales, los lagos helados, las orillas nevadas de los ríos y las calles hundidas en ventiscas de nieve que colgaban de las paredes en marcos dorados.

El sol ardía sin piedad desde un cielo inmóvil y hacía que los pájaros cayeran muertos de los árboles. Golpeaban el suelo con un ruido sordo y obligaban al jardinero a salir con el calor aplastante a recogerlos antes de que se reblandecieran. Porque, a última hora de

la tarde, cuando parecía que iba a empezar a hervirles la sangre en cualquier momento, caían gotas pesadas, de un color gris oscuro, sobre la tierra incandescente, y se evaporaban antes de que uno llegara a verlas. Pero enseguida los golpes aislados se convertían en un tamborileo que por segundos iba haciéndose más regular y más pleno, hasta transformar el aire en un espacio que podía tocarse desde la ventana abierta y en el que los truenos, ahogados por el rugido de la lluvia, apenas se oían.

Entonces abrían las cortinas y las ventanas del castillo y el estruendo lo envolvía todo. La baronesa y el capellán aprovechaban esa hora para librar su duelo verbal, que Pista escuchaba lo mejor que podía. Se sentaba en el sofá tapizado de seda con rayas rojas y doradas e intentaba que no se le fueran los ojos de Pontiller al exterior, donde las hojas temblaban bajo el aguacero y los lilos susurraban bajo la lluvia.

Con la misma brusquedad con que empezaba, la lluvia concluía. De pronto se agotaba la tormenta y un disco desvaído y de bordes borrosos se abría paso a través de la cubierta de nubes. O bien un sol vespertino, dorado y claro, rasgaba los nubarrones de tormenta, enviando su luz en largos rayos celestiales, similares a los de la pintura de un retablo, sobre la tierra posterior al diluvio. En cualquier caso, el agua se evaporaba en cuestión de minutos y pronto sólo el bochorno tropical recordaba la tormenta.

Pontiller dedicaba el tiempo restante hasta la cena a estudiar textos religiosos, a deleitarse con las frases de Marcel impregnadas de fulgor divino o a pasear por el jardín en compañía de Imre.

Las conversaciones entre él e Imre eran aún más raras que las que tenía con la baronesa. Y es que, a diferencia de los demás, él no

le hablaba al viejo Imre como a un niño o como a un perro, sino como a un adulto. Mientras que Lajos y Lilly lo dejaban sentarse a la mesa pero nunca le preguntaban nada ni le dirigían la palabra, por miedo a que hablara del bosque, del cazador o de los *Cuentos nocturnos*, Pontiller no temía escuchar con atención lo que Imre tuviera que decir.

Después de la cena, el sacerdote se llevaba la mano derecha al corazón, hacía una leve reverencia y, sorteando la mirada inquisitiva de Pista, abandonaba la mesa y se retiraba a su habitación. Ésta se encontraba en el segundo piso del ala oeste, así que no había ninguna posibilidad de ver el interior desde fuera. Para ello, Pista tendría que haber trepado a uno de los árboles del borde del bosque, cosa impensable al anochecer; además él también conocía las historias que se contaban en el pueblo.

No le quedaba otra que dirigirse sin ser visto al ala oeste y merodear frente al cuarto de Pontiller. Pasaba horas así, con la oreja en la puerta, mordiéndose los labios de la tensión hasta hacerlos sangrar.

Uno de los últimos días del mes oyó pasos al final del pasillo.

Eran los pasos arrastrados del viejo Béla, que ya no disponía de la energía necesaria para vencer la gravedad y levantar los pies del suelo. El criado era aún más viejo que Imre; sin embargo, nadie sabía exactamente su edad. Lajos había llegado a creer que el viejo había muerto sin que se dieran cuenta, pero que no podía dejar su oficio y simplemente seguía trabajando como fantasma. Eso a Lilly le parecía una tontería, pero ella no era una Lázár, así que no sabía lo

obstinados que eran los fantasmas de la familia. Incluso Hayo Lázár, el solitario patriarca de los dieciséis hijos, seguía visitando al barón de vez en cuando para darle algún consejo bienintencionado aunque completamente intempestivo.

Como el viejo Béla apenas veía, a Pista le dio tiempo a esconderse en la habitación de huéspedes contigua, que estaba vacía. Era extraño encontrar así la habitación: abandonada, polvorienta, oscura. Pista no se atrevió a encender la luz. No porque creyera que el viejo Béla podría verlo, sino porque no quería destruir la atmósfera del cuarto. Le parecía que tenía una personalidad propia, esa que desarrollan los objetos cuando ha pasado el tiempo suficiente sin que se les preste atención y se ven liberados de su función humana. Mientras su habitación existía sólo para él y había adoptado su personalidad, en esa habitación él era un intruso. Por eso no encendió la luz, y por eso tampoco se sentó en la cama blanda, sino en una dura silla junto a la pared.

El viejo Béla pasó arrastrando los pies, luego se hizo el silencio; o casi, al menos.

A través de la pared en la que estaba apoyada la silla y que separaba esa habitación de la del capellán, se filtró una voz apenas audible. Era una voz desconocida de hombre, Pista jamás la había oído.

Pegó la oreja a la pared y contuvo la respiración. ¿Quién podía ser?

El hombre debía de estar cerca de la pared, Pista oía la voz con absoluta claridad, pero no entendía lo que decía. Era alemán, pero un alemán raro, áspero, rasposo, que sonaba como si aquel hombre tuviera una enfermedad en las cuerdas vocales.

Lo que decía Pontiller, si es que decía algo, Pista no lo llegaba a oír. Escuchó y escuchó, porque el torrente de palabras no terminaba nunca.

Hasta que, como si alguien apagara un interruptor, enmudeció.

Pista, en tensión, volvió a contener el aliento y esperó a que el desconocido saliera de la habitación. Pero el silencio continuó. No se oyeron pasos en el pasillo. Ningún ruido en la habitación.

Finalmente, Pista abandonó la oscura habitación de huéspedes y se metió en la cama con la sensación de haber despertado de un sueño.

32

Al mirar atrás, a Lajos le parecía que durante la guerra no había hecho nada más que leer. Claro que eso no era cierto; al fin y al cabo había sido oficial de un destacamento motorizado. Y tampoco podía olvidar el asunto de los judíos. Pero sí, el barón había leído muchísimo.

A diferencia del capellán del castillo, Lajos ya no leía novelas, poesía ni tratados filosóficos, sino sólo periódicos. Había desarrollado una aversión casi física hacia todo lo ficticio y lo bello, basada en la convicción de que era un error escribir sobre cualquier cosa que no fuera la guerra, y aún más grave, distraerse con personajes, tramas y vidas inventadas, con frases bien construidas y elucubraciones teóricas. Ahora tocaba enfrentarse a lo que estaba ocurriendo, soportar la realidad. De otro modo corrías el riesgo de acabar como Sándor von Lázár.

Lajos aún recordaba bien la época en que, cada mañana, se encontraba a su padre tirado en su propio vómito, sobre una de aquellas alfombras orientales hechas a mano durante meses de trabajo, y se había prometido a sí mismo no terminar así.

Tampoco había olvidado el día en que su padre le ordenó descalzarse y correr por la nieve dura alrededor del castillo.

—Para que el enclenque que hay en ti por fin se congele —le había dicho, antes de cerrar la puerta y dejarlo fuera.

Pero su padre, aunque a él siempre lo había tratado con la mayor severidad y ni una sola vez lo había abrazado, no era menos débil. De ahí provenía también su miedo constante a terminar como su hermano Imre, de cuya existencia sólo lo separaba una estricta rutina diaria. De no habérsela impuesto, le habría sido imposible llevar los negocios y administrar el patrimonio y las tierras. De no haber sido por ese apretado corsé de costumbres, su mente habría acabado hecha trizas.

En su hijo, sin embargo, que mostraba, aún más pronunciada, la debilidad que él tanto despreciaba en sí mismo, no podía tolerarla. Quiso extirpársela con mano dura desde bien temprano, pero sólo lo consiguió tras la muerte de Mária, cuando todo se vino abajo y él mismo se abandonó, mostrándole a Lajos lo que ocurre cuando uno no puede soportar la verdad. Cuando uno necesita emborracharse para no pensar en lo débil que es, para culpar a sus hijos del suicidio de su esposa, para olvidar que está completamente solo y que el mundo ha cambiado.

La época de los poemas había llegado a su fin.

Al volver a su casa de Pécs la noche del 20 de noviembre de 1940, Lajos encontró en su escritorio un libro de poesía azul oscuro. Alguien debía de haberlo olvidado allí; algún criado, tal vez, o Lilly.

Lajos estaba agotado. Hungría combatía ya oficialmente al lado de Alemania. Ese mismo día, Miklós Horthy había firmado la adhesión al Pacto Tripartito. Lajos no sabía qué pensar. Por un lado era bueno,

claro, estar con los vencedores. Por otro, su antigua admiración secreta por Hitler se había transformado en un profundo desprecio y en un oscuro temor. A horas tan avanzadas como aquélla podía confesarse a sí mismo que temía a Hitler del mismo modo que había temido a su padre.

Con el fin de entender todo un poco mejor, de descubrir entre líneas alguna pista sobre el curso de la guerra o sobre cuál sería su próxima víctima, aprovechaba cada minuto libre para leer periódicos. Pero cuando se topaba con uno de esos mapas de Europa que mostraban el avance del frente y superficies con esvásticas cada día más grandes, en su campo de visión aparecían destellos amarillos y blancos, como si el mundo se disolviera en ácido ante sus ojos. O le entraban tales náuseas que creía que iba a vomitar. Aun así, había que enfrentarse a la verdad.

Aunque el barón estaba tan cansado que habría querido caer muerto allí mismo, cogió el libro de poemas, que por razones que no llegaba a comprender le parecía que había aparecido sobre la mesa en el instante en que su mirada lo había descubierto, y se sentó con él en el diván de cuero junto a la ventana. Por un momento no pudo sino pensar en el señor Király. ¿Habría habido guerra si Hitler se hubiera sometido a terapia en su mullido diván de cuero?

Encendió la lámpara, que estaba en la mesita de nogal oscuro, y abrió el libro sin leer el título ni el nombre del autor.

A la sombra de copas frondosas
andamos por la linde del prado silvestre.
El viento de verano murmura entre los árboles.
En el horizonte se alza, como un gigante,

el campanario, sumido en sueños de tarde.

Los barcos blancos del cielo
se deslizan sin sombra.
Tintinean las esquilas de las ovejas,
y de pronto sé adónde fueron
los años que se han ido.

Lajos dejó caer el libro y de repente se dio cuenta de que estaba llorando. Hacía años que no lloraba y por eso se asustó. Por un instante temió que no podría dejar de hacerlo, que simplemente seguiría llorando para siempre, pero por suerte las lágrimas se le agotaron pronto. Probablemente eran las últimas que le quedaban, pensó, pues de niño había llorado tanto que su reserva debía de haberse secado ya.

Cerró el libro de poemas y lo dejó en la mesita. El sentimiento que lo había sobrecogido al leer era el mismo que lo había acompañado durante años tras la muerte de su madre. Era la sensación de que el mundo que conocía era como una ciudad sumergida, cuyos monumentos y edificios, campanarios y castillos aún se vislumbraban bajo la superficie del agua, pero cuyo tiempo nunca volvería.

33

El 27 de junio de 1941 Hungría declaró la guerra a la Unión Soviética, aunque Hitler no había previsto la participación del país en la operación Barbarroja, pues temía que las unidades húngaras fueran inferiores a las soviéticas. Cosa que resultó ser cierta.

Sin embargo, en mayo de 1942, poco antes de que otros doscientos cincuenta mil soldados soviéticos cayeran prisioneros en la batalla de Járkov, Joseph Goebbels anotó elogiosamente en su diario: «Cuando los húngaros informan de que han "pacificado" un pueblo, por lo general no queda nada ni del pueblo ni de sus habitantes.»

Lajos se quedó en Pécs, ocupándose de tareas organizativas.

Cuando Eva, de diez años, le preguntó por qué luchaban contra los rusos, él respondió:

—Para que no nos quiten el castillo del bosque.

Pero qué iba a saber de eso, si las tropas soviéticas, al comienzo del ataque, no estaban preparadas ni para combatir.

Edmund Pontiller leía una y otra vez los siete volúmenes de su amado Marcel, para no perder la fe en el mundo.

Los soldados y las tropas de ocupación húngaras saqueaban, mataban y violaban. Aclamados al principio como libertadores del poder soviético, la población civil no tardó en desear que éstos regresaran.

Pista consideraba a los rusos unos bárbaros que comían con las manos, llevaban barbas llenas de piojos y dormían con osos.

Hungría confiaba en el restablecimiento de la situación previa a la tragedia de Trianón.

Lajos se ocupaba de tareas organizativas.

Pista, que descubrió con horror que ya sólo pensaba en Matilda cada dos o tres horas, trató de volver a recordarla con cada campanada del reloj.

A veces se colaba a hurtadillas en la habitación de huéspedes vacía para escuchar aquella voz misteriosa. No tenía el valor de llamar a la

puerta de Pontiller, ni mucho menos de entrar en su habitación.

El almirante Horthy, que llevaba años acercándose al Reich alemán con la esperanza de que le ayudase a recuperar los territorios perdidos —y que había llegado a promulgar leyes antisemitas similares a las de Núremberg— buscaba ahora, mientras se desvanecía el entusiasmo ante la campaña contra la Unión Soviética y la esperanza de una victoria rápida, un modo de salir de la guerra sin perder de nuevo los territorios conquistados con ayuda alemana.

Tras la batalla de Stalingrado, doscientos mil soldados húngaros fueron cercados, ante lo cual el Gobierno estableció contacto con los Aliados.

En otoño requisaron los vehículos de los Lázár. Antes de que se los llevaran, Lajos fotografió el Adler Diplomat, desde todos los ángulos, en la entrada de grava del castillo del bosque, y de pronto recordó que siete años atrás, en el Estadio Olímpico de Berlín, él también había alzado, con la misma euforia que el resto, el brazo derecho para saludar.

Durante el periodo de Adviento, Pista escribió un poema a cada parte del cuerpo de Matilda. Su principal miedo era olvidarse de su aspecto. El segundo, no llegar nunca a hacer el amor con ella.

En marzo de 1944, varias divisiones alemanas invadieron Hungría desde todos los frentes. Se estableció un gobierno colaboracionista que, poco después, inició la deportación de la población judía.

Lajos se ocupaba de tareas organizativas.

Los judíos debían ser registrados, marcados, privados de sus derechos, expropiados y recluidos en guetos.

34

Parecía un cortejo fúnebre atravesando la ciudad. Los rostros eran de seriedad y angustia, algunos lloraban, pero en voz baja, como si no quisieran llamar la atención debida al difunto. Por la mañana había llovido, ahora brillaba el sol. La calle relucía, y había mucha calma. Como si la lluvia hubiese lavado los ruidos del mundo. Ni siquiera los pasos de los dolientes, algo dubitativos, se oían bien. Y sin embargo eran muchos, unas tres mil quinientas personas, para ser exactos.

Aunque era comienzos de julio, llevaban abrigos de lana gruesa o de piel, lo que daba una imagen extraña, ya que los curiosos, que formaban pequeños grupos en la acera, iban vestidos con ropa de verano.

Permanecían juntos, con las manos cruzadas en la espalda o apoyadas en el manillar de la bicicleta, observando sin decir nada, sin expresar ninguna condolencia. Sólo murmuraban, como si a esas alturas ya fuese imposible hablar de todo eso en público. También parecía que una frontera invisible separaba a los dolientes y a los de la acera, como si el bordillo fuese una barrera infranqueable que respetaban no sólo los curiosos, sino también los dolientes, que apenas levantaban la vista.

¿De qué servía ahora mirar las acacias de la acera, los escaparates, el viejo portal en cuya chapa del timbre había otro nombre, o las caras de los antiguos compañeros de trabajo, de los vecinos y los amigos? ¿Para qué mirar todo eso con la esperanza de encontrar un punto de apoyo, si uno sabía que tenía que dejarlo atrás y que pronto sólo le quedaría la espalda del que iba delante o la puntera de sus propios zapatos?

En cabeza iba un hombre de mediana edad con un sombrero elegante, chaqueta marrón y un pequeño maletín de cartón endeble. Sobre el otro brazo llevaba un abrigo pesado. En él debía de estar la estrella amarilla, porque en la chaqueta no se advertía ninguna.

Lajos lo miró a la cara, esperando que levantara la vista y viera en sus ojos que él no era como los demás, que él no los despreciaba y que nunca había querido todo eso.

Pero el hombre pasó junto a él con la mirada baja.

¿Acaso era distinto a los demás? Sus actos eran iguales, ¿y qué contaba sino los actos? ¿En qué ayudaba a esa gente, que desfilaba en su propio cortejo fúnebre, que él, en su fuero interno, detestara el régimen al que servía? ¿En qué cambiaba su situación el hecho de que él deseara la muerte del jefe superior de unidad de asalto Eichmann y de Ferenc Szálasi? Ellos tenían que seguir avanzando hacia su final. Como ya había sucedido muchas veces antes. Era algo que conocían bien: los cortejos fúnebres por las calles de sus ciudades, por los campos de su país, que en proporción presentaba el mayor número de movimientos fascistas, semifascistas y de extrema derecha. Estaban acostumbrados a las miradas de sus

conciudadanos, que los observaban desde las ventanas o las aceras, como si fueran una caravana oriental con camellos engalanados, especias exóticas y cestos de serpientes.

Para Lajos tampoco era una imagen nueva, ya que en abril había sido el responsable de organizar su reclusión en el gueto. Aun así, ese día apenas soportaba mirarlos. Para contarlos y registrarlos entonces se les había convocado en el teatro. Allí mismo se habían distribuido las estrellas, que habían llegado desde Berlín en grandes rollos de tela amarilla. Después los habían trasladado al barrio obrero de la periferia. Se subastaron sus viviendas y sus muebles. Y en aquel barrio con calles que olían a orina y plátanos enfermos se los encerró tras una alambrada.

Ahora era distinto. Hoy no los esperaba el gueto, donde enseguida había estallado el tifus por el hacinamiento y las condiciones insalubres, pero donde al menos estaban con los suyos —o eso al menos había querido creer Lajos—, sino uno de los tres trenes de carga que, desde mediados de mayo, cada día llevaban a cuatro mil de ellos a Auschwitz.

Lajos se puso a la sombra de un tilo y encendió un cigarrillo. Desde la ocupación alemana fumaba sin parar. Le ayudaba a rebajar la tensión, el miedo. Temía constantemente que alguien denunciara a Pontiller y la Gestapo se presentase un día en su puerta. Entretanto no dejaba de preguntarse si estaba haciendo lo correcto. Por supuesto, era un gesto de valentía esconder en su casa a un sacerdote perseguido por sus duras críticas a Hitler y al régimen;

pero, por otro lado, el miedo a llamar la atención y ponerlo en peligro les impedía ayudar a los judíos.

Negó con la cabeza y apagó el cigarrillo con el zapato. No, no era verdad. No es que no quisiera poner en riesgo al capellán. Es que era un cobarde. Es que, desde el internado, tenía la mirada baja para no llamar la atención. Para que lo dejasen en paz. Es que había empujado y pateado a otros, los más débiles, para no terminar él mismo en el barro.

Había bajado la cabeza mientras había podido. Pero ya no valía. Ahora debía levantarla y mirar cada una de esas caras.

Todas eran de personas con ojos que habían visto cosas que le eran ajenas, con manos que por la noche buscaban otros hombros, con pensamientos que él conocía o que jamás había tenido, con vidas que a pesar de todo se parecían a la suya. Y, sin embargo, la suya había sido siempre la única que contaba.

Al final del cortejo, su mirada recayó en una mujer que se parecía a Ilona. Apartó la vista de inmediato, encendió otro cigarrillo y miró al cielo lechoso. Pero ya era tarde, el pensamiento estaba ahí. En su hermana, que corría hacia el tren con Kurt y los niños. En su hermana, que por suerte había huido antes de que pudiera tocarles a ellos. Que ahora vivía en Estados Unidos, porque ni siquiera en Suiza se había sentido segura. En ese país que había presionado a Alemania para que estampara una «J» roja en los pasaportes de los judíos, a fin de que los guardias fronterizos y los policías de extranjería suizos pudieran reconocerlos, rechazarlos y mandarlos a una muerte segura, para evitar la «judaización» de su hermoso país,

que había endosado la mayor parte de los costes por los veinte mil refugiados judíos a la propia comunidad judía suiza, que apenas tenía dieciocho mil miembros. Pensó en su hermana y su familia, a quienes aun así veía ahora apearse del tren, con los miembros rígidos, frente a las puertas de Auschwitz.

35

Última hora de la tarde. Tras un día cálido y nuboso que había terminado con un violento chaparrón, el barón estaba sentado junto a la ventana abierta de su despacho, fumando. Frente a él, sobre el escritorio, había una hoja de papel de carta y una pluma. Tenía pensado escribir sobre los últimos meses y los pensamientos que lo atormentaban.

Habían pasado dos semanas desde la deportación. El tren de Pécs había sido de los últimos en llegar a Auschwitz antes de que Horthy detuviese los transportes. Desde que el gueto languidecía deshabitado a las afueras de la ciudad, Lajos fumaba aún más. Incluso mientras comía —algo que prácticamente había dejado de hacer— tenía siempre un cigarrillo en la mano. Y eso que había confiado en reducir su consumo después de la deportación, cuando todo estuviera algo más tranquilo y él hubiera cumplido con sus tareas organizativas.

Los sentimientos de culpa también se habían intensificado, pues ahora que los judíos ya no estaban, no podía consolarse con la idea de que tal vez al día siguiente tendría el valor de ayudarlos. Tampoco podía ya repetirse a sí mismo que todo terminaría bien, porque ahora estaban muertos, y él tenía que vivir con ello.

Tenía pensado escribir hasta que de pronto oyó llegar un coche. Crujido de neumáticos en la grava, portazos, pasos rápidos.

Lajos aplastó el cigarrillo, se levantó, se alisó el pelo peinado hacia atrás frente al reflejo de la ventana y salió del cuarto sin mirar el coche.

Sabía quién era.

En la escalera se encontró con el joven criado del brazo tullido al que habían contratado para desempeñar las funciones de Béla, aunque sin despedir al anciano.

—¡La Gestapo! —dijo el criado, alterado y sin aliento.

—Lo sé —respondió el barón al pasar.

El criado, siguiéndolo, le preguntó:

—¿Quiere que diga que no está en casa, señor barón?

Lajos negó con la cabeza.

—No, no serviría de nada.

—¿Aviso entonces al capellán?

—Dígale que baje. Y que no intente huir: sería inútil.

Uno de los policías era rubio, de barbilla puntiaguda y orejas de soplillo. El otro tenía el rostro carnoso, enrojecido e inconfundiblemente alemán. Ambos llevaban gafas, cosa que desconcertó a Lajos, como si las gafas excluyeran la brutalidad y el sadismo.

También lo desconcertó la voz aguda del gordo, que contrastaba tanto con su aspecto que Lajos dirigió primero la mirada al flaco.

—Como seguramente sabe, hay una orden urgente de arresto contra el señor Josef Edmund Pontiller. Nos ahorraríamos todos

algunas molestias si tuviera la amabilidad de llevarnos directamente hasta él.

—Acabo de mandar al criado a buscarlo —dijo Lajos.

—Todo un detalle por su parte —dijo el gordo—, pero querríamos echar un vistazo a su habitación.

—Por supuesto, caballeros, por supuesto.

Lajos se adelantó y, mientras subía, iba pensando en cómo sería si uno de los dos le disparase por la espalda. ¿Moriría en el acto? Probablemente no. Con suerte caería de espaldas y se partiría el cuello. Aunque lo más probable es que cayese hacia delante. O quizá le disparasen directamente en la nuca, para ahorrar munición y no tener que oír sus gritos. En ese caso, él y su padre habrían muerto con el cráneo destrozado. Ambos en esa escalera cuyos peldaños estaban cubiertos con una alfombra tan mullida que ni siquiera podía oír si aún lo seguían.

Al girar hacia el ala oeste, sus pasos, sin embargo, resonaron con la fuerza de todo un pelotón. El barón intentó anticipar cómo encontraría a Pontiller y al criado. Por un instante imaginó también al capellán con el cráneo destrozado, tirado en el jardín, tras haber saltado por la ventana. Así se había quitado la vida Egon Friedell. Fue en los inicios, cuando Austria acababa de ser anexionada. Cuando el país se había arrojado en brazos del Reich. Al parecer, los dos hombres de las SA que habían preguntado por él a su criada ni siquiera tenían intención de arrestarlo.

El capellán, en cambio, no se había decantado por la muerte. Cuando entraron en la habitación, estaba sentado al borde de la

cama, mirando fijamente la pared. A los pies tenía una maleta de cartón preparada, cuya visión recordó a Lajos de inmediato al hombre sin estrella que desde la deportación no había conseguido olvidar. Por los demás dolientes había sentido compasión, pero sus sentimientos hacia aquel hombre eran de otra naturaleza. Apenas le había parecido un ser humano, sino más bien un símbolo que, aunque existía en este mundo, al mismo tiempo estaba por encima de él y por tanto era intocable.

Ahora el capellán le dio la misma impresión. Y al parecer también se la dio a los agentes, pues si bien hacía unos instantes la determinación de lanzarse con dureza contra él era palpable, ahora que lo tenían delante —y él, al contrario de lo esperado, no intentaba huir ni resistirse—, esa determinación se convirtió en una máscara forzada, una actitud que se veían obligados a adoptar.

—Buenas noches —dijo Pontiller.

Su voz suave transmitía una tranquilidad que recordó al barón el discurso radiofónico en el que Chamberlain había informado al pueblo inglés, cinco años antes, de que habían declarado la guerra a Alemania. Era difícil imaginar que aquel hombre, que estaba sentado en el borde de la cama como si esperase un taxi, y que saludaba con amabilidad a los agentes de la Gestapo, fuera el mismo que en sus sermones había criticado al Führer con una elocuencia y una ira casi sobrehumanas.

Aunque desde que vivía en el castillo del bosque se había moderado, sobre todo para no poner en peligro a la familia Lázár, en las visitas a domicilio y en conversaciones privadas nunca había ocultado lo que opinaba del dictador que arrastraba a toda Europa al abismo. En sus cartas al arzobispo tampoco se contenía y escribía

cosas así: «Todavía hay católicos, incluso sacerdotes católicos, que echan incienso a ese Nerón que ocupa el trono alemán, defendiéndolo e intentando hacer pasar por inofensiva su persecución a los cristianos.» Por eso era sólo cuestión de tiempo que alguien lo denunciara ante la Gestapo local o que sus agentes interceptaran alguna de sus cartas.

Mientras el capellán seguía sentado en la cama, mirando sin expresión la pared, el gordo bloqueaba la puerta y el barón se preguntaba dónde se habría metido el criado y qué estarían haciendo Lilly y los niños, el flaco se acercó a la pequeña cómoda junto a la ventana y examinó la radio.

—Bonito trasto —dijo—. ¿Lo escucha usted mucho?

—Mucho —respondió Pontiller con una sonrisa.

El flaco asintió.

Estaba a punto de encender la radio cuando le pareció ver algo que desaparecía en la espesura. Por un instante se fijó en la oscuridad del bosque, aún más profunda que la del cielo, luego volvió en sí y de nuevo centró su atención en la radio. Giró uno de los botones negros y sonó entonces una voz extraña y carrasposa.

—¿Qué es esto?

Pontiller lo miró serio.

—Una emisora suiza. Si sigue girando, encontrará también una inglesa.

—¡Basta! —bramó entonces el gordo.

El capellán asintió, agarró la maleta y se levantó obedientemente.

—Eso se queda aquí.

—Pero mi Biblia...

—¡He dicho que se queda!

Pontiller dejó la maleta en el suelo, luego se lo llevaron detenido. Al barón, que iba detrás de ellos, le vinieron a la mente los bailes de disfraces que tanto le gustaba organizara Lilly. Dos policías y un sacerdote benedictino con sotana negra...

En la puerta, Pontiller dijo:

—Despídame, por favor, de la baronesa y de los niños. Y gracias por todo. ¡Dios los bendiga!

Después lo bajaron a empujones por las escaleras y lo metieron en el coche negro.

36

Lajos conocía la inquietud que se respiraba en el gueto cuando él hacía sus rondas de control. Su uniforme bastaba para poner a los judíos en una actitud expectante, paralizados por el miedo. Aunque en el gueto de Pécs no había habido pogromos como en Budapest u otras ciudades, también allí los soldados habían intervenido repetidamente. A mediados de junio, un soldado había matado a golpes con la culata del fusil a un anciano que supuestamente lo miró mal. Luego se guardó como recuerdo el ojo de cristal del anciano, que había salido disparado de la cuenca.

Ahora, con el gueto vacío, su población muerta y la bestia rusa tan cerca que se descomponía en cientos de miles de soldados exhaustos, sucios, enfermos y hambrientos, esa inquietud se respiraba en los círculos de la aristocracia. Se pasaban el día al teléfono con amigos condes y barones, se enviaban mapas que mostraban la situación actual del frente, y con todo ese trajín no hacían sino aumentar su desasosiego. Se contaban historias horribles que habían oído y que no podían repetir ante sus mujeres e hijos. Muchos años después, volvían a leer la Biblia.

De puertas afuera, Lajos se mostraba sereno y fuerte, pero por dentro lo exasperaba la sensación de no haber encontrado nunca una respuesta que dar a la vida, ni siquiera una forma de

sobrellevarla. Desde el nacimiento de Pista era como si todo se le escapara definitivamente, como si ya no actuara y sólo reaccionara. La época en la que, gracias a su pericia en los negocios, había devuelto a la casa Lázár su antiguo esplendor, había quedado atrás. En los últimos años sólo había intentado no volver a perder su fortuna. Pero incluso eso se había vuelto cada vez más difícil; la evolución era tan rápida e imprevisible que el barón ya no daba abasto. Estaba superado y exhausto como los soldados rusos. Tenía cuarenta y cuatro años y se sentía como un viejo.

Cuando las tropas soviéticas estaban sólo a unos días de Pécs, también los Lázár decidieron huir hacia el oeste. La mañana del 8 de diciembre cargaron dos carros tirados por caballos. Encima amontonaron:

ocho mantas de lana y edredones
tres colchones
dos sacos de patatas
tres sacos de colinabos
un saco de pan
seis maletas con ropa y artículos de aseo
tres perros salchicha
doce sacos de forraje para los caballos

Mientras sacaban sus pertenencias del castillo y pensaban qué más podían necesitar, Pista fue consciente de la cantidad de cosas que lo rodeaban sin que jamás hubiera reparado en ellas.

La cabeza del ciervo de catorce puntas sobre la chimenea, que había abatido su abuelo. El sofá de seda con rayas rojas y doradas del salón. La lámpara de noche con la pantalla de color rojo chino. Las alfombras de los pasillos y escaleras que amortiguaban los pasos.

Todas esas cosas formaban el espacio donde había crecido, donde había soñado, reído, reflexionado y llorado. Incluso si algún día empezaba una nueva vida lejos de allí, con un escritorio y una lámpara nuevos, éstos sólo serían copias de los objetos originales que aparecían ante sus ojos cada vez que oía las palabras «escritorio» o «lámpara».

Enterraron las joyas y la plata bajo un saúco en el borde del bosque, tiraron las escopetas al depósito de agua y dejaron los muebles en el castillo, con la esperanza de poder volver pronto. Las puertas se quedaron abiertas, para que los rusos no rompieran las ventanas.

Salieron a las ocho en punto. La mañana era tan fría que cortaba el aliento. Ya no nevaba, pero la carretera y los campos estaban blancos. Pista, con un edredón sobre los hombros, iba sentado en el carro de atrás, entre los sacos de patatas. Ya estaba congelado, aunque no llevaban ni un cuarto de hora de camino. A su lado iba Eva, con los ojos enrojecidos. Llevaba el abrigo de armiño de su madre, que, aunque le quedaba grande, abrigaba más que el suyo. Tenía las manos enfundadas en unas gruesas manoplas.

Había estado llorando toda la noche. Pista la había oído a través de las paredes de la habitación de juegos que los separaba. Sin

embargo, no había ido a consolarla, a decirle que todo iría bien ni a acostarse a su lado hasta que se calmase. En su familia no se hacían esas cosas.

A veces Pista sentía como si debiera avergonzarse de todo aquello que no era visible para los demás: de sus miedos, de su digestión, de sus pensamientos, de sus genitales y de sus sentimientos. Incluso del amor había que avergonzarse, sobre todo si eras hombre. No podía acercarse a su padre y darle un beso sin más, y menos aún pedírselo.

«¿Sabes cuántas veces me abrazó mi padre? ¡Nunca! ¡Ni una sola vez!», le habría dicho, ahuyentándolo con un gesto.

Pero no sólo se ocultaban el amor, tampoco hablaban de él. Pista no recordaba haberles dicho jamás a sus padres que los quería y que, pese a todo, los admiraba. Si alguna vez estuvo a punto de decirlo, algo lo detuvo, como si fuera una confesión y él, un acusado ante el tribunal.

No sabía de dónde venía aquella sensación, pero sabía que a sus padres les pasaba algo similar. Tampoco ellos le mostraban apenas su amor, así que él a veces se preguntaba si éste de verdad existía. Tal vez ni siquiera lo querían, y lo único que les había impedido abandonarlo de niño en el bosque eran las convenciones sociales.

Ni siquiera de su madre había recibido nada más que algún beso fugaz en la frente y, cuando estaba solo o asustado, no era ella, sino Bertha, la niñera, quien se sentaba a su lado en la cama. Pero sus palabras nunca lo consolaron igual, sus besos nunca fueron tan gratos como los de su madre, pues sabía que a Bertha le pagaban por cuidarlo.

A cualquier persona le resulta casi imposible imaginar que tendrá que huir a la mañana siguiente. Tampoco Pista había podido imaginarlo, e incluso en retrospectiva la huida le resultaba inconcebible. Lo único que le quedaba era la sensación... La sensación de dejarlo todo atrás.

La sensación de avanzar hacia el oeste sin saber adónde iba.

La sensación de que los dientes le castañeteaban de frío con tanta fuerza que creía que se le caerían de la boca.

En cambio apenas le quedaban imágenes:

La carretera, llena de gente, carros, burros y caballos.

El viejo Imre, murmurando para sí.

El cochecito de bebé con las ruedas chirriantes.

Los dos inválidos que, encorvados y apoyados en muletas, se arrastraban por un campo para atajar.

Las casas humildes por las que pasaban y que le hacían pensar que quizá habría ido a la habitación de Eva si ellos hubieran vivido en una casa así, con menos paredes.

A Eva le dolía todo el cuerpo. No sabía que el frío podía causar tanto dolor. Llevaban ya varias horas de camino. Al principio había llorado, en cuanto llegaron a la carretera, pero después paró. Ya era mayor para llorar delante de otras personas. Además, la caravana se movía tan silenciosamente que parecía formada por mudos. Sólo se oía el viento helado, que traía sobre los campos los ladridos de los perros de los pueblos y se enredaba en los árboles pelados dispersos por la cuneta, los resoplidos de los caballos y los chirridos del cochecito de bebé.

El cochecito lo empujaba una joven que llevaba un gran saco de yute a la espalda. Iba sola, no hablaba con nadie, no miraba a nadie, se limitaba a seguir hacia delante.

A Eva le fascinó. Desde que habían empezado a caminar a su lado, no había podido apartar la vista de ella. No era guapa —tenía la nariz demasiado grande, la piel apagada y el pelo como de alambre negro—, pero poseía un atractivo que la tenía atrapada.

Intentó imaginar de dónde provenía aquella mujer, y lo primero que pensó fue en el siglo XVII, que conocía por los cuadros de Vermeer que Edmund (gracias a Marcel) admiraba. El capellán le había enseñado tantas veces su libro con las reproducciones de los cuadros que las mujeres retratadas le resultaban más familiares que las criadas del castillo del bosque. Nunca se cansaba de esas mujeres, todas con una historia propia que Vermeer apenas insinuaba, una vida en la que nunca permitía nada más que un vistazo fugaz, como si para él lo importante fuera dejarles sus secretos y no desnudarlas. Al parecer, consideraba que las cartas de amor leídas de pie junto a la ventana, o lo que una mujer pensaba al ponerse un collar de perlas o al echar leche en un cuenco, no era asunto de nadie. Quizá por eso tampoco había escrito y se había mantenido lo más lejos posible de los escritores, que en su empeño por expresar con todo detalle la vida y los pensamientos más íntimos de sus personajes, no eran más que violadores de existencias e intimidades. Vermeer no entendía cómo podían tener la desfachatez de inscribir a sus personajes dentro de una realidad inventada y diseccionarlos en ella ante la vista de todos. Por eso, él captaba sólo instantes y colocaba casi siempre a sus personajes junto a ventanas,

para que tuvieran la posibilidad de asomarse afuera, de escapar de aquel mundo rígido de óleo y color.

A Eva también le gustaba Vermeer porque, a diferencia de la mayoría de los artistas, nunca representaba a las mujeres sin ropa. Los cuadros de mujeres desnudas la incomodaban de un modo que aún no sabía describir. Cada vez que veía una de esas pinturas, pensaba en las mismas dos cosas: en su propio cuerpo, que comparaba con el de aquellas mujeres pintadas por hombres, y en cómo la mujer que hacía de modelo había tenido que desnudarse y ponerse ante el pintor vestido.

La mujer del cochecito le recordaba a las mujeres de Vermeer. No podía decir con precisión por qué, pero tenía que ver con la determinación con que empujaba el cochecito, parecida a la actitud de la criada que vertía la leche en el recipiente de barro o a la de la mujer que leía la carta de pie junto a la ventana. Igual que esos personajes existían sólo para sus acciones y para el instante pintado, ella parecía vivir sólo para empujar el cochecito y avanzar por aquella carretera sumida en el caos.

Sus padres, en cambio, parecían tan perdidos e intimidados como los campesinos que acudían al castillo del bosque para pedirle al barón dinero para la escuela de su hijo o una pequeña suma para la boda de su hija, y a los que el viejo Béla conducía por el vestíbulo y a través de la escalera alfombrada hasta el despacho con el enorme escritorio de caoba, los altos ventanales y el cuadro del castillo en la pared.

Su madre iba sentada en el mismo carro que ella, su padre había tomado asiento en el otro, junto a Imre, que no dejaba de murmurar y lo veía todo como una gran aventura. El barón llevaba un abrigo grueso y un sombrero de fieltro, pero por lo demás apenas se distinguía de los campesinos con boinas de visera. Y eso era también lo que lo hacía sentarse allí tan abatido, con los ojos turbios deslizándose sin interés entre aquel paisaje de blancura deslumbrante y la larga hilera de gente tiritando. Porque desde que habían vuelto sus inseguridades, que durante sus éxitos económicos y sociales lo habían dejado en paz temporalmente, y él ya no se sentía a la altura de sus responsabilidades, deberes y tareas como barón, dependía por completo de esa superioridad externa que le recordaba que seguía siendo un barón, aunque no se sintiera como tal. Pero ahora, mientras huía hacia el oeste como todos, con nada más que forraje para los caballos, una maleta con ropa y algunas provisiones, ya no había nadie que, con la mirada baja y las manos nerviosas retorciendo la gorra, le confirmara esa superioridad. Sin embargo, para no sucumbir al cansancio, él necesitaba esa confirmación más que cualquier otra cosa.

No sabía cuándo le había invadido esa sensación de agotamiento, igual que nadie recuerda el momento en que aparecen los primeros síntomas, apenas perceptibles, de una enfermedad. La decadencia empieza de forma lenta, inadvertida, disfrazada de simple cansancio, como el que a veces sobreviene al pensar demasiado en la vida que aún se tiene por delante, con todas las decisiones que tendrán que tomarse y todos los errores que se cometerán. Pero pronto dominó todos sus pensamientos. El barón era como un loco que nota que la razón se le escapa y no puede hacer nada por evitarlo. Sentía cómo

se desmoronaba por dentro, y examinaba cada gesto cotidiano en busca de signos de descuido.

Si, por ejemplo, advertía que había articulado mal una palabra porque la lengua se le había enlentecido, la siguiente vez se esforzaba en pronunciar justo esa palabra con especial limpieza, lo cual hacía que se equivocara en otra. Si estaba pensando, olvidaba cosas, como poner el capuchón a la pluma estilográfica. Cuanto más se resistía a su desmoronamiento, más rápido parecía avanzar éste. Por eso la ignorancia de los demás era lo único que lo mantenía en sus cabales, pues mientras durara, su deterioro seguiría siendo algo que podía ocultarse y callarse.

Para Eva era un misterio cómo aquella joven, que no llevaba más que un abrigo fino, un pañuelo en la cabeza y una falda negra, podía siquiera seguir andando. Habían pasado junto a personas que, respirando con dificultad y extenuadas por el frío, se habían parado al borde de la carretera. Eran sobre todo ancianos, ante quienes los demás pasaban en silencio, reacios a añadir una carga más a sus innumerables fatigas.

El cielo era tan blanco que apenas se distinguía del paisaje nevado. Sólo allá donde los dos inválidos se arrastraban por el campo se dibujaban dos trazos negros. Y en el cielo volaban en círculos algunos cuervos que parecían sombras y que le recordaron a Eva la historia del viejo Béla. Desde que prácticamente había perdido la vista y, más que ayudar, entorpecía la vida del castillo, le había dado por contar esa historia como enseñanza moral y modelo de compasión.

Trataba de un ciego cuyos padres habían muerto y al que por eso había acogido una de sus hermanas. Pero como no podía ayudar en la granja, lo trataban como a un mendigo. Invitaban a los campesinos de la zona y, para divertirse, le daban de comer madera, hojas y porquería. Cuando se aburrieron de él, empezaron a abofetearlo, mientras se reían de sus párpados temblorosos y de sus esfuerzos inútiles por esquivar los golpes. Además lo obligaban a salir a mendigar, incluso en invierno, cuando todo estaba cubierto de nieve y el frío era letal.

Una vez, uno de esos días en que el suelo estaba tan duro que en el pueblo habían tenido que aplazar un entierro, su cuñado lo llevó por la mañana a una carretera comarcal. Lo dejó allí todo el día y, cuando anocheció, contó a la familia que no había conseguido encontrarlo.

El ciego había estado horas esperando allí, junto a la carretera. Al atardecer, cuando se dio cuenta de que iba a congelarse, simplemente empezó a andar sin rumbo. Se cayó varias veces en zanjas cubiertas de nieve, se torció los tobillos en los surcos de las tierras, pero siempre volvía a levantarse para seguir andando en busca de una casa. En cierto momento, ya entrada la noche, cuando sus piernas débiles ya no podían sostenerlo, se sentó y no volvió a levantarse.

No encontraron su cadáver hasta la primavera, cuando se hubo derretido la nieve y una densa bandada de cuervos revoloteaba sin descanso sobre la llanura, descendía como un nubarrón negro, volvía a levantar el vuelo y regresaba una y otra vez.

Cuando Béla contaba esta historia, Eva se avergonzaba de su condición humana. Deseaba entonces ser un perro, una araña, una

silla, un árbol, incluso un cuervo. Todo menos un ser humano.

El viejo Béla se había echado tres mantas sobre los hombros, porque con los nervios se había puesto por error un abrigo fino para la lluvia. Aunque, por miedo a que lo abandonaran, no dejaba de contar la historia del ciego, nunca habría reconocido las dificultades a las que tenía que enfrentarse cada día ni habría pedido ayuda para superarlas.

A Eva le hubiese gustado preguntarle a la mujer del cochecito si ella también quería una de sus mantas, pero no se atrevió a hablarle, por miedo a romper su estado de trance. En vez de eso, intentó imaginarse a la mujer en otra parte. No lo consiguió. Pero parecía muy fuera de lugar en aquel paisaje invernal propio del ártico. Vista así, con sus labios azul violáceo, su falda negra y sus zapatos rojos, podría pensarse que iba maquillada y vestida para una cena en la casa de enfrente.

Cuando el sol pálido se alzaba en el cielo lechoso del mediodía, la caravana se detuvo para dar de comer a los caballos y entrar un poco en calor junto a pequeñas hogueras. La familia Lázár se sentó junto a su carro, al abrigo del viento, y comió las patatas que la cocinera había preparado la noche anterior. Apenas hablaron, así que, salvo por el silbido del viento que barría la nieve sobre la llanura y el estruendo de los aviones invisibles que pasaban de vez en cuando sobre su cabeza, todo estaba en silencio. Hacía tiempo

que se habían acostumbrado a ellos, nadie levantaba la vista, sólo los niños pequeños empezaban a llorar.

Al principio, a Lilly la había desconcertado lo rápido que el estado de excepción podía convertirse en rutina, pero ya se había acostumbrado. A veces, sin embargo, recordaba la mañana en que Lajos le había dicho que Inglaterra había declarado la guerra a Alemania. Ya entonces apenas había creído lo rápido que el mundo podía desmoronarse, lo poco que hacía falta. Tres palabras bastaron para cambiarlo todo, cada fruto, cada mueble y cada prenda de vestir, a Lajos, el tiempo y su propio cuerpo. Todo pasó de pronto a formar parte de un mundo en guerra.

Lilly recordaba perfectamente haber preguntado qué significaba eso y cómo Lajos le había respondido que Francia no tardaría en seguir el ejemplo de Inglaterra. Pero ella no lo preguntaba en ese sentido, las implicaciones políticas ya las tenía claras. Lo que quería saber era qué supondría eso en su vida.

Por supuesto, Lajos tampoco tenía una respuesta para eso. ¿Cómo iba a tenerla? Incluso ahora, cinco años después, la pregunta sólo podía responderse en parte. La guerra había supuesto que también pasaran los inviernos en el castillo del bosque, que sus coches terminasen calcinados en algún lugar de la helada estepa rusa, que escondieran a un perseguido que ahora esperaba su ejecución en una cárcel alemana, que Lajos fumara a todas horas y que ya no la escuchara tocar el piano.

Pero lo que supondría para su vida a partir de ahora, lo ignoraba. En los últimos años había aprendido a considerar cada día por separado y a apartar los pensamientos sobre el futuro. No tenía

sentido pensar en eso, si bastaban tres palabras para que las manzanas se convirtiesen en peras.

La pausa del mediodía fue breve, porque avanzaban más despacio que las tropas soviéticas y temían que en cualquier momento el frente los alcanzara. Además, al cruzar el terraplén de un ferrocarril, uno de los caballos del carro que iba delante de ellos resbaló en la carretera helada, el carro volcó y las dos ruedas del lado derecho se rompieron. Era imposible continuar. La caravana se detuvo y cargaron el equipaje más importante en otros carros y a lomos de los aterrados caballos. Después siguieron, aunque por un brevísimo instante esas gentes que habían atravesado obstinada y silenciosamente el frío glacial se sintieron de pronto presa de una inquietud que se manifestó en miradas nerviosas al cielo, donde los cuervos seguían volando en círculos, y en conversaciones murmuradas.

Hablaban sobre todo de la noche y de dónde podrían pasarla. A diferencia de los Lázár, que la pasarían en casa de unos amigos condes, la mayoría había partido de madrugada sin saber dónde estarían al caer la tarde. ¿Quién podía saber si para entonces seguirían vivos? A otras caravanas, que llevaban más tiempo en camino, las habían alcanzado los rusos o las habían ametrallado desde el aire.

El carro volcado parecía haberles mostrado la inutilidad de su empresa. Huían hacia el oeste a quince grados bajo cero, sin saber cuánta ventaja sacaban a los rusos ni cuánto tendrían que alejarse para huir de ellos. Además, el sol estaba cada vez más bajo y ellos

seguían sin ver una iglesia ni un granero donde refugiarse. A Eva le vino de nuevo a la mente la historia del ciego que buscaba una casa en una oscuridad interminable.

Pista se había subido al regazo a uno de los tres perros salchicha para calentarse mutuamente y pensaba en cómo ahora que la gente lo dejaba todo atrás y pueblos enteros huían hacia el oeste y los rusos anegaban el país, volvería a encontrar a Matilda. Tal vez en ese momento ella también estuviese de camino al oeste.

Un grito lo sobresaltó.

La joven estaba quieta junto al cochecito celeste y se tiraba del pelo. A sus pies se extendían mechones negros. No lloraba, y el grito apenas había durado un instante. Sólo se arrancaba el pelo y temblaba de pies a cabeza. La caravana paró, pero nadie se acercó a ella. La mujer se inclinó sobre el cochecito, sacó al niño y se lo apretó contra el pecho. Sólo entonces, al ver que el niño seguía inmóvil mientras la mujer se estremecía con violencia, Pista comprendió lo que había pasado.

Cuando la mujer cayó al suelo, una anciana se acercó con cautela. Se quitó el guante de piel, se agachó y le puso una mano en la espalda.

Cualquier intento de hablarle fue inútil. Ella sólo murmuraba sin cesar frases ininteligibles. Al final, dos hombres la levantaron y la subieron a un carro. No soltaba al niño. El cochecito celeste quedó abandonado en la nieve.

El castillo casi no se veía desde la carretera, sólo las tres ventanas del salón flotaban resplandecientes en la oscuridad. Así como la vida de los campesinos pobres se reducía a la cocina, para ahorrar leña, la de los Fekete se limitaba desde hacía semanas a un solo cuarto, para que la luz no llamara la atención de los rusos. Junto a la verja de la entrada los esperaba un criado que intentaba disimular los temblores. Aliviado al poder dejar por fin su puesto, se les adelantó para anunciar su llegada.

En el salón crepitaba un fuego cuyo calor hizo que Pista sintiera un cansancio infinito. Hasta entonces no había notado cuánto lo había castigado el frío. Exhausto, se dejó caer en el sofá y cerró los ojos. Le dolían los dedos, tenía las mejillas enrojecidas y ardientes; podría haberse dormido allí mismo. La voz de sus padres y de los Fekete sonaba como las de Eva y él cuando, años atrás, intentaban hablarse bajo el agua en la piscina del castillo del bosque. Aturdido, oyó cómo discutían sobre lo que debían hacer.

—¡No podemos quedarnos aquí, Péter! Tenemos que seguir hacia el oeste, lo sabes igual que yo —dijo su padre.

—Pero podemos esperar hasta mañana a primera hora para traer el carro grande de caballos. Cabalgar hasta el pabellón de caza ahora, en la oscuridad, no tiene sentido —respondió el señor Fekete.

—¡Los rusos avanzan tres veces más rápido que las caravanas! ¿Quién sabe dónde estarán mañana?

—Tienes razón.

Pista abrió los ojos y vio al conde apagar el cigarro. De pronto, cualquier signo de fatiga abandonó su cuerpo.

—Yo iré también —dijo, levantándose.

Su padre lo miró con gesto serio. Luego respondió:

—¡De ninguna manera! Tienes que descansar. Además, alguien tiene que quedarse aquí y cuidar de las mujeres.

Pista no sabía cómo haría tal cosa, pero asintió con determinación. Si no podía consolar a su hermana, al menos debía protegerla.

37

Aún medio dormido, confundió la sombra que se proyectaba en la puerta con su padre. Parecía estar buscando la cama en la oscuridad de aquella habitación desconocida, así que Pista exclamó en voz baja:

—¡Aquí!

La sombra giró la cabeza hacia él con brusquedad y se separó de la pared. Al ver sus movimientos nerviosos, Pista se dio cuenta de que no era su padre.

Antes de poder incorporarse, la sombra lo empujó contra la almohada y encendió la lámpara de la mesita.

Tenía una pistola en la mano. Por lo demás, no se correspondía con la imagen que Pista tenía de los rusos. Aunque estaba sucio y apestaba a alcohol, sudor y humo, tenía la barba rala y los hombros estrechos y huesudos. Además, era como mucho uno o dos años mayor que Pista.

El soldado le ordenó mediante gestos que se levantara despacio. Pista le sacaba una cabeza y era mucho más corpulento que él. Pero ¿de qué le servía eso si el otro tenía una pistola?

Pensó en lo que su padre le había dicho la otra noche, antes de que él y el conde salieran de nuevo a la nieve, y en su hermana, que

estaba acostada en la otra punta de la habitación, sin que el ruso la hubiera visto aún.

Como si el soldado le hubiera leído la mente, de pronto miró por encima de él, vio a Eva, que fingía dormir, y le ordenó en voz alta que se levantara y se acercara. Eva llevaba un camisón blanco y Pista notó con horror que ya le habían crecido los pechos y que, pese a no abultar más que dos ciruelas, seguramente llamarían la atención del soldado.

El joven ruso los llevó a punta de pistola hasta el salón en el que la noche anterior habían estado hablando de cuándo llegarían las tropas soviéticas. La mirada de Pista recayó primero en su madre. Estaba sentada muy recta en un sillón tapizado en seda e intentó sonreír cuando entraron en la estancia. El soldado les mandó sentarse en el sofá donde la víspera él había estado a punto de quedarse dormido. En el otro sillón estaba la señora Fekete, que, al igual que su madre, llevaba una bata de terciopelo, pero ella estaba completamente encogida.

Por lo demás, había allí un oficial y otros dos soldados, cuya presencia había transformado el salón. Parecían fuera de lugar, con sus uniformes sucios y sus polainas cubiertas de barro seco, tenían algo de campesinos pidiendo limosna. Al mismo tiempo, la condesa, Eva y él compartían una actitud sumisa y abochornada. A su madre, en cambio, parecía no afectarle, seguía sentada tan recta como siempre, sin mirarlos a ellos ni a los soldados. En las ventanas, a su espalda, era de noche.

—¿Dónde están vuestros maridos? —preguntó el oficial, de un modo tan directo que Eva se estremeció. Lo dijo en alemán, aunque debido a su fuerte acento parecía casi otra lengua.

—Han continuado el viaje —respondió su madre con frialdad y en un alemán impecable.

—¡Han huido! ¡Dejando atrás a sus mujeres e hijos! ¡Bah! —dijo él, y escupió sobre la alfombra persa.

Esta vez fue la condesa quien se estremeció.

Como muestra de su humanidad y ejemplo de que los rusos eran más civilizados que los alemanes, el oficial dejó en manos de la condesa la decisión de quién debía satisfacerlo a él y a sus soldados.

—Algunos de mis hombres hace mucho que no ven a sus mujeres. Si ellos están felices, yo estoy feliz. Quién los haga felices me da igual.

La señora Fekete se inclinó hacia Lilly y le susurró algo al oído. Luego se levantaron para ir a la cocina, donde habían encerrado a Imre y al servicio.

Pista y Eva se quedaron en el salón, intentando rehuir la mirada de los soldados. Eva, como venía haciendo las últimas semanas, pensó en qué era exactamente una violación. Hasta hacía poco, nunca había oído esa palabra que, de repente, estaba en boca de todos. Debía de ser algo relacionado con la guerra, tal vez incluso con los rusos. También comprendía que era una clase de relación sexual en la que la mujer no quería al hombre. Si los hombres querían a las mujeres, no lo sabía. Pero desde luego no podía imaginarlo de otro modo, pues su madre le había dicho una vez que las personas sólo tenían relaciones sexuales cuando se querían mucho. A Eva le había parecido de lo más convincente, pues ¿por qué si no querría alguien ver a un hombre desnudo?

Pista tenía miedo. Sus ojos corrían inquietos por el salón, evitando a los demás. Tampoco podía mirar a Eva, pues verla sólo empeoraba las cosas. Sabía que no podía protegerla, que no podría moverse si uno de los soldados decidía llevársela a la habitación contigua, y sentía muchísima vergüenza por su impotencia e inferioridad, por no poder hacer nada. La vergüenza era tan grande que le daba ganas de llorar. Tenía diecinueve años y estaba sentado en pijama frente a soldados que se encontraban a miles de kilómetros de su casa, que habían matado a personas y perdido a compañeros. Estaba allí sentado como un cobarde, alguien que no había abatido nunca ni a una liebre. En Alemania, según había oído, los nacidos en los años treinta ya aprendían a manejar el puño blindado. Él les sacaba cinco años, eran sólo dos años mayores que Eva. Pero él estaba allí sentado y ni siquiera se atrevía a moverse.

Al mismo tiempo, despreciaba a los soldados por lo incivilizados que eran, por la mugre que habían traído al castillo, por el hedor, la insensibilidad y la brutalidad. Se les veía que ya no sentían nada ante el dolor ajeno, que una vida humana no significaba nada para ellos. Pista estaba lleno de rabia y odio, y no les deseaba más que la muerte.

La condesa los llevó adentro como una condenada. El oficial se quitó la chaqueta, la colgó en una silla, se desabrochó el cinturón de manera ostentosa y desapareció con la muchacha en la habitación contigua. La chica no era mucho mayor que Pista.

La señora Fekete y Lilly se hundieron en el sillón. También ellas se morían de vergüenza. Sabían que aquello estaba mal, sabían que los

soldados las odiaban a ellas y no a la muchacha que ahora tenía que poner el cuerpo en su lugar.

La condesa las había convencido, las había presionado diciéndoles que una de ellas tenía que sacrificarse o de lo contrario les tocaría a todas, les había dicho que el oficial había pedido a una de las criadas. Todas habían mirado fijamente el suelo.

Ahora estaban ahí sentadas, Lilly, la condesa y los niños, evitando mirarse e intentando ignorar los ruidos de la habitación contigua.

Tras unos largos minutos —Pista no había dejado de mirar el péndulo del reloj— se abrió la puerta y el oficial salió con el cuello enrojecido y el cinturón desabrochado. Volvió a ponerse la chaqueta y otro soldado cerró la puerta tras de sí.

Cada vez que entraba uno, la muchacha estaba más callada, cosa que por un lado tranquilizó a Lilly, pues había oído hablar de una mujer a la que un soldado había cortado la lengua porque no soportaba sus gritos, y por otro lado la sumió en la desesperación.

Cuando el último soldado, el joven que la había llevado al salón, salió de la habitación contigua, entró la baronesa. La peste a sudor de hombre era insoportable. La muchacha, tendida boca abajo, gimoteaba en voz baja, pues creía que Lilly era otro soldado.

38

La tarde del 23 de diciembre, Imre, aburrido como una ostra junto a la ventana, vio a Lajos desaparecer en el bosque. Llevaba un grueso jersey de punto y un hacha en la mano. Bajo las botas crujían las ramas secas y el musgo endurecido por la helada; sobre él, los pájaros callaban y entre las copas no había el menor aliento de brisa. Anduvo mucho rato por el bosque silencioso, que le parecía una ciudad desierta, y no se paró hasta encontrar un abeto que le sacaba varias cabezas, agarró el mango del hacha, respiró hondo y, como un salvaje, descoordinado pero con todas sus fuerzas, empezó a golpear el árbol, hasta que el tronco se cubrió enseguida de muescas limpias y profundas. El sonido pleno y hueco con que el hacha hendía la madera atravesó el bosque. A Lajos le quemaban los músculos, la cabeza le ardía y echaba vaho, tenía las mejillas de un rojo febril y la respiración jadeante. Descargaba toda su desesperación, su rabia y su vergüenza en cada golpe.

Cuando por fin el árbol de Navidad cedió y quedó tendido sobre la nieve cubierta de agujas de abeto, el barón dejó caer el hacha y, con las palmas de las manos ensangrentadas, arrastró el árbol fuera del bosque.

Esa Navidad fue aún más desoladora que la Navidad en que había aparecido el cadáver del preceptor de Viena. Entonces sólo Ilona estaba atormentada por la culpa, pero esta vez lo estaban todos salvo Eva. Lajos no podía sacarse de la cabeza la imagen de los judíos andando hacia la estación, Lilly intentaba en vano olvidar a la criada gimoteando en voz baja, y Pista combatía la rabia contra sí mismo por no haber hecho nada, aun sabiendo que no podría haber hecho nada.

Después de comer, beber y violar, los soldados habían ido al pabellón de caza para fusilar al señor Fekete y a Lajos. Por suerte, de camino recibieron la orden de avanzar hacia el norte, donde el Ejército Rojo estaba reuniendo a todos los soldados para cercar Budapest.

Por qué Pista había sobrevivido seguía siendo un misterio. Debió de ser decisión del oficial no dispararle. Tal vez Pista le recordase a su hijo; tal vez, simplemente, estuviese cansado de matar.

A la criada le habían preparado un baño, no muy caliente para no lastimar las zonas doloridas y la piel irritada. Después de lavarla a conciencia, secarla con cuidado y ponerle uno de los camisones de seda de la condesa, ésta le entregó un valioso anillo de rubí, que la muchacha aceptó sin ganas.

Cuando el frente se desplazó hacia Budapest, los Lázár volvieron al castillo del bosque, aunque daban por hecho que los rusos se lo quitarían pronto.

En Nochebuena, tras cenar en silencio y abrir unos pocos regalos, Lajos entró sin hacer ruido en la habitación donde Lilly ya estaba

durmiendo. Vio la silueta bajo la manta, la mano en la almohada y la ropa en el respaldo de la silla, pues su mujer había olvidado correr las cortinas.

Después de repartir los regalos, cuando Pista desapareció en su habitación con sus libros y Eva hizo lo propio con sus juguetes, él también se había levantado, había besado a Lilly en la frente y había salido del comedor. Ella se había quedado sentada. Él se había encendido un puro en la sala de fumadores y había permanecido allí, pero como no encontraba la paz, había vuelto a levantarse, había paseado por la habitación, había estudiado las escenas de caza y comprobado que aún le parecían horribles, había apagado el puro y se había encendido otro, había tosido un par de veces, había abierto la puerta y había notado, en los hombros temblorosos de Lilly, que estaba llorando. Entonces había cerrado la puerta de inmediato y no había salido de la sala de fumadores hasta que la oyó levantarse y subir las escaleras.

Ahora ella estaba en la cama y parecía haberse quitado no sólo su ropa, sino también los treinta y dos años transcurridos desde que él se había enamorado de ella. Llevaba mucho tiempo sin pensar en cómo eran antes. En aquel entonces creían que todo iría bien mientras se tuvieran el uno al otro. Ahora ni siquiera sabía si seguían queriéndose. Confiaba en ella, ella era buena con él y hermosa, pero ¿la quería?¿Y ella a él?

No lo sabía.

Ahora, sin embargo, mientras la luz de la luna reflejada en la nieve caía sobre ella y la hacía parecerse a la pequeña Lilly Grünfeld, eso le daba igual. Se desvistió, colgó su ropa sobre la de ella y se metió en la cama a su lado. Había vuelto a nevar. Abrazó su cuerpo cálido

y observó los grandes copos plateados caer suavemente en la oscuridad, dejando sepultado todo lo vivo y todo lo muerto.

39

Mientras los lirios del valle, con sus cabecitas blancas y caídas, bordeaban el bosque, los cerezos florecían, se marchitaban y hacían sitio al espectáculo de los manzanos en flor, Budapest estaba reducido a escombros. La batalla por la capital había terminado tres meses antes, pero la población aún no se había recuperado de los días de la conquista.

Tras el fracaso de los contraataques de las tropas alemanas y húngaras que quedaban y la capitulación de las últimas unidades el 13 de febrero, el mariscal Malinowski concedió a sus hombres tres días de saqueo para celebrar la victoria. Un obispo húngaro comparó la situación —de un modo similar a como Zuckmayer había descrito los días del *Anschluss* austríaco— con el infierno en la tierra. Los hombres fueron deportados; las iglesias, destruidas; las viviendas, saqueadas; los pocos restos de comida, devorados; y las mujeres, desde niñas de doce años hasta embarazadas de nueve meses, violadas.

Al mismo tiempo, Edmund Pontiller era conducido en la prisión de Múnich-Stadelheim a una sala austera y sin ventanas en cuyo centro había una guillotina. El sacerdote sintió cierta decepción al ver que el aparato estaba a nivel del suelo y lo privaba de la sensación de ascender hacia Dios, de elevarse sobre los vivos y los herejes y morir

como un mártir radiante. También faltaba la masa enfurecida, que lo habría despedazado a gusto. Su muerte sería sobria, rápida e insignificante.

Mientras se cerraba la puerta de hierro, se preguntó en qué vidas había influido realmente. Había viajado mucho, había sembrado dudas sobre la Alemania de Hitler en diversas comunidades religiosas, pero en ningún sitio se había quedado lo suficiente como para ya no sentirse solo y conocer a la gente de verdad.

Al menos había tenido razón y al final, a pesar de su muerte, lo considerarían un vencedor, uno de esos hombres que no se habían dejado deslumbrar ni arrastrar, que habían sido lo bastante fuertes y valientes para defender sus creencias.

Lo llevaron ante la máquina que liberaba a los verdugos de su trabajo y responsabilidad y le mandaron sentarse en el banco de madera. No ofreció resistencia, hizo lo que se le pedía y lo hizo lo mejor que pudo. Ocupó la mente en trivialidades, cosa que le sorprendió, pues siempre había pensado que en un momento así la vida pasaría ante sus ojos. Pero apenas podía recordarla, como si hubiera dejado su pasado fuera, al otro lado de la pesada puerta de hierro. El hombre que estaba allí sentado y el que había sido un niño, un joven monje, un sacerdote y un —no pudo menos que sonreír al pensar en esa palabra— resistente, no parecían ser la misma persona.

Se sorprendió ante la eficiencia de la guillotina, que reflejaba a la perfección la crueldad del sistema nacionalsocialista. El banco tosco y primitivo, la cuchilla ya algo desafilada, el cubo metálico en el que caería rodando su cabeza y el canalón de hojalata por el que su sangre se iría directamente al desagüe.

Se tendió boca abajo y pensó en Eva, a quien todos los días había tenido que enseñar el libro con las pinturas de Vermeer. Tal vez ella hubiera podido liberarlo de su soledad, pues, al contrario que la mayoría, lo había visto como un ser humano, no como una figura unidimensional que luchaba en vano contra su tiempo. Ojalá ella hubiera encontrado el libro que él, mientras las botas resonaban ya por el pasillo, había escondido bajo su colchón.

Uno de los guardias se acercó a la guillotina, le ató las muñecas y los tobillos al banco con correas de cuero y retiró los seguros. Edmund Pontiller cerró los ojos; y de pronto vio pasar ante sí una vida entera, que empezaba con el dolor del beso de buenas noches negado por su madre, el aroma a lilas del aire vespertino y la voz de Swann en el jardín, y terminaba con la búsqueda interminable del tiempo perdido.

40

A mediados de junio, cuando la inquietud tras la toma del poder por parte de los soviéticos se había apaciguado y había remitido la primera oleada de detenciones, Lajos y Pista viajaron a Budapest para reparar la casa dañada. Pista se había empeñado en acompañar a su padre, sobre todo por Matilda. Estaba decidido a encontrarla y a cumplir todas las promesas de futuro contenidas en su primer y único beso.

La guerra en Europa había terminado, la ciudad estaba en ruinas. En las casas se abrían unos boquetes cavernosos por los que se colaba la lluvia mojando los parqués, los papeles pintados y las alfombras, en las aceras se amontonaban escombros y cascotes, y de los puentes sólo quedaban los pilares, que se elevaban sobre el Danubio como amenazantes monumentos de advertencia.

Por eso tuvieron que cruzar el río en barco. Mientras miraba el agua marrón, Pista pensaba en los miles de soldados a los que había arrastrado la corriente en los días del asedio.

Hasta que no estuvieron a punto de alcanzar la orilla de Buda, no se dieron cuenta de que faltaba la torre de la iglesia a la que solían ir a misa los domingos. Pista apenas podía creerlo: algo que había estado allí toda su vida, algo cuya existencia había dado por segura, de pronto ya no existía. ¡Cuántas veces había mirado el reloj desde

su clase deseando que las agujas doradas se movieran más rápido! ¡Cuántas noches se había quedado despierto a la espera de que las campanas dieran las siete y empezara un nuevo día en el que pudiera ver a Matilda!

Mientras en el castillo del bosque, donde no podía relacionar casi nada con Matilda, a veces tenía que esforzarse para recordarla, allí todo le hacía pensar en ella. Cada calle, cada casa, cada árbol y cada paloma parecían tener algo que ver con ella. En todo latía la posibilidad de que Matilda también lo hubiera visto.

En el camino desde el embarcadero hasta su casa, Pista había querido preguntar a cada persona con la que se cruzaban en la orilla devastada si, por casualidad, conocía a alguna Matilda. Se imaginaba de pronto cruzándose con ella. Pero ¿llegarían a reconocerse? Después de todo, ella tendría ya veintiún años, uno más que él. Pero sí, claro que sí, la reconocería al instante.

Aun así, no era capaz de imaginársela como mujer. Sólo era capaz de verla como la muchacha que había visto por última vez, la que lo había besado en la boca delante de su casa. De pronto lo atravesó como una bala la idea de que tal vez, en ese tiempo, hubiera besado a alguien más. Al fin y al cabo era adulta y, a diferencia de él, que había pasado esos seis años en la soledad del castillo del bosque, ella había estado con gente. Además, en la guerra uno no tenía tiempo para pensar en el pasado. Lo único que contaba era el ahora y tal vez el mañana, pero éste era tan incierto que los jóvenes, por miedo a morir vírgenes, se dedicaban a retozar unos con otros tras los arbustos del parque. Con todo, la idea de que Matilda hubiera estado con otro... le hacía tambalearse.

A diferencia de la iglesia, que había quedado prácticamente arrasada, el fuego de artillería sólo había destruido el tejado de su casa. Tampoco la habían saqueado. Antes de que pudieran abrir la puerta y entrar, su vecino se acercó a ellos a toda prisa para invitarlos a un aguardiente de albaricoque. Aunque ambos estaban agotados por el viaje, lo siguieron agradecidos; después de todo, llevaban años sin verse.

Se sentaron, la criada les trajo la botella con la etiqueta blanca y tres vasitos pequeños y el vecino les sirvió.

—La última vez que te vi eras un niño, ¡y ahora ya bebes aguardiente por las tardes! —dijo riendo.

—Hoy es un día especial —respondió Lajos de inmediato, ante lo que el vecino asintió con gravedad, dio un trago y empezó a contarles, cosa que no dejó de hacer durante las siguientes dos horas.

Empezó hablando de los combates, que aún describía con objetividad y precisión, pasó por el gobierno de guerra de Horthy y, al cabo de unos cuantos aguardientes, llegó al partido de la Cruz Flechada y a sus crímenes contra los judíos.

—Horthy ya los había juntado a todos —dijo—. Pero los pogromos de verdad empezaron con los de la Cruz Flechada. Fusilaban a los judíos en fila en el Danubio, asaltaban sus hospitales y asilos. En el hospital Bíró mataron a ciento cincuenta personas, y a los ancianos del asilo de la calle Alma se los llevaron al parque Városmajor para asesinarlos allí.

El vecino había empezado a sudar, la botella de aguardiente estaba vacía. Mandó a la criada traer otra botella y tres servilletas. Después siguió contando:

—Pero lo más grave es que todo el mundo lo sabía y nadie hizo nada. ¡Hasta la Iglesia colaboró!

La criada trajo la botella y las servilletas, él se sirvió de nuevo (Lajos y Pista aún iban por el segundo vaso) y se secó la frente brillante con la servilleta.

—Había un sacerdote especialmente entusiasmado con el asesinato de los judíos. Padre Kun, se llamaba. Él mismo era de la Cruz Flechada y tiene cientos de muertos en su conciencia. Iba con sus hombres a sacarlos de las casas, también a los que tenían salvoconductos en el gueto internacional, los ponía en fila a orillas del Danubio o contra cualquier pared y daba la orden: «En nombre de Cristo, ¡fuego!»

Se quedaron un rato sentados en silencio. En realidad, Pista nunca había pensado en las acciones de su padre durante la guerra. Por supuesto, sabía cómo habían sido las cosas, pero nunca habían hablado del tema. Además, había tenido que hacerlo, no tenía otra opción.

—En fin, muchas gracias por la hospitalidad —dijo Lajos levantándose, mientras Pista aún pensaba en la diferencia entre explicar y disculpar una conducta.

41

Cuando Pista se despertó a la mañana siguiente, la casa estaba vacía. Su padre se había ido temprano al centro de la ciudad para reunirse con antiguos socios comerciales y encontrar artesanos que, pese a la devastación generalizada, tuvieran tiempo para reparar cuanto antes el tejado. Salvo por el rascar y el zurear de las palomas que se habían instalado en el desván, reinaba un silencio total en la casa.

Aunque sólo eran las nueve y el sol apenas se vislumbraba tras una capa de bruma amarilla, ya pesaba sobre el día un bochorno plomizo, así que Pista, al llegar al embarcadero, se sentía como un enfermo con fiebre, con la piel cubierta por una película de sudor pegajoso, el pelo aplastado y revuelto, las mejillas y las sienes al rojo vivo, aunque aterido por un frío que le recorría los hombros y la nuca.

Ya sobre el agua, la brisa fresca lo calmó un poco, pero no lograba quitarse de la cabeza la imagen de los cuerpos arrastrados hacia el mar Negro.

Al llegar al otro lado del río pasó con la cabeza gacha junto a quienes se apiñaban esperando a subir al barco, cruzó la calle y una placita con algunos bancos y árboles, y entró en una panadería donde compró un bollo con semillas de amapola. Estaba demasiado

nervioso para sentarse, así que se lo comió andando de un lado a otro de la plaza. Al moverse, sus pensamientos se detenían; si se quedaba sentado, se aceleraban.

Desde que su padre le había permitido acompañarlo, no pensaba más que en cómo sería cuando Matilda y él se encontraran de pronto frente a frente. Durante seis años había anhelado ese instante; ahora, de pronto, lo temía. ¿Y si estaba comprometida? ¿Y si ni siquiera se acordaba de él o había cambiado tanto que ya no tenían nada que decirse?

Como los días en el castillo del bosque apenas se habían distinguido entre sí y se habían sucedido de manera uniforme y sin interrupción, él no había sido consciente de cuánto tiempo había pasado. Sólo ahora, al ver la huella que el tiempo había dejado en la ciudad, al verlo todo reducido a escombros y ceniza, no sólo los elegantes edificios modernistas, sino también los puentes, los árboles de los parques, las calles y los valores de la sociedad, comprendió que todo había cambiado. El mundo en el que se habían conocido y en el que se habían despedido ya no existía.

Después de comerse el bollo y beber un poco de agua en la fuente del centro de la plaza, siguió andando. Las calles secundarias, irrelevantes para el tráfico urbano general, seguían llenas de boquetes; a los lados trabajaban hombres y mujeres entre las ruinas, las alfombras de cascotes y los montones de piedras. Pista recorría las calles sin reconocer nada. El embarcadero estaba más abajo del río que la escuela conventual, así que más o menos podía situar la casa de Matilda. El sol estaba más alto y la bruma se había

disipado, pero el cielo continuó lechoso y bajo. Pista sudaba y tenía la sensación de estar respirando polvo. La gente que se dedicaba a romper piedras, a apartarlas de la calle o a moverlas en carretillas, parecían distantes. Pista sintió que aún no habían superado la actitud de supervivencia que habían adoptado en los últimos años. Aún se trataba, sencillamente, de sobrevivir al día.

No era diferente en su caso; desde la huida a la casa de los Fekete, tampoco ellos habían vuelto a su vida de antes. Vivían con un miedo constante, a la espera de que los comunistas se lo quitasen todo y de que su regreso al castillo del bosque fuera sólo por poco tiempo.

Por el momento, sin embargo, esas preocupaciones quedaban lejos. Lo único en lo que podía pensar era en Matilda.

Al mismo tiempo, era tan sensible al mundo como un enfermo que, tras varias semanas con las cortinas cerradas, sale el domingo para dar un breve paseo por el barrio, que está tranquilo y desierto, pero a la vez rebosante de una vida que penetra en él y le da fuerzas para seguir luchando contra la enfermedad.

Caminó despacio por las calles, sintiéndose en un planeta extraño e imaginando cómo sería el reencuentro. No tenía plan y tampoco había pensado lo que iba a decir. Se limitaría a llamar al timbre y esperar a que ella se asomara a la ventana, lo reconociera y bajara.

Quizá incluso lo dejaría entrar directamente y lo esperaría en el descansillo, a la puerta de su piso. ¡Cuántas veces había imaginado su habitación! El escritorio en el que le escribía las cartas. La silla en la que se sentaba. El espejo en el que se miraba. La cómoda en la

que guardaba los objetos que significaban algo para ella. La cama en la que dormía y soñaba.

Recordó una carta en la que ella le había descrito un sueño.

Estaba en un pueblo de pescadores, las olas golpeaban los acantilados con tal violencia que el oleaje se oía en cada rincón del pueblo y acompañaba a la gente a todas partes. Era de noche, desde hacía mucho, meses o años. Y estaban en guerra. Ésta se había extendido del interior a la costa. Ahora estaba allí, rompiendo contra el pueblo como las olas contra las rocas negras y brillantes. El pueblo estaba sumido en la oscuridad, en un paisaje sobre el que no brillaban las estrellas, junto a un mar negro sin el reflejo de la luna. Por las calles marchaban soldados enemigos, con uniformes del siglo XIX y sables que entrechocaban a cada paso. Matilda estaba en el segundo piso de una modesta casa de pescadores, observando angustiada por la ventana la calle sombría. Pasaba otra patrulla, ella se apartaba de la ventana y de pronto veía que, en la cama, detrás de ella, estaba Pista. Se tumbaba a su lado, y los soldados, el ruido de cuyos pasos y sables atravesaba las paredes de madera, parecían de repente muy lejanos e inofensivos.

Tras caminar un buen rato por calles caóticas en las que sólo de vez en cuando surgía un edificio conocido, una iglesia o un parquecito, abandonó la búsqueda sin rumbo y decidió volver hacia el río. Desde allí, al menos, encontraría la escuela conventual, de la que no podía estar lejos la casa de Matilda.

El agua lo calmó de nuevo, y también el cielo parecía más alto y amplio allí, ya no era como si fuese a caer en cualquier momento

sobre los tejados, aplastándolo todo.

Sin embargo, no lograba deshacerse de las imágenes que su vecino le había grabado en el cerebro la víspera. Anduvo río arriba por la orilla, las colinas del otro lado estaban verdes, el agua corría despacio, el castillo seguía en pie pese a todo, y él sólo podía pensar en cómo habían alineado y fusilado a los judíos allí mismo, por donde él iba ahora.

Ver la escuela conventual no le hizo sentir nada, pero en cuanto dejó atrás la plaza entre los edificios escolares y enfiló hacia la casa de Matilda, lo invadieron los recuerdos. De pronto volvieron todos los sentimientos de entonces. Se recordó caminando a su lado, con cuidado de no hacer ni decir nada incorrecto, pero a la vez tan intensamente vivo como nunca lo había estado. Lo había percibido todo: el viento que rozaba los arbustos secos y deshojados, el vaho de la boca de Matilda, el olor a nieve, a almendras tostadas y al humo de las chimeneas, la hierba marrón del parque, las manos ásperas y moradas del guarda, el modo en que ella hablaba y comprobaba, con fugaces miradas de soslayo, que él seguía escuchándola; y de alguna forma todo estaba entrelazado.

Pista giró por su calle y sintió alivio al ver que todos los edificios seguían en pie. Sólo había marcas de balas en algunas fachadas.

Por allí, agarrados del brazo, la había acompañado a casa mientras se encendían las farolas. Recordaba perfectamente sus palabras:

—Siempre me pongo melancólica cuando se encienden las farolas —había dicho, y en ese instante él había querido abrazarla y no soltarla jamás.

Ahora estaba frente a la puerta donde ella le había pedido que dijera su nombre. ¡Qué calor había sentido entonces! Él lo había dicho, y ella se lo había agradecido y lo había besado; así, sin más, en plena boca, como si con eso no hubiera cambiado todo su mundo.

Justo cuando iba a buscar su nombre al lado del timbre, una mujer vestida con elegancia salió del edificio y casi chocó con él, lo miró de arriba abajo con desconfianza y le preguntó si buscaba algo.

Él asintió avergonzado, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y dijo:

—Busco a la familia Telkes. O a su hija, más bien: Matilda Telkes.

Mientras pronunciaba su nombre, una sombra cruzó, durante una fracción de segundo, el rostro terso y casi inexpresivo de la mujer. Apretó el bolso de cuero contra el vientre y dijo:

—Los Telkes ya no viven aquí.

Pista asintió, como si ya lo supiese. Pero sus palabras fueron un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Sabe dónde viven ahora? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

Él asintió, abatido, pero al mismo tiempo le cortó el paso; algo en su actitud le hacía pensar que sabía algo más.

—¿Los conocía mucho? —preguntó la mujer sin mirarlo a los ojos.

Él asintió.

Ella levantó la mirada.

—Su ama de llaves trabaja ahora en la calle Váci, número 24. Si pasa por allí sobre las ocho, tal vez pueda hablar con ella.

Él le dio las gracias efusivamente, pero la mujer pasó por su lado sin decir una palabra y se marchó.

Para entonces el sol ya estaba casi en su cénit. Pista decidió buscar un restaurante y comer algo, luego pensaría cómo matar el tiempo. A casa no quería volver, era demasiado grande para estar allí solo. No tenía amigos en la ciudad y tampoco podía ir con su padre, pues, primero, estaba ocupado y, segundo, Pista le había dicho la tarde anterior que iba a pasar todo el día viendo a antiguos compañeros de la escuela. Con la esperanza de encontrar a Matilda y cenar con ella, le había dicho también que no sabía a qué hora volvería y que comiera solo.

Allí cerca encontró una pequeña cervecería al aire libre, en un patio interior, donde servían comida húngara sencilla. Se sentó a una de las mesas de madera con un mantel de cuadros rojos y blancos y pidió una cerveza y *lángos*.

En su mente, intentaba captar el instante preciso en que el rostro de la mujer se había ensombrecido, pero cuanto más lo pensaba, menos claro lo veía. ¿No sería que justo en ese momento una nube había tapado el sol? ¿No se lo habría imaginado todo? La camarera le puso la cerveza, le sonrió brevemente y desapareció. ¿A qué se dedicaría Matilda? ¿Trabajaría? Quizá estaba estudiando, quizá era ama de casa y madre. ¿Qué sabía él? Nada. ¡Nada de nada!

Bebió la cerveza en pocos tragos, notando cómo iba mareándose, y aun así pidió otra. La joven camarera volvió a sonreírle, lo cual lo alegró y al mismo tiempo lo incomodó, pues pronto volvería a ver a Matilda y no podía sentirse halagado porque una camarera cualquiera le sonriese.

Intentó recordar la sonrisa de Matilda, pero no fue capaz. De repente le sobrevino la idea de que quizá hubieran huido, ¿por qué si no su ama de llaves había dejado de trabajar en su casa?

La camarera le sirvió la comida y le dedicó una sonrisa más, a la que él respondió con una mirada sombría.

No tenía por qué ser eso, podía haber muchas otras razones por las que el ama de llaves ya no trabajaba en casa de los Telkes. Quizá la madre había descubierto que les había permitido despedirse y por eso la había echado. O quizá se habían arruinado y ya no podían permitírsela; eso también explicaría el cambio de casa. Era posible, incluso, que el padre hubiera engañado a la madre con la sirvienta, cosa que ocurría hasta en las mejores familias, como decía siempre su padre.

Pista se quedó allí sentado hasta que la sombra cubrió el patio, y se emborrachó sin querer. Sobre las tres abandonó la cervecería, sintiendo que el calor y el alcohol le afectaban más de lo previsto, y se dirigió hacia la avenida Andrássy. Necesitaba más cielo sobre él.

Aunque no le interesaba la música y, al contrario de lo que le ocurría con la literatura y las artes plásticas, nunca había conseguido entrar en ella, de camino al bulevar de los castillos sintió un impulso irrefrenable de ver la ópera estatal. Siempre le había gustado deambular por la avenida Andrássy, pues esa calle —y sobre todo el edificio de la ópera— encarnaba como ninguna otra cosa la época de la monarquía. Los edificios eran monumentales, fastuosos, intempestivos, megalómanos y dolorosamente bellos. Pero lo que más le fascinaba, antes y ahora, era el metro, que se movía a través de la ciudad mediante su sistema de túneles.

Bajó las escaleras hacia él, contento con el frescor de sótano que reinaba abajo, y esperó a que los ojos amarillos de los faros del

metro surgieran en la negrura del túnel. Cuando el tren llegó, se subió y se quedó de pie, aunque aún no se sentía del todo estable sobre las piernas.

La estación de la ópera ya tenía algo especial, porque, a diferencia de las otras, menos representativas, contaba con dos hileras de columnas que no estaban pintadas de verde, sino de marrón. Bajó del tren, subió las escaleras, maldijo el calor que volvió a envolverlo al instante y se dio sombra a los ojos con la mano protegiéndolos del sol turbio de la tarde.

Aunque la música lo dejaba frío, el edificio de la ópera, con su arquitectura neorrenacentista, sus balcones, sus columnas de granito y sus esculturas, siempre le quitaba el aliento. También la estatua de Liszt, ante la que ahora estaba de pie, lo conmovía profundamente, aunque no tuviera en la cabeza ni una sola pieza del compositor. No se trataba de su música ni de él como persona: aquel genio inquieto y ávido de fama que, en tiempos de *lisztomanía*, como Heinrich Heine denominó el fervor europeo por el virtuoso del piano, había tenido que comprarse un perro con el pelaje del mismo color que su propio cabello para satisfacer el deseo de sus admiradoras de tener un rizo suyo, podría haber pasado a su lado sin que Pista se hubiera vuelto hacia él; lo que le conmovía era sólo lo que la estatua le daba a Liszt: una vida más allá de la muerte.

Ignoraba de dónde le venía esa fascinación, pero hacía mucho tiempo que la relación de las cosas con la fugacidad lo obsesionaba. Siempre lo había rodeado la muerte. Por un lado, la concreta, a la que habían sucumbido sus abuelos y sobre la que sólo se guardaba silencio; por el otro, la abstracta, que abarcaba la caída de la

monarquía, el declive de la aristocracia y la desaparición de los valores tradicionales sobre los que se sustentaba su mundo.

El resto de la tarde lo empleó en caminar hasta la plaza de los Héroes, sudar el alcohol, sentarse a la sombra en el parque de la Ciudad y finalmente coger el metro hasta la calle Váci. Cuando ya estaba delante del número 24, aún le quedaban quince minutos, así que, paseando arriba y abajo en la esquina, intentó convencerse de que sólo en ese escaparate frente al que acababa de pasar parecía un loco.

De pronto, algo cayó sobre los adoquines, justo a su lado, haciendo un ruido sordo que sonó como si algo se rompiera.

Se estremeció y, después de soltar un breve grito, miró de inmediato a su alrededor, con miedo a que Matilda pudiese reaparecer en su vida en un momento tan embarazoso, y después bajó la vista aliviado hacia lo que tenía a sus pies. Era una paloma. Echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo, como si esperara encontrar una nube oscura de la que pronto caerían más palomas. Pero el cielo era de un azul lechoso y, salvo por algunas franjas de nubes, estaba despejado; no se veían más palomas.

Pista se agachó y vio que seguía viva. Estaba de lado, con las patas rojas agarrotadas, las alas plegadas. Tenía la cabecita redonda apoyada en el suelo, el ojo de color ámbar que él podía ver lo miraba con atención, y no hacía el menor amago de huir. Le costaba tanto respirar que todo el cuerpo subía y bajaba. Parecía una persona acurrucada y sola, llorando en plena noche la muerte de un ser querido.

Como no sabía qué hacer, no quería tocar la paloma por los posibles gérmenes y las campanas de la iglesia acababan de dar las ocho, la dejó allí, pero se prometió que más tarde se ocuparía de ella.

Lo habían dejado entrar a pesar del cuello de la camisa empapado de sudor amarillento, de la chaqueta arrugada y de su estado de nervios; bastó con que dijera su apellido. Ahora estaba sentado en la buhardilla de Dora, en la única silla que había, esperando a que ella volviera con el té sin el cual ella le había dicho que no iba a hablar. La habitación era pequeña y apenas tenía muebles. Dora dejó la tetera y las tazas de porcelana en la mesita de noche que había colocado entre la cama y la silla en la que él estaba, y se sentó en el borde de la cama.

—Aún recuerdo bien cómo Matilda me daba la lata día sí y día también, rogándome mañana y tarde que por favor la dejara ir a hablar con usted. Sabía, por supuesto, que yo no podía permitirlo: su madre me habría despedido de inmediato.

Cogió la tetera, primero le sirvió a él y después se sirvió ella misma, y bebió un sorbo. Pista hizo lo mismo, pero se quemó la lengua y tuvo que contenerse para no escupirle el té caliente a la cara.

—Pero yo entendía a la niña. ¡Vaya si la entendía! Ustedes, los jóvenes, se olvidan muy fácilmente de que nosotros también hemos sido jóvenes. No pueden imaginárselo, pero también hemos sido ingenuos, y hemos estado perdidos y nos hemos enamorado. Por

eso les permití despedirse, pero eso no hace falta que se lo recuerde.

Pista asintió con prudencia. No quería interrumpirla porque estaba hablando de Matilda, a la que con cada palabra anclaba un poco más en el mundo real, un mundo del que había ido alejándose durante los años que él había pasado en el castillo del bosque, donde nadie sabía de su existencia.

—El comienzo de la guerra fue terrible, Matilda lloraba y lloraba. Pero con el tiempo se recuperó, volvió a comer bien después de varios meses a base de sémola con leche y dejó de quedarse dormida constantemente en el colegio. Pero algo había cambiado, algo se había perdido o apagado. Sólo estaba contenta cuando se encendían las farolas de la calle, ése era el instante más hermoso del día. Cuanto más se alargaba la guerra, más callada se volvía. Pero también la señora y el señor Telkes empezaron a preocuparse. Si bien al principio estaban convencidos de que el Gobierno no entregaría sin más a los judíos húngaros a los alemanes, después empezaron a tener dudas.

Pista sintió una náusea.

—¿Matilda es judía?

Dora lo miró, sorprendida y triste.

—¿No lo sabía?

Él negó con la cabeza.

—La familia Telkes es de origen judío, pensé que lo sabía.

—Nunca se me pasó por la cabeza. Probablemente ya tenía bastante con estar enamorado.

—Probablemente —dijo Dora—. Con Kállay no les fue tan mal. Pero cuando los alemanes ocuparon el país y Sztójay pasó a ser

primer ministro, eso cambió. A finales de marzo, cuando el Gobierno ordenó llevar la estrella a los judíos, cerraron el negocio del señor Telkes. Para entonces ya le habían confiscado, robado, sus bienes. Yo tuve que irme, después de doce años trabajando para ellos. Por suerte, en esta casa acababan de despedir a la criada judía. Pero echaba de menos a Matilda, estaba muy preocupada. A principios de mayo, el señor Telkes empezó a hacer cola cada mañana frente a la embajada suiza, con la esperanza de conseguir tres salvoconductos. Pero todas las tardes volvía sin ellos. En verano conocí a un hombre que falsificaba esos salvoconductos. Así consiguieron una plaza en la «casa de cristal» del vicecónsul suizo, Carl Lutz. Yo los visitaba a veces, les llevaba comida y chocolate para Matilda, si tenía la suerte de conseguir un trozo.

Dora sonrió.

—Cuando trabajaba en su casa, Matilda iba todos los días a la despensa a por un trocito de chocolate. Creía que no me daba cuenta, pero lo cierto es que la quería demasiado para delatarla.

Pista también sonrió, pero después, poniéndose serio, preguntó:

—¿Y dónde está ahora?

Dora se miró las manos. Luego siguió:

—La noche de fin de año un grupo de miembros de la Cruz Flechada irrumpió en la casa de cristal en busca de judíos con papeles falsos. Los asesinaron a tiros a los tres.

Pista la miró, pero ella no levantó la vista. Del piso de abajo llegaban voces. Los hombros de Dora temblaban. A él le vino a la mente la paloma. Se levantó, se abrochó la chaqueta y dijo:

—Gracias. Y gracias también por el té.

Abrió la puerta, salió, cerró tras de sí y se quedó un momento en el descansillo. Abajo, las voces; a su espalda, los sollozos de Dora. Bajó y salió del edificio sin despedirse. La paloma ya no estaba. Caminó por las calles. La gente con la que se cruzaba se lo quedaba mirando. Debo de parecer un loco, pensó, sin advertir que le caían lágrimas por la cara.

Huyendo de las miradas, entró en un parque donde, bajo el denso dosel de hojas de los almezos, reinaba la oscuridad, pese al cielo aún claro de la tarde. Se dejó caer en un banco, apoyó los codos en los muslos y vomitó.

LOS HERMANOS

42

En una de las pocas tardes sin lluvia del final del verano de 1948, el crujido de la grava quedó ligado, para Pista, a una sensación de pérdida que arraigó en él de tal forma que no se deshizo de ella hasta el final de sus días. Años después, cuando ya vivía en Zúrich, renunció a su primer piso propio porque la ventana de su dormitorio daba a un parque cuyo suelo de grava, donde jugaban a la *boccia* los viejos italianos llegados a Suiza cincuenta años antes para construir el túnel del Simplon y otros grandes proyectos, se rastrillaba cada mañana y el ruido lo sumía en tal melancolía que le costaba salir de la cama.

Aquella tarde de 1948, Pista estaba leyendo en una tumbona junto a la piscina. Como las nubes oscuras se habían disipado antes del mediodía y no sabía en qué emplear la tarde del domingo, había mandado al criado sacar los muebles de jardín.

Su padre le había propuesto salir a cabalgar, pero los campos y los prados estaban tan mojados después de semanas sin parar de llover que los caballos se habrían hundido a cada paso, y el aire estaba infestado de mosquitos que se les habrían echado encima de inmediato.

El efecto que le producía la novelita se intensificaba por el olor a hierba húmeda elevándose bajo el pesado sol, por el canto perdido

de un mirlo que sonaba en el jardín vacío y por el aire inmóvil y cálido. Las sensaciones del pobre desventurado Gustav von Aschenbach, que renunciando a sí mismo, a su vida y a todos sus valores, hambriento de amor y enfermo, vagaba por las callejuelas de una ciudad podrida y hundida en el mar, se mezclaban con las suyas.

Pero entonces el repentino crujido de la grava le hizo levantar la vista. Le sorprendió no ver ante sí Venecia, sino la superficie del agua de la piscina. Aunque su padre estaba en casa y no esperaban visita, no se preguntó quién podía ser.

Sin embargo, a los dos minutos la criada cruzó corriendo el jardín hacia él y, resbalando en el césped mojado, le dijo agitada y sin aliento:

—¡Han llegado los comunistas! ¡Tenemos que irnos!

Pista la miró como si se lo hubiese dicho en ruso, así que la muchacha lo repitió, aunque él lo había entendido. Estaban preparados, desde su huida a casa de los Fekete habían contado con ello. Aun así ocurrió de improviso y les golpeó como un mazazo.

Pista se levantó sin decir nada y, como si lo guiara una mano extraña, se dirigió al castillo. Los dos funcionarios estaban sentados en el salón, cada uno con una taza de café delante. Probablemente habían tenido el descaro de pedirlo.

Llevaban uniformes impecables y no parecían llenos de odio ni especialmente malvados. No debía de ser su primera expropiación, pues la indiferencia que mostraban entre todas esas riquezas, que a primera vista no les impresionaban en absoluto, sólo podía ser fruto de la rutina. Tal vez tuvieran tan interiorizado el ideal comunista que el lujo ya no significaba nada para ellos. Pero Pista lo dudaba: los

rasgos campesinos, aún notables pese al uniforme, indicaban que llevaban toda su vida soñando con una existencia como la que llevaba su familia.

Les dieron una hora para hacer las maletas. No podían llevarse las joyas, la plata ni los cuadros. Los muebles, las tierras y los animales que vivían en ellas eran ahora propiedad del Estado.

Pista dejó allí sentados a los funcionarios, subió a su habitación y se dejó caer en la cama. Miró fijamente al techo. Se preguntó qué debía meter en la maleta. Tenía muchas cosas —tantas que a veces había pensado que moriría ahogado en ellas—, pero la mayoría de esos objetos le daban igual. Lo que de verdad le importaba era el bosque, el castillo, el jardín, su caballo, la biblioteca y sus libros, el piano en el que tocaba su madre y los campos sobre los que salía y se ponía el sol.

En el pasillo, frente a su habitación, oía a su familia y a los criados correr de un lado a otro. Estaban ocupados metiendo todo lo que podían en las maletas, sin olvidar nada. Él seguía tumbado, mirando el techo. Escuchaba los pasos, las voces excitadas, el canto del mirlo.

Diez minutos antes de tener que irse, por fin se puso en marcha, abrió la maleta y metió camisas, trajes, pantalones y corbatas.

En el salón les hicieron abrir las maletas. Los funcionarios las revolvieron con las manos, que a Pista le parecieron toscas, aunque no lo eran, y buscaron joyas y otros objetos de valor que hicieron desaparecer en sus bolsillos sin comentarios. Por último, le preguntaron al barón por su anillo de sello y él contestó que lo había

perdido. Como no le creyeron, revisaron su maleta una vez más y entre la ropa interior encontraron un par de gemelos de mucho valor y se dieron por satisfechos. Lajos se había tragado el anillo.

43

La expropiación se había ejecutado tan rápido que pasaron meses hasta que Pista comprendió lo que había ocurrido. Una hora, sólo eso necesitaba el nuevo Estado para quitárselo todo a la gente. Aquella misma tarde se habían subido al tren que iba a Budapest, se habían sentado en silencio en su compartimento de primera clase y habían mirado por la ventana hacia la oscuridad cada vez más densa. En la estación se apearon del tren y el escaso equipaje y el aire templado les recordaron que ahora todo era distinto: el otoño aún no había empezado y esta vez no volverían al castillo en cuanto las prímulas florecieran en los parques de la ciudad.

Nada más bajarse, en pleno andén, Lilly empezó a llorar delante de todo el mundo. Aquello les resultó embarazoso, pero intentaron consolarla como pudieron mientras ellos mismos contenían las lágrimas.

Pista no estaba triste, o al menos no del todo. Sabía que debía estarlo, y de hecho actuaba como si lo estuviera, pero sólo por consideración hacia los demás. La expropiación aún era tan incomprensible que sólo le producía asombro, y el viaje en tren le había parecido un largo sueño.

Ahora, en el vestíbulo de la estación que tan bien conocía, aquella sensación empezaba a remitir. Le gustaba estar en Budapest,

aunque la ciudad ya no fuera la misma desde la tarde de junio en la que había hablado con Dora. La vista de sus colinas, del Danubio, de sus edificios y campanarios, lo puso melancólico, pero al mismo tiempo disfrutaba de ese dolor que le recordaba una y otra vez a Matilda.

Pista tampoco sintió nada cuando entraron en la casa oscura, encendieron las luces y quitaron las fundas a los muebles. Se sentó, como Imre, en una butaca del salón, fijó la vista en un punto de la pared y no la apartó hasta que se fue a la cama. Allí se quedó despierto hasta el amanecer.

No entendieron lo que la expropiación significaba realmente hasta que se dieron cuenta de que tenían que buscar trabajo. Las tierras que habían administrado siempre ya no eran suyas, les habían confiscado el ganado y se había nacionalizado la fábrica de motores de combustión.

Gracias a sus numerosos contactos, Lajos no tardó en conseguir un buen puesto en una fábrica de telas y Pista un contrato en prácticas en una prestigiosa aseguradora, pero no eran precisamente felices en el trabajo. Echaban de menos el trato personal, a los campesinos que habían trabajado para ellos y los respetaban, el lugar donde habían pasado la mayor parte de su vida. Echaban de menos el castillo del bosque.

Días después de la expropiación, Lajos llamó a su hermana a Estados Unidos. Apenas hubo pronunciado la mala noticia, ella

empezó a llorar, cosa que a él le sorprendió por varias razones. Primero, porque a Ilona nunca le había gustado el castillo del bosque; al contrario, siempre había querido dejarlo atrás. Segundo, porque la conferencia de tres minutos con Estados Unidos costaba una fortuna y ella la malgastaba llorando. Tercero, porque se encontraba en la otra punta del mundo y su llanto viajaba hacia él a través de miles de kilómetros de cables submarinos. Y por último, porque se imaginaba todo el rato a un funcionario de la ÁVO, el aparato de Seguridad del Estado, sentado en una centralita mientras escuchaba, algo abochornado, cómo Ilona lloraba y lloraba.

A medida que se acostumbraban a su nueva rutina, la idea del funcionario que lo escuchaba todo se volvió persistente. Lajos no lograba quitárselo de la cabeza. En cada transeúnte, en cada mirada que se encontraba con la suya, creía ver un confidente. A los compañeros y obreros de la fábrica de telas los consideraba, sin excepción, comunistas.

La expropiación lo había conmocionado, haciéndole suspicaz a toda esa paranoia que, sin embargo, se alimentaba por las detenciones aparentemente arbitrarias que sufrían amigos, conocidos y vecinos de la familia. Una noche, tras la enésima desaparición de un conocido, Lilly se encontró a Lajos bajo la cama de matrimonio. Lanzó un grito, creyendo que había sufrido un infarto. Pero él estaba buscando micrófonos.

—Ves fantasmas —dijo Lilly.

Pero el barón no tenía ninguna duda de que en su piso había micrófonos y de que los estaban espiando. Por eso evitaba cualquier

comentario político, se llevaba el dedo a los labios en cuanto alguien insinuaba la menor crítica durante la comida, e incluso de vez en cuando —en voz alta, con claridad y sin venir a cuento— dirigía algún cumplido al Gobierno o a la Unión Soviética. Además, se compró *El manifiesto comunista* y todas las noches, en cuanto Lilly se metía en la cama, lo cogía del perchero de la entrada y lo dejaba sobre la cómoda que había al lado de la puerta, para que los funcionarios de la ÁVO, si se presentaban por la noche, lo vieran nada más entrar. Por la mañana volvía a esconderlo entre los sombreros, para que su familia no descubriera lo oportunista y cobarde que era.

Las detenciones, en las que los funcionarios sacaban a la gente de la cama a golpe de timbrazo, seguían siempre el mismo patrón: un GAZ-M20 Pobeda negro se paraba delante de la casa, dos hombres con uniforme azul se bajaban, llamaban al timbre, entraban en la casa o en el piso, sacaban a alguien y se marchaban. Diez minutos, sólo eso necesitaba el nuevo Estado para hacer desaparecer a la gente.

44

Tres años más tarde, cuando un Pobeda negro reluciente paró al fin frente a la casa, *El manifiesto* no estaba sobre la cómoda. Tampoco era de noche, sino una radiante mañana de marzo. Por eso Lilly, que no había visto el coche, se asustó al abrir la puerta y ver a dos funcionarios con el uniforme azul. Siempre se decía que llegaban por la noche.

Uno de los funcionarios, un hombre alto y delgado, con gafas sin montura, que habría pasado antes por un intelectual que por un verdugo armado de la policía política, a la que Rákosi, el dictador que se definía a sí mismo como el mejor alumno de Stalin, llamaba cariñosamente el «puño del Partido», dijo tras un escueto saludo:

—Ya sabe cómo funciona esto, señora Lázár. En veinticuatro horas tienen que estar fuera. Ahora vamos a dar una vuelta por la casa para elaborar el inventario del mobiliario y los objetos de valor. Mañana a esta hora vendremos a recogerles y se les trasladará a una granja en el este del país, cuya ubicación exacta desconozco. En cuanto al señor Imre Lázár, que, según veo en los documentos, padece una enfermedad mental, ya está todo dispuesto: ingresará en un sanatorio psiquiátrico.

Lilly sintió cómo se le iba la sangre de la cabeza. Se apoyó en la cómoda y pensó en todas las situaciones en las que había hablado

mal del régimen. ¿Habían sido demasiado imprudentes? ¿Tenía razón Lajos, después de todo? ¿O es que en un sistema así, en una sociedad así, tarde o temprano acababa tocándole a todo el mundo?

—¿Y después qué? —preguntó, cuando recuperó la voz.

Los funcionarios la miraron perplejos.

—¿Cómo que «y después qué»? —preguntó el intelectual.

—¿Qué será de nosotros? En la granja.

—Nada. Aprenderán lo que es trabajar y servir al pueblo.

Lilly sintió unas ganas horribles de vomitar. Le habría gustado echárselo todo al funcionario en sus bien lustrados botines y en sus pantalones azules. Desde que les habían quitado el castillo del bosque, palabras como «pan», «trabajo» y «revolución» le revolvían las tripas.

Mientras los funcionarios aún recorrían la casa, Lilly llamó a Lajos y a Pista para que se pusieran manos a la obra. Eran las diez, en veintitrés horas tendrían que estar fuera. En veintitrés horas serían aristócratas sin propiedades, obligados a trabajar en los campos, en algún lugar del este, hasta que la columna vertebral se les encorvara y torciera lo suficiente como para que sólo pudieran verse los propios pies.

Cuarenta y cinco minutos después, al llegar a casa, lo primero que hizo Lajos fue sacar *El manifiesto* de debajo de los sombreros, ir al salón, abrir una de las altas ventanas de arco y tirar el libro al Danubio. Lilly, sentada en el sofá con la cara enrojecida y los ojos hinchados de llorar, lo miró atónita. El barón entró en el dormitorio común sin decir nada y rebuscó en el cofre donde guardaba sus

objetos de valor, que desde la expropiación del castillo tenía escondidos en un lugar que ni siquiera Lilly conocía. Había sido una suerte tener sólo una parte de esas joyas en el castillo, pero ahora se enfrentaba al mismo problema.

Como los funcionarios no habían encontrado el cofre, la cuestión era qué hacer con él. Lajos pensó en enterrarlo detrás de la casa, en el parque, pero recordó las decenas de miles de personas que habían muerto en la batalla por la ciudad y a las que habían enterrado a toda prisa en los parques, así que descartó el plan por miedo a encontrarse con huesos pálidos o cráneos desnudos. Llevar los anillos, relojes y gemelos a casa de un amigo tampoco era posible, pues todos sus amigos eran aristócratas o empresarios a los que tarde o temprano expropiarían y deportarían también. Además, no cabía duda de que los funcionarios sospecharían si no encontraban ningún objeto de valor.

Sólo le quedaba la táctica que había puesto en práctica en la primera expropiación: tragárselo todo. Recordaba con sumo disgusto la sensación de rebuscar en su mierda el sello de oro de su padre, pero tragárselo había sido sorprendentemente fácil, así que confiaba en poder hacer que le bajaran por el esófago piezas más grandes y macizas.

Los Lázár pasaron la tarde sentados en silencio en el salón, con la mirada perdida. ¿De qué iban a hablar? Las cosas cotidianas, que hasta hacía pocas horas les habían parecido importantes, algo digno de preocupación, habían perdido de golpe toda su relevancia, y las palabras de todos los días, las que les resultaban familiares y que tal

vez les habrían aportado algún consuelo, eran ahora demasiado banales para comprender la situación. Porque no estaban tristes, furiosos, asustados ni conmocionados, sus sentimientos iban mucho más allá de eso.

Durante la cena, sólo el tintineo de la vajilla y los ruidos que hacían al masticar interrumpieron el silencio. Pista pensó que así debía de haber sido el ambiente durante la última cena, después de que Jesús anunciara que uno de los que se sentaban a la mesa lo traicionaría.

Después de cenar, se metieron en la cama por pura costumbre, con la esperanza de conservar al menos un mínimo de normalidad. El sueño no llegó.

45

Durante los meses de invierno, Eva tenía que decidir cada mañana entre el frío y el pene erecto de él. A primera hora de la mañana, cuando la estufa, colocada entre la cama donde dormían sus padres y el colchón en el que se acostaban ella y Pista, se había apagado, hacía tanto frío en el cuarto que uno podía ver su propio aliento, así que lo único que ayudaba a no empezar el día aterido era calentarse mutuamente. Pero si Eva se acurrucaba contra su hermano, a éste se le ponía dura de inmediato.

No sabía si él se enteraba, o si se despertaba cuando ella se arrimaba a él y entonces intentaba sin éxito reprimir la reacción de su cuerpo; nunca hablaban del tema. No se lo tenía en cuenta, sabía que no podía evitarlo y que la excitación no tenía nada que ver con ella como persona, sino solamente con su cuerpo. Después de todo, un ser humano tiene necesidades y en aquella granja era muy difícil satisfacerlas.

Probablemente, Pista no se había acostado con ninguna mujer desde su deportación, porque, a diferencia de ella, evitaba a las campesinas y a las braceras del pueblo de al lado. En realidad, Eva ni siquiera sabía si había tenido relaciones alguna vez; nunca había oído hablar de ninguna chica. Por otro lado, ella era siete años menor y no hacía mucho tiempo que le interesaban esos asuntos.

Hasta un año antes, sólo le daban miedo. Un pene, para ella, no era un objeto de deseo, sino la encarnación del mal, de lo doloroso, de la dominación masculina. Sin duda contribuía la imagen, que no había podido borrar de su retina, de la sirvienta de los Fekete violada.

Un año antes, cuando los deportaron, eso había cambiado debido, por un lado, a un joven de ojos color aceituna y, por otro, a sus padres.

En cuanto al joven, la explicación es fácil: tendría, como Pista, unos veinticinco años, pelo negro, hombros anchos, brazos fuertes y unos ojos estrechos, oscuros como aceitunas negras. Se llamaba Milan y, durante los meses en que les tocó trabajar en los arrozales, lo veía a diario. A veces, en días especialmente calurosos, él se quitaba la camisa y se la ponía sobre los hombros. Tenía la piel bronceada, lo que, junto al pelo negro y los ojos oscuros, le daba cierto aire meridional.

La influencia de sus padres en el descubrimiento de su sexualidad era más extraña.

Tras superar los años de crisis que habían seguido al nacimiento de Pista, habían vuelto a acostarse casi a diario. Ellos mismos se sorprendían de lo mucho que aún se deseaban después de tanto tiempo y de que su vida amorosa hubiera salido indemne de la locura de la época. Gobernaran los nazis o los comunistas, estuvieran en el castillo del bosque, en Hévíz o en la casa de la ciudad, volviera Lajos de la fábrica de motores o de la fábrica de telas, casi todas las noches hacían el amor.

La deportación a la granja, donde tenían que compartir ese cuarto minúsculo con sólo una cama doble, un colchón en el suelo y un

armario, tampoco había cambiado nada. El sueño que, después de trabajar en el campo, vencía a sus hijos en cuanto se acostaban, les daba intimidad suficiente. Pero a veces Eva, que tenía el sueño más ligero que Pista, se despertaba por los chirridos de la cama y los gemidos de sus padres.

La oscuridad de la habitación era tan completa que Eva ni siquiera distinguía las siluetas de sus padres, así que no le costaba imaginar que los ruidos procedían de Milan y de ella. A veces sus padres se susurraban cosas al oído, pero casi todo el tiempo emitían sólo sonidos animales que ella apenas podía identificar; cuando se callaban, Eva se deslizaba en sueños en los que siempre estaba con Milan.

Aunque, para los demás, los días en los arrozales eran un suplicio, Eva disfrutaba de ellos. Era un trabajo duro —había que arrancar a mano los plantones verdes de los campos secos y trasplantarlos al arrozal anegado y cortar con una hoz las plantas amarillas ya maduras y atarlas y trillarlas allí mismo—, pero mientras pudiera ver la cabeza de Milan subir y bajar o contemplar su espalda musculosa, mientras el cielo azul acero y dolorosamente bello se reflejara en los campos inundados y pudiera escuchar a las mujeres del pueblo hablar de sus (casi siempre inútiles y borrachos) maridos, ella estaba contenta.

No echaba de menos la escuela de Budapest, que había podido terminar. Además, le gustaba la gente «sencilla» del pueblo, aunque de sencilla no tuviera nada. Quizá leían menos de lo que ella había

leído, y habrían ido menos años a la escuela, pero eso no los hacía más tontos.

A diferencia de las personas de ciudad, que se habían alejado tanto del origen de la vida y de los cuerpos que la visión del cielo abierto sobre un campo o de un muerto expuesto en un cuarto desnudo que olía a flores y etanol, les provocaba desasosiego, ellos, que aún trabajaban con las manos bajo el sol, tenían un acceso más directo a la existencia.

Por eso a Eva apenas le sorprendió que Milan la apartara una tarde después del trabajo y le preguntara si quería acostarse con él detrás del granero. Sólo un año antes le habría cruzado la cara a cualquiera que hubiese tenido la desfachatez de preguntarle si podía desvirgarla. Pero Milan se lo preguntó con tanta naturalidad, mirándola con aquellos ojos tan abiertos y sinceros, que le resultó imposible enfadarse con él. Además, gracias al trabajo en el campo, había descubierto el placer en su propio cuerpo.

Hasta entonces había considerado su cuerpo un mal necesario, que ejecutaba las órdenes de la mente y se subordinaba a ella. Pero ahora que apenas necesitaba el intelecto, que no tenía que calcular ni escribir, sino tan sólo agacharse y erguirse, agacharse y erguirse durante todo el día, se había dado cuenta de que el cuerpo, probablemente, se las arreglaba mejor sin el intelecto que al revés. Pues ¿qué es un genio con un pulmón enfermo o un tumor en el pecho? Un enfermo, nada más.

Un simple dedo dolorido dificulta seguir un pensamiento complejo, no digamos ya componer una pieza musical o escribir una gran novela. Vivir con un intelecto limitado, en cambio, era fácil, tal vez más sencillo incluso que vivir con un intelecto que abarcase mucho.

A medida que avanzaba el día de trabajo con sus meditaciones, a Eva se le escapaban los pensamientos, independizándose de ella. Casi siempre se centraban en su tema favorito: Milan. Giraban en torno a él, a su cuerpo, su voz, su fluidez de movimientos. Lo desnudaban y recorrían su columna, le subían por el codo y atravesaban la espesura de su vello púbico. Se lo imaginaba besándola en el cuello, la clavícula, los pechos, apartándole la blusa de los hombros y subiéndole la falda.

Sus pensamientos no conocían límites y, una vez que se le escapaban, era casi imposible atraparlos. A menudo no le quedaba más remedio que tomar el camino al cobertizo que había en la linde del campo, a la sombra de un roble, y allí, respirando entrecortadamente por la nariz, deslizar la mano por debajo de la falda.

Aquella tarde miró a Milan de arriba abajo —él le sostuvo la mirada — y asintió despacio. Luego lo siguió detrás del granero.

46

Poco tiempo después de que Eva tuviera su primera relación sexual detrás del granero, en cuya pared de madera las moscas se calentaban al sol de la tarde, un hombre mayor, aquejado cada noche de una sensación de mareo que las tormentas que entraban por el este no hacían sino intensificar, estaba buscando *Las almas muertas* de Gógol.

Llevaba buscando ese libro desde que había oído rugir el primer trueno. Su biblioteca contenía veinte mil volúmenes; no era sorprendente, por tanto, que no lo encontrara al primer intento. Sin embargo, tiempo atrás lo habría encontrado más rápido. Le fallaba la memoria, a diario tenían que recordarle cosas que siempre había sabido.

A última hora de esa tarde, cuando un trueno lejano lo arrancó del sueño, de pronto le había venido a la mente cómo, a los dieciséis años, había leído precisamente aquel libro. Entonces aún vivía en Gori y estaba convencido de que era lo mejor que nadie había escrito nunca.

Ahora, mientras lo buscaba casi sesenta años después, apenas recordaba el argumento ni los personajes. Tenía otros problemas de salud, padecía artritis y arterioesclerosis. Por la noche le dolían tanto las articulaciones —sobre todo las de los dedos de las manos y los

pies— que a menudo pasaba horas en vela. Por el día estaba mejor, entonces podía recuperar el sueño perdido, de ahí que su siesta, en el sofá forrado de rosa del comedor pequeño, hubiera ido alargándose cada vez más.

Sabía que el asunto de su sucesión flotaba en el ambiente, que sus compañeros de viaje, que parecían haberle sido devotamente fieles, sólo estaban esperando a que muriera. Pero no se lo pondría tan fácil. Lo subestimaban, como habían hecho todos a lo largo de su vida.

Pasó a la siguiente fila de estanterías. No podía ser tan difícil; después de todo, había hecho ordenar su biblioteca alfabéticamente. Poco a poco fuera había oscurecido, también por las nubes que ya habían alcanzado el cielo sobre el extenso jardín. Pensó en los médicos judíos cuyas detenciones y torturas ordenaría a finales de año.

Siempre había sido desconfiado —de otro modo era imposible permanecer tanto tiempo en la cumbre—, pero la edad lo había vuelto casi paranoico. Ya no confiaba en nadie: ni en sus sirvientes ni en sus guardaespaldas, tampoco en sus médicos ni en sus camaradas de lucha, ni siquiera en su mujer y en su hija.

Cuando ya estaba tan oscuro que habría tenido que encender una lámpara para seguir buscando su libro de juventud, decidió irse a la cama y pedirle a alguien que se lo buscara a la mañana siguiente.

Salió de la biblioteca, entró en el baño, se desvistió y se puso el pantalón corto del pijama y la camiseta interior con la que dormía,

se cepilló los grandes dientes amarillos y pensó en su madre, a la que su padre también pegaba constantemente.

Luego volvió al comedor pequeño, donde dormía también algunas noches, se tumbó en el sofá forrado de rosa y vio, justo cuando iba a apagar la luz, *Las almas muertas* en la mesilla de noche.

47

Después del trabajo, de pie detrás del granero, con la espalda apoyada en la rugosa pared de madera, con la mirada en las perezosas moscas, recordaba a veces, con una sonrisa, aquellas palabras de su madre, que decía que las personas sólo tenían relaciones sexuales cuando se querían mucho. Ahora sabía que no era verdad, que aquel acto era demasiado pragmático y físico como para estar ligado al amor.

Si alguien hubiera sabido lo suyo con Milan y le hubiera preguntado si lo quería, habría dicho que no sin dudarlo. Era demasiado guapo, demasiado perfecto para que ella lo quisiera.

Si alguien la hubiera visto detrás del granero y le hubiera preguntado si estaba enamorada de él, habría dudado, habría balanceado la cabeza de un lado a otro, habría reflexionado sobre la pregunta y luego habría dicho también que no.

Desde que se acostaba con él, se sentía más segura de sí misma, como si hubiera necesitado la confirmación de que alguien la deseaba para sentirse con derecho a vivir. A veces se preguntaba si a Milan le pasaría lo mismo. Tenía dudas. Él se movía por la vida con una naturalidad que parecía surgir por completo de sí mismo.

Pero Eva sabía que también tenía que ver con su mundo, con la forma en que él vivía. Nunca se había mudado, nunca había tenido

nada que pudieran quitarle, sólo había estado dos veces en Budapest, siempre había trabajado para otros y estaba seguro de que así seguiría siendo.

Al mismo tiempo, era un joven que podía hacer y dejar de hacer lo que quisiera, que no tenía que cumplir ninguna expectativa y que podía casarse con cualquier mujer del pueblo.

Cuando, aún con el regusto salado de él en la boca, lo veía alejarse de ella, pedaleando de vuelta a casa en su bicicleta roja, le parecía que era alguien muy feliz. Y que probablemente ni siquiera lo sabía.

48

Aunque estaba acostumbrado al vino georgiano, que bebía en ingentes cantidades pese a que los médicos le habían recomendado moderarse, se sentía muy borracho cuando acompañó a sus invitados a la puerta a las cuatro de la mañana. Tenía náuseas y mareos, veía el rostro de sus camaradas por duplicado y sentía que la cabeza le iba a explotar de un momento a otro.

Ellos se pusieron los abrigos y se despidieron. Él les dio la mano, apretando de más para que no se le notara el agotamiento. Sólo esperan tu muerte, pensó mientras les estrujaba las manos. Sólo esperan que aflojes el puño, el puño de acero de Stalin, y que llegue su momento.

Nueve horas después, sobre la una de la tarde, los guardaespaldas deliberaban en la casa del servicio sobre qué debían hacer. Por lo general, Stalin se levantaba hacia el mediodía, daba igual lo tarde que se le hubiera hecho la víspera o cuánto vino hubiera bebido. Pero aquel día no se veía el menor movimiento tras las ventanas de su dacha, y tampoco había llamado a nadie. Aun así, ninguno se atrevía a mirar; una torpe intromisión en su privacidad podía significar la muerte.

A las nueve de la noche, el teniente coronel Losgatschev y su superior, el coronel Starostin, discutían sobre quién debía ir a ver qué pasaba.

—Usted es el superior, así que debería ir —dijo Losgatschev.

El coronel Starostin, que se iba poniendo más pálido a medida que pasaban las horas, negó enérgicamente con la cabeza.

—Eso no va a suceder —dijo—. Tiene que ir usted.

—¿Por quién me toma? ¿Por un héroe? —respondió Losgatschev.

Starostin miró hacia la dacha. Tres horas antes, la luz del comedor pequeño se había encendido, pero no había pasado nada más.

El coronel, con dedos temblorosos, le ofreció a Losgatschev un cigarrillo y, como si se tratara de una batalla importante, dijo:

—Elaboremos un plan.

A las diez de la noche se habían fumado toda la cajetilla y seguían sin plan, cuando de pronto, con la llegada de la correspondencia del Comité Central, al coronel Starostin se le ocurrió la idea salvadora.

Las tareas de Losgatschev incluían llevarle el correo a Stalin. Con ese pretexto debía entrar en la dacha y comprobar si todo iba bien.

El teniente coronel se apretó con las manos húmedas el correo contra el pecho, recorrió el corto camino hasta la dacha y entró vacilante, haciendo todo el ruido que pudo para no sorprender al señor de la casa.

El vestíbulo y la mayoría de los cuartos estaban a oscuras; sólo había luz en el comedor pequeño. Con cautela, Losgatschev fue hacia allí, seguido por el miedo a que Stalin saltara sobre él de improviso.

Entró en el comedor pequeño... y se quedó paralizado del susto.

El Inmortal, en pantalón corto de pijama y camiseta interior, yacía sobre la alfombra frente al sofá. No podía hablar, pero estaba consciente. Había un libro junto a él, una botella de agua mineral en la mesilla y una mancha oscura en el pantalón: Stalin se había meado encima.

Los guardaespaldas pusieron a Stalin en el sofá del comedor grande, ya que estaba mejor ventilado. Losgatschev montó guardia, con el correo aún apretado contra el pecho.

Sobre las siete de la mañana llegaron por fin cinco médicos, después de que los altos funcionarios, los mismos con los que Stalin había estado bebiendo hasta altas horas de la madrugada anterior, hubieran ido y venido varias veces sin dar órdenes claras.

A los médicos les temblaban tanto las manos que ni siquiera podían desabotonar la camisa que le habían puesto al Inmortal. Aquélla tampoco era su especialidad: eran dentistas, cirujanos de la mano o simples médicos de familia. Los especialistas eran judíos y, según lo ordenado, se los estaba torturando en las cárceles.

Stalin tenía los ojos cerrados. Oía a los médicos susurrar palabras, pero no los entendía. En su mente seguía tendido sobre la alfombra, frente al sofá forrado de rosa, con *Las almas muertas* de Nikolái Gógol a su lado. Y mientras las voces se alejaban cada vez más, mientras él se hundía cada vez más en los cojines, de pronto

recordó, palabra por palabra, el enigmático final de aquel libro de su juventud.

49

A finales del verano de 1953, cuando la aristocracia pudo volver a las ciudades bajo el gobierno de Imre Nagy, que había sustituido al terrible Rákosi como primer ministro, la alegría de los Lázár (de todos menos de Eva, que iba a echar de menos a Milan y la vida sencilla de la granja, donde no existía nada más que el presente) fue inmensa.

Pero la decepción que los esperaba en Budapest fue aún mayor.

La ciudad que, en el momento de su deportación, aún intentaba resistirse al dominio comunista, ya no existía. Stalin la había hundido en la arena, apretándola con la rodilla, hasta dejarla sin respiración.

Aunque con Jruschov y el nuevo primer ministro húngaro fueran a llegar otros tiempos, nadie pensaba restaurar las estructuras feudales. Después de todo, Imre Nagy había introducido la reforma agraria mediante la que se expropió a los aristócratas y grandes terratenientes.

La casa de la ciudad seguía siendo propiedad del Estado, así que los Lázár tuvieron que alquilar un piso. Estaba cerca del antiguo barrio judío, y desde la ventana del dormitorio paterno se veía el muro del gueto, del que quedaban partes en pie. Debajo de la vivienda había una tiendecita de comestibles regentada por un turco

con un antepasado que había luchado contra Hayo Lázár en la batalla de Szigetvár.

Para llegar a la vivienda había que atravesar aquel local oscuro, cuyas estanterías estaban llenas de sandías, dátiles, *baklavas* y otros dulces turcos. Al final de los estrechos pasillos forrados de estantes, se encontraba la escalera con humedades y la barandilla desvencijada.

El piso consistía en un vestíbulo diminuto, una cocina, una habitación de paso, tan estrecha que apenas merecía el nombre de «habitación», y el dormitorio de los padres. La habitación de paso era del tamaño justo para encajar un sofá cama donde dormía Eva. Pista dormía en la cocina, por eso olía siempre a aceite de freír y grasa.

A las cuatro de la mañana Pista recogía su somier plegable, lo guardaba bajo la mesa de la cocina donde cenaban por la noche, se aseaba en el baño mohoso del final del pasillo, que compartían con otros inquilinos, se vestía e iba a la panadería en la que trabajaba por las mañanas.

Durante tres horas, amasaba y metía pan en el horno. Después se quitaba el delantal, se sacudía la harina de la ropa y se dirigía al laboratorio químico en el que trabajaba el resto del día.

Lajos trabajaba en correos, por la mañana repartía cartas y después las clasificaba. Le daba tanta vergüenza tener que ganarse la vida como cartero que su ronda por el barrio era un periplo diario por el infierno. Hacía el trabajo de clasificación en el sótano del edificio de correos, así que, durante los seis meses que duraba el invierno y el

sol no salía hasta después de su ronda, estaba tan pálido como el día en que nació.

En tales circunstancias, no era de extrañar que Lajos cayera en una depresión. Pero el presente no era el único responsable, también lo era el pasado: cada noche, al bajar las persianas, veía el muro del gueto. Cada noche se le recordaba el cortejo fúnebre judío en Pécs.

Aunque durante años había justificado su comportamiento en la guerra, invocando siempre a Edmund Pontiller, ahora, al ver que pese a sus esfuerzos lo habían perdido todo, comprendía que no había disculpa posible para lo que había hecho. No era ni un poco mejor que aquellos oportunistas que, tras la expansión del dominio soviético, de repente se habían proclamado fervientes comunistas. Después de todo, él también tenía *El manifiesto* en la cómoda de la entrada.

La decepción por su nueva vida en la ciudad fue convirtiéndose tan poco a poco en depresión que Lajos tardó en darse cuenta de lo que le pasaba. Sólo cuando Lilly le dijo una noche que hiciera el favor de lavarse antes de meterse con ella en la cama, reparó en el tiempo que llevaba sin asearse y en cuánta energía y fuerza de voluntad le costaba hacerlo.

En el baño le vinieron a la mente muchas cosas que había descuidado los últimos tiempos. Entre otras, apenas comía, nunca se reía y había dejado de asistir a los encuentros semanales de los aristócratas desposeídos. Pero reconocer sus sentimientos no cambió nada: siguió arrastrándose, lleno de vergüenza y pesadumbre, por el día a día.

Eva comprendía a su padre, pero lo despreciaba. En lugar de mirar hacia delante o adaptarse, simplemente se rendía y actuaba como si sólo él sufriera. Como si fuera el único que lo había perdido todo.

Ella, en cambio, se rebelaba y protestaba contra el sistema leyendo libros prohibidos de Kafka, de Beauvoir y de Woolf. Además, todos los jueves y sábados iba al Sótano.

El Sótano era el lugar donde los jóvenes aristócratas quedaban para fumar, bailar, jugar al bridge y debatir. Las conversaciones solían girar en torno a los libros prohibidos, que se intercambiaban entre ellos, o a cómo derrocar al régimen.

János, el mejor amigo de Pista, era el dueño del Sótano y quien organizaba los encuentros secretos. Se ganaba la vida como especialista de cine, por lo que siempre tenía buenas historias que contar. Su proeza más arriesgada había sido un salto desde el puente de las Cadenas, un lance en el que casi se ahogó y en el que su caballo, de hecho, se ahogó.

Eva pasaba los días leyendo. Le habría gustado estudiar, pero como era aristócrata no se lo permitían. Así que los libros eran su universidad, y Simone de Beauvoir y Virginia Woolf, sus profesoras favoritas. Las dos parecían comprenderla como nadie y, al mismo tiempo, desentrañaban el constructo que era el mundo.

Le habría encantado tatuarse la frase de Beauvoir que decía: «No se nace mujer, se llega a serlo.» También por eso despreciaba a su padre, porque él, al fin y al cabo, vivía como hombre en ese sistema, mientras que ella, por ser mujer, lo tenía más difícil. Y es que incluso en el comunismo, donde todas las personas debían ser iguales, se hablaba siempre de los trabajadores, mientras que las trabajadoras, las mujeres, contaban mucho menos.

Pero el libro que más le gustaba a Eva, más aún que *El segundo sexo*, era *Una habitación propia*, que había leído una tarde de septiembre en un banco del parque bañado por el sol. Cuando lo cerró y levantó la vista por primera vez en horas, era una persona nueva.

50

Desde que su hermano había llevado a Ákos por primera vez al Sótano y lo había presentado como «el nuevo Petőfi», el poeta nacional de Hungría, Eva hacía cuanto podía por leer algo suyo. Ákos era el único escritor que conocía, aunque no publicaba, cosa que se debía sólo a la censura y no al valor literario de sus textos, como Pista le aseguraba una y otra vez.

Pista y Ákos se conocían del servicio militar, que llevaban medio año cumpliendo. Como eran aristócratas, no les dejaban servir como soldados y tenían que trabajar en una mina de carbón infestada de ratas del tamaño de cachorros de perro que no dejaban de escarbar.

Los fines de semana podían ir a casa, y a veces Pista conseguía arrancar a Ákos de su escritorio y llevarlo al Sótano, pero tenía que desplegar todas sus dotes de persuasión, pues el joven Petőfi estaba enfrascado en su primera gran novela, donde narraba el incesante discurrir del tiempo.

Ákos era rubio y, como Pista, llevaba el pelo rapado por el trabajo en la mina, tenía las cejas oscuras, al igual que el bigote, las orejas un poco despegadas y los ojos tristes, entre verdes y marrones, unos ojos que rehuían siempre la mirada ajena pero que te atravesaban

en cuanto apartabas la vista. Era callado y tímido, participaba en las conversaciones del grupo sólo con alguna sonrisa o un asentimiento, no fumaba, pero a veces bebía tanto que Pista tenía que llevarlo a casa.

A Eva le inquietaba un poco; y aun así, se moría por conocerlo mejor, cosa que no era fácil, pues él, por miedo a hacer el ridículo o a que lo juzgasen, no revelaba casi nada de sí mismo. Tampoco dejaba leer sus textos a nadie; sólo una vez, en la oscuridad de la mina, le había recitado a Pista algunos poemas que a éste le habían bastado para convencerse definitivamente de que el joven autor llegaría lejos.

Ákos, sin embargo, se sentía mucho menos seguro. Lo que escribía le parecía básicamente malo. Ya había tirado al Danubio, por frustración, su primera novela corta. Aun así escribía como un poseso, varias horas al día, incluso después de la mina se ponía a escribir, con la esperanza de lograr poner algún día sobre el papel algo que le dejara satisfecho y perdurara. Eva quería leer algo suyo, también porque desde que había leído *Una habitación propia* de Woolf pensaba mucho en mujeres y literatura. A diferencia de Woolf, sin embargo, más que las escritoras le interesaba la relación de los escritores con sus personajes femeninos.

Kafka, por ejemplo, retrataba a sus personajes femeninos según una imagen de la mujer que contradecía la visión masculina general. Lo cual no significaba que su representación fuera más positiva: las mujeres que describía eran físicamente superiores a sus protagonistas masculinos, incluso violentas, y en general aparecían bajo una luz poco favorecedora.

A veces Eva pensaba que le hubiera gustado nacer cincuenta años antes en Praga, y así habría podido conocer en persona a aquel hombre pálido y delgado, de ojos oscuros y orejas de soplillo, y averiguar por sí misma cómo se comportaba en la vida real con las mujeres y si eso tenía algo que ver con su representación de los personajes femeninos.

Con Ákos se le presentaba ahora, por primera vez, la posibilidad de establecer un vínculo entre la vida real y la literatura; eso si hubiera podido leer la novela que estaba escribiendo.

51

¿Qué hace un escritor, pensaba Eva, sino privar a sus personajes del derecho a su propia autonomía? Les pone guerras en el camino, les inscribe depresiones en el alma o les arrebata el primer amor. Un desequilibrio de poder como entre verdugo y víctima, aunque sólo sea en la ficción. Los personajes no pueden defenderse, el escritor hace con ellos lo que quiere, los hace sufrir y esperar en vano para reafirmar su superioridad.

Ákos no le parecía a Eva alguien interesado en decidir el destino de otros. Era demasiado tímido, demasiado decente, incluso demasiado pudoroso.

A diferencia de los demás jóvenes, sobre todo los que, como él y Pista, salían de la mina y perdían la cabeza al ver una clavícula femenina o un hombro desnudo, él no mostraba ningún interés por las mujeres.

Nunca la importunaba, nunca se quedaba mirándola, no intentaba echar un vistazo a su escote y ni una sola vez le puso siquiera la mano en el antebrazo. Y eso que ella buscaba su cercanía de forma tan evidente que Pista, una noche, mientras se dirigían a su

minúsculo piso por las calles desiertas, le preguntó si estaba enamorada de Ákos.

—Sólo me parece interesante —dijo ella.

—Encontrar interesante a alguien significa lo mismo que estar enamorado de alguien —respondió Pista.

Eva se rió y se quedó pensando si tendría razón. ¿Estaba de veras enamorada de él? ¿Era ésa la verdadera razón de sus acercamientos, y su interés literario un mero pretexto? Luego dijo:

—No conozco a ningún otro escritor; eso es todo lo que tiene de interesante.

János y los demás, en cambio, consideraban a Ákos tan aburrido que ni siquiera el hecho de que escribiese les impedía apartarse de él. Sólo lo toleraban en el grupo porque Pista lo defendía. Si sus libros se hubieran publicado, o siquiera circulado en la clandestinidad, en los ambientes estudiantiles y aristocráticos que se oponían al sistema, al menos podrían haberse jactado de conocerlo. Pero, dadas las circunstancias, sólo era un aristócrata desposeído más, que trabajaba en una mina y lloraba por los viejos tiempos, como todos ellos, incluso los que miraban hacia delante y estaban seguros de que el régimen, algún día —cuando el pueblo se hartara de la vigilancia constante, de la desastrosa economía planificada, del miedo a ser recogido por un Pobeda negro y torturado en las mazmorras de la ÁVO, de la mentira de que en el comunismo todos eran iguales—, caería o se destruiría a sí mismo en su megalomanía. Incluso ellos, los que no habían perdido la esperanza, en realidad no esperaban el futuro, sino la vuelta al pasado.

Por eso daban tanta importancia a los modales, las fórmulas de cortesía, las normas de vestimenta, el tratamiento y los signos gráficos con los que podían distinguirse del pueblo llano, junto al que ahora tenían que trabajar. En sus pisos pequeños y miserables enseñaban a sus hijos a comer sin dejar caer los libros que apretaban con fuerza bajo las axilas. Compraban retratos de antepasados al buen tuntún, donde aparecía gente que jamás había pertenecido a la familia, y los colgaban en las escasas paredes de su vivienda. Las mujeres vestían colores discretos y evitaban todo lo «demasiado»: escotes demasiado pronunciados, tacones demasiado altos, pintalabios demasiado llamativos.

Si los más pequeños de la casa —miembros de la primera generación que ya no recordaba la vida en los castillos— se quejaban de unas reglas de comportamiento demasiado estrictas para la vida sencilla que llevaban, los padres les daban un buen bofetón y decían:

—Es vuestro capital. Cuando nos devuelvan nuestras propiedades, nos lo agradeceréis.

52

Una noche, a principios de octubre de 1956, Eva llegó al Sótano más tarde de lo habitual, cuando Ákos estaba ya bastante borracho. Sentado en una esquina de la sala de techos bajos, observaba una partida de bridge en la que no participaba. Sostenía una copa de champán llena de Unicum y, al ver a Eva, le dedicó una amplia sonrisa.

Tenía mejor aspecto que un año y medio antes, cuando Pista lo había llevado allí por primera vez. Ya habían terminado el servicio militar en la mina de carbón, así que volvía a llevar el pelo largo y peinado hacia atrás. También estaba menos flaco y menos pálido.

Eva respondió con una sonrisa contenida y se sentó con Pista y Kati, que estaban charlando con otra gente; no quería que se dieran cuenta de lo mucho que le interesaba Ákos.

Kati, que parecía salida de un cartel publicitario, siempre la más elegante del lugar, fuese adonde fuese, era el primer amor de Pista después de Matilda. Aunque aún pensaba a menudo en Matilda e imaginaba qué aspecto tendría ahora, a los treinta, como mujer adulta y madre, Pista había decidido que no podía guardar luto para siempre.

Kati era tan distinta a ella que no podía compararlas, y ése era precisamente el rasgo que le permitía quererla. Aunque, en realidad,

la quería menos de lo que la deseaba y la admiraba. Le encantaban su pureza, su estilo y su encanto. También adoraba su piel suave, su pelo rubio, sus pechos pequeños y firmes y sus orejas. Pero era ajeno a todo lo que había bajo esa superficie. No es que no le gustara su carácter o que discutieran todo el tiempo; no era eso. Era sólo que no conocía lo suficiente lo que había bajo la superficie, no lo sentía con la suficiente profundidad como para aferrarse a ello. Si alguien hubiese alterado la forma de sus orejas, habría lanzado un grito; pero si hubiesen cambiado su carácter por otro, no habría sabido qué hacer.

Como tantas veces, estaban hablando del Gobierno y de lo que se podía hacer contra él. Desde que habían destituido a Imre Nagy medio año antes y lo habían sustituido por su predecesor, Rákosi, la situación del país había vuelto a empeorar. Todos conocían a alguien a quien la ÁVO había interrogado sin motivo. A János, incluso, lo habían retenido una noche entera y habían intentado sonsacarle una confesión quemándole con cigarrillos y aplicándole descargas eléctricas.

Cuanto más avanzaba la noche, más borracho estaba Ákos. A diferencia de Pista, que se ponía alborotador y alegre cuando bebía en exceso, el joven Petőfi parecía cansado y triste. Eva ya lo había visto otras veces: era como si la tristeza de los ojos se le extendiera por todo el cuerpo.

Los demás habían dejado hacía rato la mesa de bridge y bailaban, pero él seguía allí sentado, mirando con cansancio el tapete verde. Cuando Eva se sentó a su lado, ni siquiera levantó la vista.

Estuvieron sentados un buen rato en silencio. Eva veía a los otros bailar; Ákos miraba el fieltro verde.

Pasado un tiempo, Pista se acercó, le puso la mano en la espalda a Ákos y le dijo a Eva:

—¿Me harías el inmenso favor de llevar a nuestro Petőfi a casa? La hermana de Kati no está en casa, ¡y eso significa que tenemos la habitación para nosotros!

Eva asintió. Ákos estaba tan cansado y borracho que sería difícil averiguar algo sobre su novela, pero tal vez fuera su oportunidad de conocerlo mejor.

Fuera hacía frío; en los círculos de luz de las farolas brillaban el asfalto húmedo y las hojas marrones. Los tacones de Eva resonaban en las calles vacías. Era como si fueran las únicas personas en la ciudad.

De vez en cuando doblaban una esquina y veían de pronto el castillo, que dominaba la ciudad desde la otra orilla del río. En una ocasión, Ákos tropezó con el borde de la acera; por lo demás, no se lo notaba borracho. Pista la había preparado para ello mientras se ponía el abrigo:

—Quien no lo conozca, no sabe que está borracho. Se comporta como siempre, anda erguido y en línea recta, no balbucea ni insulta a nadie. Pero pierde por completo la orientación. No sabe dónde vive ni dónde está. Aunque jamás lo admitiría, le daría muchísima vergüenza. Preferiría estar toda la noche andando en círculos hasta que se le pasara.

Ahora él iba un poco por detrás de Eva, sólo un paso, lo justo para ver el camino que seguía. Eva se dio cuenta, pero no dijo nada.

Atravesaban en silencio los círculos de luz de las farolas y volvían a desaparecer en la oscuridad. Sus pasos resonaban por las calles. Eran las únicas personas en la ciudad.

Ákos vivía en una habitación individual que formaba parte de un piso, pero en la que se podía entrar directamente desde la escalera. Abrió la puerta despacio y con tranquilidad, la invitó a entrar y le ofreció un vaso de agua. Eva, dándole las gracias, lo rechazó y miró a su alrededor, mientras él se sentaba en la cama y se quitaba los zapatos, lo cual tenía algo extrañamente íntimo.

La habitación era austera y le recordó a la de la granja. Por un instante deseó estar de vuelta allí, no entre los brazos de Milan, bajo el cielo inmenso o detrás del granero, sino exactamente allí, en aquella habitación minúscula en la que habían vivido los cuatro juntos. ¡Qué cosas te hacía echar de menos la nostalgia!

Sobre el cabecero de la cama estaba colgado el retrato de un joven con los hombros desnudos y un collar de perlas, que por las pinceladas toscas recordaba un poco a las pinturas de Cézanne. Junto a la ventana había un escritorio sencillo, repleto de hojas escritas, fotografías y libros.

Cuando Eva estuvo segura de que Ákos había terminado de quitarse los zapatos, volvió la mirada hacia la cama y vio que estaba dormido. Había colgado la chaqueta del poste de la cama y aún llevaba puestos el pantalón, la corbata y la camisa.

Era extraño, pero de algún modo hermoso, estar en aquella habitación ajena y ver dormir a ese hombre del que no sabía casi nada. Escuchaba su respiración y el agua correr por las tuberías en el interior de las paredes. Sobre el escritorio estaban los textos que siempre había querido leer. Sabía que él no iba a despertarse, que jamás se enteraría, y observó su rostro. Tenía dos lunares pequeños, simétricamente dispuestos bajo las dos aletas de la nariz, y una fina cicatriz le adornaba la ceja izquierda. Dormido, parecía un niño.

Salió de la habitación sin haber leído nada. Fuera olía a nieve.

53

Una semana después, Ákos le regaló a Eva una bolsita de almendras garrapiñadas. Las había comprado por la mañana y las había llevado consigo todo el día, preguntándose si debía regalárselas o no.

Llegaron al Sótano casi a la vez y, mientras se quitaban los abrigos, le dio la bolsita y murmuró que lo sentía y que estaba terriblemente avergonzado.

—No tienes por qué estarlo —dijo Eva, después de darle las gracias—. Incluso borracho eres una persona muy correcta.

Ákos sonrió.

Más tarde, tumbada en el sofá de la habitación de paso mientras oía a Pista y a Kati haciendo el amor en la cocina, no podía pensar en nada más que en aquella sonrisa.

Desde que Eva podía imaginarse a Ákos sentado ante su escritorio, creando frase a frase espacios y personajes, su interés por él y por sus textos había aumentado. Pero también la actitud de Ákos había cambiado desde la noche en que ella lo había acompañado a casa.

De pronto le hablaba (aunque siempre con la mirada gacha), buscaba su cercanía e incluso una vez llegó a rozarla con el antebrazo. Además, ya casi no bebía, pasaba casi toda la noche con

el mismo vaso mediado en la mano. Hasta que un día, dos semanas después de la noche que lo había cambiado todo, le dijo a Eva que quería enseñarle un libro, si no le importaba acompañarlo un momento a su casa.

Eva lo miró con sorpresa. Pista ya le había preguntado qué había ocurrido aquella noche, porque Ákos, de pronto, hablaba a todas horas de ella, pero Eva jamás habría imaginado que la invitaría a su casa. Aunque tal vez sólo quisiera enseñarle un libro; ella misma había visto cuántos se amontonaban en su escritorio. Quizá tuviera *El proceso* de Kafka, tan difícil de conseguir. ¿O quizá quisiera darle a leer su propia novela?

Esta vez a Ákos le temblaba la mano al abrir la puerta de la habitación. La invitó a entrar y le ofreció un vaso de agua. Ella le dio las gracias, pero rehusó el ofrecimiento y se dejó ayudar con el abrigo, que él colgó en un perchero junto a la puerta.

Mientras él se quitaba también el abrigo y lo colgaba sobre el de ella, Eva se quedó en el centro de la habitación, preguntándose qué libro de los que había en el escritorio quería enseñarle. De repente sintió su mano en el costado, él la rodeó por la cintura como si fuera lo más natural del mundo, como si siempre, toda la vida, hubiera estado allí.

Se volvió y lo miró asombrada.

—¿Qué haces? —preguntó, pero él no dijo nada.

Tenía la mirada baja, dirigida al suelo, a los ojos oscuros del parqué. Cada ojo representa una rama cortada, pensó ella. Él

guardaba silencio absoluto, como si se hubiera tragado su propia voz.

Pero su cuerpo hablaba, suplía las palabras ausentes. La empujó hacia la cama, sobre el delgado colchón. Acababa de lavar el edredón, que olía a jabón de lavanda. Antes de que pudiera huir rodando o levantarse, él la apretó con todas sus fuerzas con una mano contra el olor a lavanda, con la otra mano se desabrochó el cinturón, se bajó los pantalones y le levantó bruscamente la falda de cuadros.

Once años antes, cuando las tropas del Ejército Rojo entraron en el país arrollando todo a su paso, las violaciones estaban a la orden del día. Se hablaba de millones de mujeres y niñas violadas durante el avance militar hacia el oeste, cincuenta mil sólo en Budapest.

Eva conocía a algunas de esas mujeres, seguramente a más de las que creía, pues en Budapest nunca se hablaba del tema. En el campo, en cambio, las mujeres sí hablaban, al menos entre ellas, mientras trabajaban en los arrozales sin ningún hombre a la vista. Allí maldecían a sus violadores e imaginaban las muertes más terribles para ellos. Algunas hablaban de que su percepción había cambiado mientras las violaban. Habían salido de su cuerpo, de pronto se habían visto desde arriba, como si flotaran junto al techo. Eva tuvo una experiencia distinta. Tumbada debajo de Ákos, no podía abandonar su cuerpo. Al contrario: nunca había sido tan dolorosamente consciente de él.

54

Una semana después, la noche del 23 de octubre, mientras doscientas mil personas se congregaban frente al Parlamento para exigir libertad de prensa y opinión, la restitución del depuesto Imre Nagy como jefe del Gobierno y elecciones libres, Eva estaba tumbada en el sofá cama de la habitación de paso, a oscuras, mirando el cuadrito de la Virgen que colgaba junto al retrato de un falso tío abuelo suyo. Desde que la semana previa, sobre el mediodía, se había despertado sin recordar cómo se había ido de la habitación de Ákos ni cómo había llegado a casa, no podía quitarse de la cabeza la idea de que María, inventándose aquello del hijo de Dios, no había hecho sino ocultar las consecuencias de una violación que, sin tener la culpa, la había despojado de todo su honor.

Por la noche, mientras János y otros manifestantes derribaban y decapitaban la estatua de Stalin en la plaza de los Desfiles, Eva dormía. Desde la semana anterior dormía casi todo el tiempo y sólo se levantaba del sofá para ir al baño. Al principio, la oscura franja azul violácea que el collar de perlas había dejado marcada en su piel la había asustado, pero no tardó en acostumbrarse a ver su imagen cambiada en el espejo.

Dormía mucho, aunque en realidad no estaba cansada; se trataba sólo de que pasara el día. Lajos le llevaba la comida a la cama,

porque su familia creía que había cogido una gripe o algo parecido. Su padre pasaba horas a su lado. Había perdido el trabajo en correos porque en cierto momento ya no era capaz de levantarse de la cama por la mañana. Salía del piso sólo para comprar cigarrillos en la tienda de abajo.

Incluso ahora, mientras el pueblo se levantaba contra el régimen, mientras arrastraban por la ciudad la estatua de Stalin hecha pedazos y el Gobierno daba la orden de disparar contra la multitud reunida frente al edificio de la radio, él seguía en casa.

Antes de que Pista saliera del piso aquella tarde, habían discutido por eso. Pista le había reprochado que fuera un cobarde y un oportunista que nunca tomaba partido hasta que el vencedor se decantaba. En cierto sentido, por supuesto, tenía razón: era un cobarde, un oportunista, pero esta vez no le faltaba valor, sino sólo las fuerzas para hacer lo correcto.

Aunque la noche del 23 de octubre, Imre Nagy todavía pedía a la multitud congregada frente al Parlamento que volviera a sus casas, a la mañana siguiente, para sorpresa de todos, el Comité Central del Partido Húngaro de los Trabajadores lo designó primer ministro. Al mismo tiempo, los disturbios de Budapest se extendían a toda Hungría. Se formaron consejos obreros, revolucionarios y nacionales, y se convocó una huelga general en todo el país.

János fue cofundador de uno de los muchos nuevos periódicos independientes que surgieron, y presionó a Pista para que escribiera de inmediato un artículo sobre el asalto armado al edificio de la

radio, en el que él mismo había participado la noche del 23 de octubre.

Pista escribió el artículo en el aire cargado de humo de la redacción, instalada en el Sótano. Por lo demás, apenas se dejaba ver ya por casa, se pasaba el día en la redacción con amigos revolucionarios o en las agitadas calles de la ciudad.

En la calle seguían los combates y Lilly y Lajos temían que le ocurriera algo, pero Eva estaba segura de que no le pasaría nada. Ni siquiera el 25 de octubre, cuando mataron a tiros a cien manifestantes pacíficos frente al Parlamento, le preocupó que pudiera ser uno de ellos.

Ese mismo día destituyeron al secretario general del partido, Gerő, el mismo que la noche del 23 de octubre había pedido refuerzos militares a la Unión Soviética, y lo sustituyeron por Kádár.

El 28 de octubre, después de que Nagy pidiese el alto el fuego en un discurso radiofónico, terminaron los combates. Eva estaba acostada en el sofá cama de la habitación de paso, a oscuras; su padre estaba junto a ella, sentado en la silla de madera sin acolchar. La voz de Nagy llenaba la habitación. Describió la insurrección como un «gran levantamiento nacional y democrático, que abarca y cohesiona a todo nuestro pueblo». Eva y Lajos evitaron mirarse; les avergonzaba no formar parte de la insurrección, les avergonzaba su debilidad y egocentrismo, aunque ambos sabían que, en su estado, no podían interesarse por el bien de Hungría: antes de poder ayudar a su país, debían ayudarse a sí mismos.

La mañana del 4 de noviembre, sólo tres días después de que Nagy declarara la neutralidad de Hungría y su salida del Pacto de Varsovia, Eva dio un respingo, sobresaltada, cuando el cuadro de la Virgen cayó al suelo. El agua del vaso que estaba en la mesilla vibró. Ella se incorporó, se colocó la almohada en la espalda y encendió la radio.

La misma voz que en los últimos días se había quebrado de emoción y felicidad por las noticias que anunciaba ahora instaba a la población civil, esta vez con un tono serio y apremiante, a tomar las armas por la nueva Hungría, la democracia y la libertad.

Eva apagó la radio, apartó la manta, apoyó los pies en el suelo de madera, se levantó, recogió el cuadro de María con el cristal roto y lo colgó. Después volvió a acostarse.

La Unión Soviética invadió Hungría con dos mil tanques y doscientos mil soldados. Alarmado por los tanques que, como enormes y prehistóricos isópodos, avanzaban por las calles arrancando el asfalto con las orugas, Pista volvió al piso por primera vez en varios días.

Como Lajos, con quien se negaba a hablar, estaba fumando asomado a la ventana de la cocina, fue a sentarse con Eva en el sofá. A través de las persianas entraba una luz tenue, grisácea, que por un momento hizo que su hermana le pareciese un cadáver. Le recordó a su abuela, que había muerto ahogada mucho antes de que ellos nacieran.

Cuando Eva se dio cuenta de que no era su padre, sino Pista, quien se había sentado a su lado, abrió los ojos y se incorporó. No soportaba la mirada preocupada ni las excesivas atenciones de su

padre, que tampoco estaba bien, y por eso a veces fingía estar dormida.

Pista empezó a hablarle de los acontecimientos de los últimos días, de las multitudes en las calles, de la nueva era y la nueva Hungría que ahora tocaba defender. Maldijo a los rusos, que, previsores, les habían quitado también las escopetas de caza cuando los expropiaron, habló y habló y no se calló hasta que Eva lo interrumpió con voz suave.

—Me han violado —dijo.

Pista la miró, y ella no habría sabido decir lo que él sentía.

Eva miró el cuadro de la Virgen y pensó que todos los empeños feministas no servían de nada si los hombres seguían siendo más fuertes que las mujeres y podían hacerles algo así cuando les apeteciera.

—¿Quién? —preguntó Pista.

Eva guardó silencio.

Pista se miró las manos.

Por la ventana abierta de la cocina llegaba música religiosa.

—¿Sabías que antes mamá también fumaba? —preguntó ella.

Pista levantó la vista y la miró.

—Por eso no os deja fumar dentro; porque, si lo hicierais, le volverían las ganas de fumar.

Pista negó con la cabeza.

—¿Quién te hizo eso, Eva?

Ella volvió a mirar el cuadro de la Virgen.

55

Los días siguientes, Pista vagó por aquella ciudad sumida en el caos, sin comer ni dormir. Sólo se acercaba a la gente para preguntar por Ákos, a quien nadie había visto desde aquella noche. Después de todo, Pista había sido su único amigo; los demás, como mucho, lo toleraban.

Ákos tampoco estaba en su casa. La viuda que le alquilaba la habitación se negó a abrirle la puerta a Pista, pero le dijo que llevaba más de una semana sin ver a Ákos, y que éste no le había mencionado que tuviera previsto hacer algún viaje ni nada parecido.

Pista asintió, le dio las gracias por la información y dejó atrás la sombría escalera. Ákos se había escondido y nadie sabía dónde estaba. En realidad, nadie parecía saber nada de él, y mientras recorría las calles, siempre alerta para no toparse con algún soldado soviético, Pista se dio cuenta de que tampoco él lo conocía apenas.

No sabía dónde ni en qué condiciones había crecido Ákos. Por su apellido, pensó que tal vez descendiera de una de esas familias de joyeros de la corte imperial y real que, más tarde, habían sido banqueros vieneses. Pero ignoraba a qué se había dedicado su padre. Pista tampoco sabía si tenía hermanos, pues nunca habían hablado de nada relativo a su vida personal. En la oscuridad de la mina, pensar en eso habría sido absurdo. ¿De qué les servía hablar

de su vida en libertad cuando allí abajo, entre las ratas, incluso recordarla se hacía extraño?

Cuanto más tiempo andaba Pista por las calles, más a menudo ocurría que, de pronto, se escondía en un portal o se tiraba al suelo detrás de un coche aparcado, porque creía haber visto a un soldado en una ventana o detrás de un árbol.

Llevaba días sin dormir, recorría la ciudad de punta a punta de la mañana a la noche en busca de Ákos y, al final del día, se quedaba despierto en la cama, con los miembros agotados y cargado de reproches. Cada diez minutos se levantaba, abría la ventana de la cocina y fumaba hacia el silencio de la noche, que de vez en cuando se veía interrumpido por un disparo. Mientras tanto, imaginaba cómo sería su encuentro con Ákos, su amigo, el joven Petőfi: le destrozaría la nariz estrecha y recta, le sacaría los ojos, le rompería los dientes, le arañaría las mejillas, le arrancaría las orejas, el pelo, le partiría los brazos, las piernas, los dedos, las costillas, incluso los dedos de los pies, y luego lo tiraría al Danubio.

Mientras imaginaba el cuerpo desmembrado de Ákos, se escondía de soldados imaginarios y oía sin cesar el estruendo de los tanques rusos, volvió a pensar en su tío abuelo Imre, a quien no había vuelto a ver desde la expropiación. De repente creyó comprenderlo, creyó saber lo que era volverse loco, perder la razón sin poder hacer nada para evitarlo. Veía a los soldados detrás de las ventanas, apuntándolo con sus fusiles, y se tiraba al suelo aunque sabía que sólo existían en su delirio.

También pensaba mucho en el pasado, cuando podía hablar con las sombras y aún no temía ese mundo intermedio en el que ahora, años después, volvía a deslizarse.

Pista veía cadáveres varias veces al día y, si estaban boca abajo, les daba la vuelta para ver si alguno era Ákos. Al ver el primer cadáver, cuyo rostro parecía una máscara de cera, había estado a punto de vomitar, pero a los tres días era como si los muertos ya formasen parte del paisaje urbano, como si, desde que tenía memoria, hubiera habido cuerpos sin vida tendidos en las aceras, en los portales y en los parques.

Pasaba junto a ellos y se preguntaba cuál habría sido su oficio, a quién habrían amado y en qué habrían creído. Una vez dio la vuelta a uno y lo reconoció, era un antiguo compañero de clase que no solía burlarse de él, pero que tampoco lo había defendido nunca. Pista no recordaba que hubieran hablado jamás y tampoco lo había vuelto a ver desde la guerra. Pero de pronto lo tenía delante, convertido en adulto, aunque inconfundiblemente era el chico de quince años que copiaba en los exámenes y estaba enamorado de Eszter, la mejor amiga de Matilda.

Yacía frente a un edificio con un agujero tan inmenso en la fachada que, como en las antiguas casas de muñecas de Eva, se veían las habitaciones por dentro. Pista vio una cortina de ducha verde y, en la habitación contigua, papel pintado de rayas marrón claro y una cama cubierta de escombros, pero por lo demás intacta. Si se ignoraban los tres orificios de bala en el vientre, parecía como

si su antiguo compañero de clase simplemente se hubiera caído de esa casa.

Pista no sabía qué estaba haciendo en realidad. Buscaba al violador de su hermana, mientras ella seguía tumbada en su piso diminuto, en su habitación diminuta, a oscuras, y jamás le había pedido que la vengase. Le había pedido que se quedara con ella. Pero él no había podido hacerlo. Le había resultado imposible quedarse sentado junto a su cama sabiendo que todo aquello era culpa suya, que no la había protegido.

Así que corría, corría por los barrios obreros de la periferia, por los parques y por el centro urbano, cruzaba los puentes y las colinas hacia el lado de Buda. Corría por toda la ciudad, que otra vez se parecía a la de después de la guerra, y de forma milagrosa no le ocurría nada.

El ejército húngaro repartía armas entre la población civil, que levantaba barricadas, fabricaba cócteles molotov y pintaba tapas de sartenes para que parecieran minas antitanque. Sabían defenderse, se manejaban en la guerra urbana —la guerra y la batalla de Budapest aún eran recientes—, pero faltaba munición y la superioridad del ejército soviético era abrumadora. La lucha era desesperada; pero se luchaba.

También su búsqueda era desesperada, Pista lo sabía. Si Ákos no quería que lo encontrasen, no lo encontraría. Era un desconocido, aunque Pista conociera cada uno de sus gestos, cada una de sus expresiones faciales y todas sus opiniones políticas, filosóficas y literarias. Nunca habían hablado de otra cosa; se habían limitado a

dar vueltas alrededor de esos temas abstractos con la esperanza de alcanzar algún día una verdad más profunda. Durante todos aquellos meses bajo tierra sólo habían debatido sobre Nietzsche, Dostoievski y Márai, evitando cualquier asunto personal. Y más tarde, cuando ya no eran aquellas figuras pálidas de la mina, enjutas y con el pelo rapado, siguieron actuando del mismo modo.

Aun así, Pista continuó buscando, porque, si no había podido proteger a su hermana, al menos tenía que vengarla.

56

El 9 de noviembre, cuando Pista finalmente se rindió, las tropas soviéticas ya habían recuperado el control de la capital. Se instó a la población a deponer las armas. Imre Nagy se atrincheró en la embajada yugoslava y anunció su decisión de no dimitir como primer ministro. Pero el pueblo, que pocos días antes aún consideraba inconcebible el regreso a las condiciones previas a la revolución, ya no creía que la decisión de su primer ministro pudiera impedir que la Unión Soviética pisoteara la nueva Hungría, la democracia y la libertad.

El 11 de noviembre se decretó el estado de excepción en todo el país. La Unión Soviética empezó con la persecución sistemática de los insurgentes. Al día siguiente, la prensa estatal anunció la composición del nuevo gobierno de Kádár y declaró oficialmente destituido a Nagy.

Por miedo a que lo detuvieran en casa, Pista se mudó con Kati, donde tardarían más en encontrarlo. Dormía en una alfombra, junto a la cama que Kati compartía con su hermana, y no dejaba de pensar en Eva.

Aunque al principio sólo pensaba en cómo encontrar a Ákos y había reprimido cualquier pensamiento sobre Eva, ahora, en cambio, imaginaba cómo sería para ella estar tumbada sola, a oscuras, en la

habitación de paso, escuchando a los locutores de Radio Free Europe prometer ayuda militar de Occidente, una ayuda que en realidad nunca tuvieron intención de prestar. ¿Qué le importaba a Eva que el Occidente capitalista apoyara a Hungría en la lucha contra el comunismo, si ella no tenía intención de salir nunca más de aquella habitación oscura?

Pista se quedaba despierto, oía respirar a Kati y a su hermana e imaginaba que Eva, en ese preciso instante, también estaba despierta, intentando reencontrarse consigo misma y con el mundo.

Una semana después, Pista volvió a casa. Las detenciones no habían cesado, pero echaba de menos a Eva, a su madre, incluso echaba de menos a su padre. En las noches de insomnio sobre la alfombra de Kati se había dado cuenta de lo duro que había sido con él. Siempre le había exigido que fuera fuerte, que ocultase lo que sentía, que siguiera adelante y mirara al futuro, cuando su padre, a diferencia de él, con la expropiación no sólo había perdido su porvenir, sino toda su identidad.

Llevaba toda la vida siendo alguien sin tener que hacer nada para serlo; la gente llevaba toda su vida admirándolo, respetándolo y venerándolo, pero ahora, de pronto, se había convertido en un hombre roto, un cartero, un don nadie.

De golpe sintió compasión por su padre. Se lo imaginó cuando era niño y esperaba tanto de la vida como él mismo había esperado antes, imaginó que su padre había creído que las cosas irían bien siempre y que el mundo sería justo, al menos con ellos.

De camino desde el piso de Kati al suyo, se hizo la promesa de abrazar a su padre al llegar a casa. El centro de la ciudad aún era un territorio devastado: las calles estaban levantadas; los escaparates, destrozados; los tranvías, volcados; en muchos edificios había agujeros del tamaño de un hombre por los que entraba la lluvia.

La familia de Kati había decidido huir a Estados Unidos. Su padre decía que se avecinaban años de plomo, incluso para quienes no se opusieran abiertamente al régimen.

—Dentro de poco bastará con llevar gafas para ser deportado a Siberia como enemigo intelectual del Estado —había dicho.

Pista no creía que las cosas fueran a llegar tan lejos, pero se arrepentía de haber escrito el artículo sobre el asalto al edificio de la radio para el periódico revolucionario de János y, embriagado por la victoria, haber firmado con su verdadero nombre.

A la mañana siguiente, el 22 de noviembre, detuvieron a Imre Nagy cuando salía de la embajada yugoslava, pese a que Kádár se había comprometido a garantizar su seguridad, y lo trasladaron a Rumanía. Cuatro días después, Kádár explicó en una alocución radiofónica los motivos de la detención; Pista vio cómo su padre, que nunca había apreciado a Nagy por sus reformas agrarias, se secaba una lágrima del rabillo del ojo. De nuevo le habría gustado abrazarlo, y de nuevo se abstuvo.

Mientras miles de personas participaban en marchas y actos conmemorativos en honor a los muertos del levantamiento, encendían velas y depositaban coronas sobre tumbas recientes, las

fuerzas de seguridad, con sus gabardinas negras, iban de puerta en puerta. Detuvieron a innumerables personas aquellos días.

Al despedirse de Kati, Pista pensó en Matilda; despedirse de ella había sido mucho más difícil. A veces, en momentos como ése, que en apariencia no tenían nada que ver con ella, pensaba en Matilda e intentaba imaginar cómo sería hoy. Casi nunca lo conseguía, pero a veces la veía de pronto con total claridad, cruzando la calle o desapareciendo en una panadería.

El 11 de diciembre, un mes después de que se decretara el primer estado de excepción, el Gobierno respondió a una huelga general de la población decretando otro, tras lo cual todo Budapest se quedó sin electricidad. En cuanto se ponía el sol, las calles quedaban tan oscuras que sólo se reconocía a los hombres de las gabardinas negras por los duros y resonantes pasos de sus botas.

Pista pasaba el día junto a la ventana abierta, fumando y tiritando de frío, esperando a que fueran a buscarlo. Pero, más que por sí mismo, estaba preocupado por János, a quien, en caso de ser arrestado, probablemente lo esperaba la muerte en la horca. Llevaba más de dos semanas sin ver a su mejor amigo; no sabía dónde estaba ni cómo se encontraba. Ni siquiera sabía si seguía en libertad.

Los hombres de las gabardinas negras pateaban la ciudad como perros de caza, recorrían todas las calles y barrios que Pista había recorrido previamente en su búsqueda de Ákos, dejaban huellas de botas en la nieve recién caída, que además se tragaba sus sonidos, de suerte que János no tuvo ninguna posibilidad de prepararse para

el timbrazo en su puerta a las seis de la tarde del 14 de diciembre, y fue arrastrado en pantuflas y camiseta interior.

57

El sanatorio psiquiátrico estaba a las afueras de la ciudad, en una casa señorial que había pertenecido a un comerciante judío fallecido en el gueto durante la Segunda Guerra Mundial y cuya fortuna, desde la toma del poder por parte de los rusos, era propiedad del Estado. La zona tenía un aire casi rural: tras el amplio jardín cubierto de nieve, se extendían campos blancos, cuya imagen le traía a la mente a Eva, después de mucho tiempo, la sombría historia del ciego.

Imre estaba sentado a una mesa del invernadero vacío, mirando hacia fuera. Durante las últimas semanas, el cielo había sido un mar gris del que varias veces al día caían grandes copos sobre la ciudad; ahora los campos nevados brillaban con tal intensidad bajo el sol blanco que uno apenas podía mirarlos. A su tío abuelo parecía darle igual; tras la ventana, se había vuelto hacia el paisaje luminoso, no sólo con la mirada, sino con todo el cuerpo, como si la realidad del interior le resultara ajena. Sólo reparó en Pista y Eva cuando se sentaron frente a él.

No había sido fácil conseguir un permiso para visitarlo en la institución, pero ambos querían a toda costa verlo una vez más.

Ahora que, cinco años después, volvían a estar sentados frente a él, y que él les devolvía la mirada sin la menor muestra de

reconocimiento, aquello les pareció un error. Esperaban encontrarlo como siempre —¿en qué se diferenciaba, después de todo, la vida que llevaba allí de la del castillo del bosque?—, pero ahora los miraba con ojos vacíos y sólo por fuera recordaba al tío abuelo que había formado parte de sus vidas casi desde siempre; al menos como una figura borrosa, vista de soslayo, tras la ventana de la habitación azul.

Pese a su edad avanzada, no había perdido la elegancia natural, pero por lo demás apenas se distinguía de las figuras que se golpeaban la cabeza, temblaban o murmuraban en voz baja, y que arrastraban a todas horas su cuerpo, yendo y viniendo interminablemente por los pasillos de la casa. Estaba sentado derecho como una vela, inmóvil, salvo por la mano izquierda, que parecía no pertenecerle y ser más bien un animalillo huesudo y nervudo. Acariciaba mecánicamente, sin cesar, siempre en círculos, la superficie áspera del mantel.

Los dos hermanos no podían apartar la vista de aquella mano. Estaban sentados en silencio, los tres, oyendo cómo la nieve se deslizaba al abismo por el tejado inclinado de cristal del invernadero y cómo esos hombres absortos, desterrados, iban y venían entre murmullos.

Entonces Pista pensó, siguiendo los círculos que trazaba la mano, que quizá Imre no los miraba con aquellos ojos vacíos porque él hubiera cambiado, sino porque ellos ya no eran los mismos que cinco años atrás.

De las ramas de los árboles que había en el jardín se desprendía la nieve; los cristales centelleaban en el aire claro. El cielo se había cubierto de grandes nubes blancas que proyectaban sombras aún más grandes, entre las que los campos nevados parecían témpanos claros en un agua negra.

Sólo al ver esa imagen Eva tomó conciencia del tiempo que había pasado acostada, tras las cortinas corridas de la habitación de paso.

Sólo al ver esa imagen Pista comprendió lo que significaba ser detenido por los hombres de las gabardinas negras.

Ya habían pasado dos días desde la detención de János. Dos días bajo tierra. Dos días de cigarrillos apagados en la piel y de descargas eléctricas. Pista también había oído hablar de celdas donde sólo podías estar de pie y en cuclillas, de privación del sueño y de porrazos.

¿Cuánto tiempo resistirá?, pensó, mientras los cristales de nieve se desprendían de las ramas.

¿Cuánto tiempo guardará silencio?, pensó ella, mientras Imre trazaba círculos en el mantel.

Cuando se levantaron, se pusieron los abrigos que colgaban de las sillas, se enrollaron las bufandas y se enfundaron los guantes, cuando acariciaron una última vez el hombro a su tío abuelo, le dirigieron una última mirada y le dieron la espalda para marcharse, él dijo:

—Gracias por esta visita tan grata. Me ha encantado pasar un rato con vosotros.

Se volvieron y lo miraron con asombro, pero él seguía sentado como antes, con la mirada perdida y la mano trazando círculos. Aun así, se quitaron otra vez los guantes, se desenrollaron las bufandas, colgaron los abrigos en las sillas y volvieron a sentarse.

Sin mirarlos, Imre dijo:

—No podéis quedaros mucho más. Tenéis que iros antes de que vengan y se haga de noche.

Era media mañana, y Pista tampoco sabía quién iba a venir; pero mientras la nieve seguía cayendo de las ramas e Imre, que de repente no paraba de hablar, contaba historias sobre un pabellón de caza donde lo esperaban, Pista recordó el rumor del bosque al atardecer. El canto del mirlo. El zureo de las palomas. El olor del saúco, su blanco sedoso en el azul del crepúsculo. Recordó el negro brillante de las zarzamoras, el negro cada vez más denso de las sombras. La luz en la ventana de Pontiller y la voz tras la pared de su habitación. Los retratos y los pasillos, las escaleras y los muebles, la pantalla de la lámpara color rojo chino y las cortinas ante las ventanas abiertas del salón, el dibujo de la alfombra del cuarto de juegos azul y las paredes azules de la habitación de Imre, cuya huida a la locura tal vez había sido lo único sensato.

58

Cuando el tren abandonó la estación, Lajos tomó la mano de Lilly con cautela, como si mucho tiempo atrás hubiera perdido el derecho a hacerlo; pero ella no retiró la suya, como él esperaba, sino que la dejó allí quieta hasta que perdieron de vista el tren.

Eva y Pista pasaron junto a campos blancos, pequeñas aldeas, bosques y, de vez en cuando, algún castillo decadente donde un día habían vivido amigos de su familia y que ahora, como la casa señorial donde estaba internado Imre, pertenecía al Estado. A lo lejos, perdidas en la bruma, se extendían las montañas en las que la lucha seguía.

Eva pensó en su tía Ilona, que dieciocho años antes también había subido a un tren con su marido y sus hijos para abandonar su hogar. No se habían vuelto a ver desde entonces; los Bleichröder nunca regresaron y, aun así, Eva conocía todos los detalles de su huida.

¡Cuántas veces se había enfadado su padre con su hermana porque malgastaba el tiempo precioso de aquellas costosas llamadas telefónicas desde el otro lado del océano relatando una vez más la fuga que toda la familia sabía ya de memoria!

—Y para eso tuvieron que tender miles de kilómetros de cable submarino... —decía su padre después de aquellas conversaciones, negando con la cabeza.

—Imagínate que estuviéramos en el tren con Sándor Márai —dijo Eva ahora—. En ese caso también nosotros tendríamos una historia que contar sobre nuestra huida.

—Ése ya está en el exilio —replicó Pista.

Eva asintió.

—Es verdad.

Siguieron en silencio hasta que el tren entró en Pécs, intentando hacerse a la idea de que pronto ellos también serían exiliados.

Como la frontera con Austria ya estaba estrictamente vigilada tras la primera oleada de fugas, ellos habían decidido escapar a Yugoslavia. Desde allí querían seguir hasta Suiza, que ahora, al contrario de lo que pasaba en la Segunda Guerra Mundial, acogía a los refugiados húngaros con los brazos abiertos, porque, según los noticieros de los cines, los resistentes húngaros que combatían el comunismo habían sido «abandonados a su suerte por el mundo libre».

Después de almorzar cerca de la casa en la que habían vivido durante la guerra, subieron a un camión lleno de patatas y le dieron al conductor todo el dinero que tenían a cambio de que los llevase hasta la frontera yugoslava.

Sentados entre las cajas de patatas, ambos pensaron en el tiempo que habían pasado en la granja y en sus padres, que habían decidido quedarse en Budapest.

—Somos demasiado viejos para hacer algo así —había dicho su madre—. Si de verdad Suiza es tan bonito como todo el mundo dice, ya iremos cuando haga un poco más de calor.

—Además, sería una pena irnos ahora que por fin os marcháis y tenemos el piso para nosotros —añadió su padre con esa sonrisa que le hacía parecer un colegial y que no le habían visto en mucho tiempo.

Después de pasar al menos una hora sentados en la oscuridad sin decir nada, Pista preguntó:

—¿Sabías que en Suiza hace más de cien años que no hay una guerra?

—Sí, pero las mujeres aún no pueden votar —respondió Eva.

—¿De verdad? ¿Y aun así quieres ir?

—Bueno, dicen que las calles están limpias. Y que si te detienes a la orilla del lago de Zúrich puedes ver, al fondo, las montañas blancas. Al menos eso me contó Sonja. Estuvo allí con su familia hace años.

Cuando el camión se paró y el conductor los hizo bajar, el sol se estaba poniendo sobre una franja de bosque cercana.

—Tenéis que cruzar por ahí —dijo el conductor—. Por ese trozo de bosque, hasta llegar a un río. Cuando lo crucéis, sólo tendréis que subir el terraplén y atravesar un campo, y habréis llegado a Yugoslavia.

—¿Y cómo vamos a cruzar el río? —preguntó Pista.

—Fácil. Está helado y es muy poco profundo.

La nieve seca crujía bajo sus zapatos, mientras avanzaban campo a través hacia el borde negro del bosque. Cada uno llevaba una

mochila de cuero a la espalda. Dentro:

dos jerséis
dos fotos de sus padres
una foto del castillo del bosque
un pantalón
una chaqueta
muda para tres días
dos pasaportes
un cuchillo
una hogaza de pan
una linterna

En el fondo de su mochila, Eva tenía el libro que llevaba encima desde hacía años, que había pasado por el castillo del bosque, por la casa de la ciudad, por la granja y por el piso diminuto de Budapest. Se lo había encontrado bajo el colchón poco después del arresto de Edmund y, desde entonces, lo abría cada vez que se sentía perdida o sola.

Desde hacía semanas, le pasaba a menudo. Y hasta que Pista volvió de su intento de cazar a Ákos, había pensado que sería así para siempre, que nunca lo superaría. Pero ahora, mientras avanzaba paso a paso hacia el borde del bosque, el cielo se oscurecía sobre ellos y bajo sus zapatos crujían la tierra helada y la nieve dura, mientras el frío de la noche incipiente le golpeaba la cara y pensaba si las temperaturas bajo cero y un paisaje nevado formaban una parte inseparable de cualquier huida, si una huida sin condiciones climáticas adversas era, por así decirlo, impensable, tuvo

la sensación de que su vida volvía a estar en sus manos. Pero esa sensación no se correspondía con la verdad. Al contrario, probablemente nunca había tenido menos control sobre su destino que en aquellas horas.

En cuanto llegaron al borde del bosque, se quedaron ciegos; el cielo, que aún conservaba la luz del día y reflejaba el resplandor de la nieve, apenas se veía bajo la espesura formada por las copas de los árboles. Era como si anduviesen por el fondo de un lago muy profundo.

A veces, el grito estridente de un pájaro atravesaba el bosque y les sobresaltaba, o en algún lugar de la espesura, o bajo sus propias suelas, crujía una rama al partirse en dos. Iban uno detrás de otro para reducir el riesgo de que los vieran. Las patrullas no eran tan numerosas como en la frontera con Austria, pero existían, y también allí pendía sobre ellos la amenaza de que los internaran en un campo de prisioneros si los cogían. O podían pegarles un tiro allí mismo, sin juicio ni piedad.

El bosque era más grande de lo que habían pensado y avanzaban despacio. La nieve, que allí —donde no la alcanzaba el viento que silbaba sobre los campos— era más húmeda y profunda, dificultaba la marcha, y la oscuridad entorpecía aún más su avance. Por miedo a que los descubrieran, no sacaron la linterna de la mochila.

Durante más de dos horas, anduvieron con dificultad por el bosque, hasta que éste se abrió de pronto y apareció el río. Para tener una vista general y no aparecer de inmediato frente a los fusiles de los guardias fronterizos rusos, se quedaron agazapados entre la maleza

del borde del bosque y observaron lo mejor que pudieron ambas orillas.

Había tanto silencio que Eva oía su respiración y el latido del corazón de Pista. Para olvidarse del frío, que, ahora que ya no se movían y esperaban en tensión como liebres acorraladas, se les metía en los miembros, pensó en las semanas previas, que en aquel paisaje extraño de bosque negro y nieve blanca le parecían un sueño que hubiera tenido años atrás. Incluso el engaño y el tiempo anterior, durante el que casi había estado enamorada de Ákos, le parecieron de pronto acontecimientos de una historia que alguien le había contado o que había leído en algún sitio.

—Tenemos que seguir —dijo Pista después de un rato—. Quién sabe cuándo pasará la próxima patrulla.

Eva asintió. Un río y un campo, sólo les faltaba eso. Pero ¿qué venía después? ¿Qué había al otro lado del río, al otro lado del campo? Yugoslavia. Suiza. El lago de Zúrich y, al fondo, las montañas blancas.

Podía imaginárselo todo, para eso tenía imágenes, tenía palabras. Pero no podía imaginarse a sí misma en Suiza, a sí misma en un país con el que sólo la unía Imre, que hacía más de medio siglo había estado allí, en algún lugar de las montañas blancas, en un balneario.

De pronto sintió un deseo incontenible de darse la vuelta sin más, de dar la espalda al río, al futuro y a la libertad y regresar en tren a la vida que conocía. Pero Pista, que pensaba lo mismo, avanzaba obstinado, así que ella lo siguió sin decir nada.

Sobre la superficie helada que cubría el río había una fina capa de nieve; era imposible calcular el grosor del hielo. Pista posó un pie con cuidado y, bajo la capa amortiguadora de nieve en polvo, no oyó el crujido de los cristales de hielo, así que desplazó su peso hacia delante, hacia el pie que tenía sobre el hielo, y éste se rompió con un leve chasquido.

—¿Y ahora? —preguntó Eva.

—Tenemos que cruzar de todas formas. El conductor dijo que era poco profundo. Si no lo hacemos, nos fusilarán. No tenemos otra opción.

Antes de que Eva pudiera responder, Pista se volvió, pisó el hielo, que se rompió, torció el gesto y siguió adelante, intentando no gritar de frío y de dolor. Eva lo siguió, metió el pie en el agua, que le cubrió hasta el tobillo y enseguida le llegó a la rodilla, buscó apoyo en los cantos rodados y en la imagen de las montañas blancas al fondo del lago de Zúrich. El río no se hizo más profundo y avanzaron a través del hielo a duras penas.

Al llegar a la otra orilla, oyeron de pronto ladridos de perros.

—¡Corre! —gritó Pista al instante.

Y luego otra vez:

—¡Corre, Eva, corre!

Sólo entonces ella echó a correr, subió el terraplén, con los pies llenos de heridas y los muslos arañados por los fragmentos de hielo, se cayó, se levantó, volvió a caerse, ignoró la nieve dura que le abrasaba las palmas de las manos y las mejillas, sintiendo sólo cómo el corazón le palpitaba en el pecho, golpeaba y martilleaba.

Pista le sacaba unos metros, ya estaba corriendo por el campo cuando ella llegó al final del terraplén. Se le empezaron a entumecer

los pies y las piernas, los ladridos cada vez se oían menos, Pista iba más despacio. No podía abandonarla de nuevo. Pero Eva siguió corriendo, siguió corriendo hasta alcanzarlo y después se puso a su lado, corría sin pensar, sin sentir, como si hubiera nacido para correr.

Corrió hasta que dos soldados se cruzaron en su camino apuntándolos con los fusiles, y el corazón martilleante se le salió del pecho. Ensangrentado y convulso como un pez, yacía sobre la nieve.

59

Un gallinero lo bastante alto como para poder ponerse de pie, un colchón lleno de manchas, tres edredones acolchados, dos estufas y una bombilla desnuda: eso era, de momento, la libertad.

Los dos soldados que los habían interceptado una semana antes no eran rusos, sino yugoslavos. Llevaron a Eva y a Pista —ambos medio inconscientes por el frío, la tensión y el agotamiento— al pueblo más cercano, en cuya fonda habían alojado a los refugiados húngaros.

La fonda estaba tan llena que la gente dormía incluso en los pasillos, y a ellos los acomodaron en el gallinero que había detrás de la casa, pero cualquier cosa era mejor que acabar en los sótanos de la ÁVO o en un campo de prisioneros. Además, les dieron té caliente, sopa de *gulasch* y ropa de abrigo, donaciones que la Cruz Roja había transportado en camiones desde Suiza hasta la frontera húngara.

Por la noche, a pesar de las estufas, hacía mucho frío, así que tenían que acurrucarse juntos como en su día habían hecho en la granja. Al cabo de cinco días, cuando trajeron un segundo colchón y un joven matrimonio se instaló con ellos en el gallinero, hacía algo más de calor.

La chica estaba embarazada y tenía tal antojo de pepinillos en vinagre que su marido se pasaba los días recorriendo el pueblo y

cambiando sus cigarrillos por tarros de encurtidos. Pista lo ayudaba.

László le cayó bien desde el primer día, y aquellas incursiones por el pueblo nevado le hacían olvidar a los hombres de las gabardinas negras, de los que aún no se sentía a salvo, ni siquiera allí, al otro lado de la frontera, que después de todo era sólo una línea en un mapa, un concepto en la cabeza de la gente, en realidad nada más que un río estrecho y poco profundo.

Mientras tanto, Eva pasaba las horas hablando con Nicolette, que a los pocos días ya le parecía una amiga de toda la vida. Tenía un optimismo y un sentido del humor contagiosos, y Eva la admiraba por su valor al huir con su hijo no nacido a un país en el que no conocían a nadie. También ellos querían ir a Suiza, a Zúrich, donde los cisnes debían de ser más blancos que una sábana recién lavada.

60

Al pasar en tren por Zagreb, donde los tejados estaban cubiertos de nieve y los castaños no tenían hojas, Pista recordó que sus padres habían pasado allí la única noche de su viaje de bodas. Entonces Sándor, su abuelo, se había caído por la escalera y se había roto el cráneo.

Querían llegar al mar y a Roma, pero sólo llegaron a Zagreb. Se los imaginó paseando aquella única noche por las calles flanqueadas de castaños por las que ahora, más de tres décadas después, pasaban ellos, y se los imaginó, tras la cena en un pequeño restaurante, tumbados uno junto al otro en la cama del hotel, con la ventana abierta, oyendo los ruidos de la noche, que si los escuchabas con atención, como ellos, apenas se distinguían de los de Budapest. Recordó las fotos de la boda, la cara de sus padres, sus ojos radiantes, los vestidos ricamente adornados y sus manos, que en esas fotos buscaban siempre las del otro.

¡Qué increíblemente jóvenes eran entonces! Más jóvenes que él ahora, incluso más jóvenes que Eva.

Esa mañana, Nicolette le había preguntado a Eva si quería ser la madrina de su hijo. Eva aceptó entusiasmada y lloró de alegría.

Ahora dormía —con la cabeza en la ventana, tras la que pasaban como una exhalación los tejados y las calles cubiertos de nieve, con

la boca entreabierta, las manos cerradas en un puño— y parecía una niña.

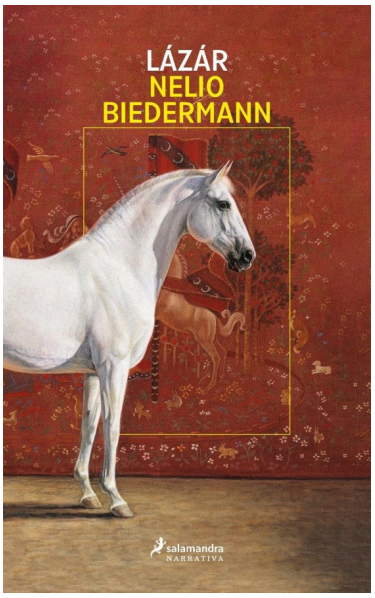
De pronto, Pista comprendió que nunca podría protegerla. Estar a su lado era todo lo que podía hacer.

La observó hasta que sintió que su mirada iba a despertarla. Entonces volvió a mirar hacia fuera. Campos blancos, árboles negros, el cielo azul y, de vez en cuando, una granja. Zagreb quedaba atrás, y con ella todo el mundo que conocían.

Ante ellos se extendía Zúrich, el lago, los cisnes blancos y las montañas nevadas.

La gran revelación de las letras alemanas. Una novela épica con espíritu de gran clásico

«*Lázár* es una demostración exquisita y magistral de que entre nosotros hay un joven escritor de gran talento.»
Patti Smith



La nieve del siglo agonizante aún cubría el borde del oscuro bosque cuando Lajos von Lázár, el niño de piel casi transparente y ojos azul agua, vio por primera vez al hombre que sería su padre para toda la vida y más allá.

Lajos von Lázár llega a este mundo con el amanecer del nuevo siglo, y su nacimiento es tanto un milagro como una maldición: su

verdadero linaje es un secreto que nunca llegará a conocer. Los Lázár han gobernado sus tierras húngaras durante generaciones. En su antiguo castillo, al borde de un bosque oscuro que enloquece a quienes se adentran en él, sucumben a los vicios y viven sólo para saciar sus deseos. Pero el antiguo orden se desmorona: los días de la monarquía de los Habsburgo tocan a su fin.

Cuando Lajos hereda el título, por fin hay un barón capaz de reavivar el esplendor perdido, pero ni siquiera su fuerza resiste los estragos de la guerra y la ocupación. Recaerá en sus hijos, un niño que habla con las sombras y una niña que reniega de su sangre azul, encontrar la manera de desafiar la opresión y dar los primeros pasos, aún vacilantes, hacia la libertad.

Lázár, una novela épica que transporta al lector desde los albores del siglo XX hasta el levantamiento nacional húngaro de 1956 es un logro extraordinario para cualquier escritor. Con su aire de sabiduría atemporal, se lee como un clásico redescubierto, lo que hace aún más asombroso que su autor la haya escrito con sólo veintiún años.

La crítica ha dicho:

«Lázár es una demostración exquisita y magistral de que entre nosotros hay un joven escritor de gran talento.»
Patti Smith

«Un libro asombroso: una historia familiar multigeneracional llena de personajes profundamente originales y escenas apasionantes, a veces realistas, a veces inquietantemente oníricas. [ ] Un escritor

verdaderamente excepcional irrumpe en la escena literaria, en pleno dominio de sus facultades.»
Daniel Kehlmann

«Una novela apasionante de primera categoría. [ ] Un dominio soberbio de la narración. [ ] El descubrimiento más sorprendente de la temporada.»
Süddeutsche Zeitung

«Con un estilo gótico y de cuento de hadas, es un libro que no podrás dejar de leer.»
Service 95

«Arrebatadora. [ ] Repleta de descripciones sensoriales, joyas de detalles históricos y giros surrealistas. Audaz.»
The New York Times

Nelio Biedermann (2003) creció a orillas del lago de Zúrich. Su familia paterna pertenece a la nobleza húngara, y sus abuelos huyeron a Suiza en la década de 1950. Estudia Filología Alemana y Cine en la Universidad de Zúrich. *Lázár*, la novela que lo ha consagrado internacionalmente, ha cosechado un enorme éxito de crítica y ventas y se halla en curso de traducción a más de treinta idiomas.

Título original: *Lázár*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, Nelio Biedermann
Traducido del alemán: *Lázár*.
Publicado originalmente por Rowohlt Berlin.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Alberto Gordo, por la traducción

Cita del capítulo 25: Als wär's ein Stück von mir, de Carl Zuckmayer, © S. Fischer Verlag 1966.

Esta traducción se ha publicado con el apoyo del Swiss Arts Council Pro Helvetia

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de Lübbeke Naumann Thoben
Imágenes de la cubierta: Jaime Corum

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o

reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87928-02-5

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Lázár

El niño de cristal

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Fantasmas

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Sueños

- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Sombras

- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Voces
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Los hermanos
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

Capítulo 60
Sobre este libro
Sobre Nelio Biedermann
Créditos